



I'M GIVING
THE DISGRACED
NOBLE LADY I RESCUED
A **CRASH COURSE** IN
NAUGHTINESS

1

I'll Spoil Her with Delicacies and Style to Make
Her the Happiest Woman in the World!

Fukada Sametarou

ART Sakura Miwabe

TABLA DE CONTENIDO

Prologo.....	3
Capítulo 1: El Hechicero Malvado Acoge A Una Mujer Extraordinariamente Malvada	7
Capítulo 2: Lecciones Traviesas Para Una Chica Indefensa	21
Capítulo 3: Alivio Travieso Del Estrés.....	34
Capítulo 4: Una Traviesa Batalla Entre Hermano Y Hermana.....	49
Capítulo 5: Caos Travieso En La Ciudad.....	68
Capítulo 6: El Primer Día Travieso Fuera	87
Capítulo 7: Un Travieso Viaje A Las Aguas Termales.....	115
Epilogo: La Noche Ya No Me Asusta.....	153
Capítulo Extra: Cómo Divertirse A Lo Grande Junto Al Mar	168
Palabras De Cierre	182
Extra Historia Corta.....	184
Una Tienda Traviesa	184

Prologo

Enclavada en lo más profundo del bosque había una mansión donde esta noche, como todas las noches, se impartía un espantoso curso de entrenamiento.

"Mwa-ha-ha... No hay salida para ti, Charlotte."

La habitación estaba a oscuras. Ni siquiera un rayo de luz de luna escapaba a través de las cortinas corridas. En medio de la habitación había un joven con una vela en la mano. Parecía tener unos veinte años. Aunque su rostro, iluminado por el resplandor de la vela, tenía rasgos bonitos y uniformes, sus ojos eran extrañamente afilados. El color de su pelo era inusual: mitad negro, mitad blanco. Y sus ojos eran rojos como la sangre. Alto y delgado, vestido con una túnica raída, tenía el aspecto de un hechicero típico. Tenía la boca torcida en una sonrisa escalofriante, y una muchacha tímida o un niño habrían gritado de terror al contemplarlo.

"P-Por favor, no", gimoteó una chica, encogida en su silla. "No puedes hacerme esto..."

Era guapa y un poco más joven que él, con el pelo dorado ondulado que le colgaba hasta la cintura y unos ojos azul pastel tan claros como el cielo de verano. Llevaba un pijama de seda de una calidad inconfundible. Con sus rasgos delicados, como los de una muñeca, y su figura perfectamente proporcionada, resplandecía con un aire de gracia y elegancia. Era la viva imagen de una muchacha de dulce cuna.

Pero ahora, sus encantadoras facciones estaban contorsionadas por el miedo. En la lúgubre habitación, la única luz de una vela iluminaba la mesa que tenía delante. Mirando fijamente lo que había sobre ella, volvió a gritar consternada.

"¡Piénsalo, Allen, por favor! Esto realmente es demasiado travieso..."

"Hmph. ¿Según quién?" Allen hizo una mueca sarcástica. "Yo soy el maestro de esta mansión, y tú estás bajo mi dominio. Te guste o no, no permitiré que desobedezcas las órdenes de tu maestro, Charlotte".

"¡¿Cómo pudiste?!"

Allen rugió de risa. "¡Olvídalo, no hay nada que puedas hacer!". Sintió la emoción de intimidar a una chica indefensa mientras Charlotte se sentaba temblando sin poder hacer nada. Sólo podía mirar aterrorizada lo que había sobre la mesa. Aprovechándose de su impotencia, volvió a incitarla. "¡Ahora! ¡Vamos... engulle este ramen como bocadillo nocturno!"

¿Qué era lo que señalaba? Un cuenco humeante de fideos amarillos rizados sumergidos en una sopa espesa y blanca. Sobre el lecho de fideos había jugosas lonchas de cerdo guisadas durante tanto tiempo que se deshacían en la boca, un huevo marinado y una guarnición de brotes de bambú fermentados llamados "menma". Este plato, conocido como "ramen", se había extendido desde Oriente y se estaba convirtiendo en una especie de moda en este país.



El rico aroma de la sopa salía del cuenco, tentando a Charlotte hasta que su estómago gruñó suavemente. Pero aun así se resistió, sacudiendo la cabeza débilmente, con la cara terriblemente pálida. "¿Sabes que ya es hora de que me vaya a la cama! ¿Cómo puedo comer algo tan pesado tan tarde? Es perverso".

"Hmph. Espera a ver lo que te tengo preparado". Todavía sonriendo, Allen se dio la vuelta y sacó un carro con ruedas de detrás de él para revelar el alcance de su diabólico plan. "¡Mira esto! ¡He comprado un montón de helado! Date un festín con él todo lo que quieras de postre".

Jadeó. "¿Y esos son... aderezos aparte?!"

"Tan rápido como siempre, Charlotte", se rio entre dientes. "Lo has adivinado."

El carrito estaba repleto de todo tipo de aderezos: una colorida colección de frutas en trozos pequeños, galletas con trocitos de chocolate, una gama de siropes como la miel, etcétera. Y el vital helado tenía una selección de sabores de vainilla, chocolate y fresa. Un surtido que habría hecho vibrar de emoción a cualquier niño o adulto.

"Puedes hacer los helados que te apetezcan. Y cuando te lo hayas comido todo, jugaremos juntos a juegos de mesa. Vamos a pasar la noche en vela".

"¡P-Peró si hacemos eso, será tan difícil despertarse por la mañana!"

"Lástima, no habrá tal cosa como 'mañana' para ti. ¿Sabes por qué?" Hizo una pausa. "¡Porque estás destinada a estar conmigo... durmiendo y holgazaneando hasta el mediodía!"

"¡Oh, no!"

"¡Sí, sí, llora todo lo que quieras!", cacareó. "¡Ese grito es exactamente lo que deseaba!" Un trueno lejano retumbó fuera, puntuando su aullido de risa. Un relámpago hizo que la sopa brillara aún más en la oscuridad.

Por fin, la muchacha se derrumbó y, murmurando una disculpa a Dios, cogió los palillos y la cuchara de porcelana.

Esta es la historia de un hechicero malvado que descarrió a una chica lamentable... por el camino de la pura maldad.

Capítulo 1: El Hechicero Malvado Acoge A Una Mujer Extraordinariamente Malvada

Todo empezó un día de principios de primavera.

"¡Hola, Señor Oscuro! ¡Aquí está el correo del día para ti!"

Aquella mañana, la cartera habitual había llamado al timbre de la mansión de Allen. Tenía el pelo esponjoso, verde cobalto, con unas orejas de bestia del mismo color asomando entre los mechones, y una cola larga y enroscada que le brotaba de la parte baja de la espalda. Vestida con el uniforme de un empleado de correos, era una felina semihumana, una especie común en este país.

"¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Miach? No me llames por ese nombre".

Ladeó la cabeza con un maullido preocupado. "Pero no soy sólo yo, ¿sabes? Todos los que conozco te llaman Señor Oscuro porque eres el Señor Oscuro".

"Tch. Da igual, dame el correo".

"Yessiree". Le entregó dos cartas, un paquete y un rollo de periódico. "Entonces, ¿hay algo para llevar hoy?", preguntó.

"Sólo esto", dijo Allen, pasándole una caja grande. "Las pociones habituales. Cuidado de no romper los frascos".

"Por supuesto. Después de todo, el lema del Servicio de Entrega Satyrus es 'Rápido, Seguro y Súper Lindo'", respondió ella, saludándole enérgicamente.

Aunque le gustaba bromear, su trabajo era fiable. Allen le había confiado la entrega de paquetes muchas veces en el pasado, y no había habido ni un solo problema.

Después de ocuparse del paquete y del resguardo de confirmación, Miach ladeó de nuevo la cabeza. "¿Por qué no vives en la ciudad? Con esas poderosas pociones tuyas, te sería mucho más fácil acumular dinero allí".

Allen se calló.

Había una gran ciudad al este de este bosque. El servicio de reparto para el que trabajaba Miach tenía su sede allí, y era una ciudad densamente poblada y bulliciosa. Allen se ganaba la vida vendiendo pociones a la tienda de magia local, pero—tal como dijo Miach—habría sido mucho más sencillo si él mismo viviera allí. El coste de la entrega era un gasto que no podía pasar por alto, ya que se comía sus finanzas hasta un punto algo doloroso. Sin embargo, había un gran problema.

Allen se miró los dedos de los pies y murmuró: "Hay... demasiada gente en la ciudad".

"Siempre tan misántropo, ¿verdad?" Miach suspiró encogiéndose de hombros.

La mansión de Allen estaba en medio del bosque, a cierta distancia de la carretera principal, por lo que casi nadie pasaba por allí. Los únicos que lo visitaban eran comerciantes o trabajadores como Miach. En otras palabras, para una persona antisocial como Allen, era el lugar ideal.

Pero Miach no estaba satisfecho. "¿No tienes sólo veintiún años, Señor Oscuro?", continuó. "Aún eres joven, incluso para un humano. Tienes que salir y vivir. Antes de que te des cuenta, estarás seco y arrugado, y serás un abuelo solitario".

Resopló. "Eso no es asunto tuyo".

"¿Ves? Mírate, tan rápido frunciendo el ceño. No me extraña que la gente del pueblo te llame el Señor Oscuro".

Era natural que la gente cotilleara sobre el mago de aspecto malicioso que vivía en las afueras de la ciudad. Allen dejó escapar un pesado suspiro. "¿Por qué tienen que llamarme con un nombre tan deshonroso sólo porque vivo solo? Como si eso no fuera suficiente, algunos niños han empezado a escabullirse para probar su valor en estos días."

"Oh querido, eso es un puñado."

"Efectivamente", asintió Allen, enterrando la cara entre las manos. "Hay muchos animales salvajes y es demasiado peligroso que los niños anden solos por aquí. Intento advertirles siempre, pero huyen gritando".

"Eres un tipo tramposo, Señor Oscuro", dijo Miach con una sonrisa irónica. "Un ermitaño misántropo que además es bonachón".

Allen tenía una personalidad complicada. No quería relacionarse con la gente, pero tampoco podía darles la espalda.

"Bueno, de todos modos, ¿deberías encontrar un hobby, o algo que valga la pena hacer! Me voy, hasta mañana". Con un gesto de la mano, Miach echó a correr.

"Como he dicho, no es asunto tuyo", murmuró Allen encogiéndose de hombros y mirándola irse. Ella desapareció de la vista en ningún momento.

"Ahora bien. Ya es hora de desayunar..." Cuando se dio la vuelta para entrar, el periódico se le escapó de las manos y se abrió en el suelo. Un titular provocativo salpicaba la portada: *¿La Mujer Malvada Desaparece del País Vecino! ¿Está Huyendo A Través de la Frontera?*

Cuando se arrodilló para recogerlo, se dio cuenta de que había alguien tumbado justo delante de la mansión, parcialmente oculto por la hierba crecida.

"Hola", llamó a la figura. "¿Quién es?"

Pero el desconocido no se movió.

Desconcertado, Allen se acercó. "¿Una mujer?"

La figura que yacía boca abajo en la hierba era una joven. Era elegante y hermosa, y llevaba lo que debía de ser un vestido magnífico. Parecía la clásica princesa salida de un cuento de hadas. Pero su vestido estaba hecho jirones y su rostro ceniciento. Aunque tenía los ojos cerrados, la respiración entrecortada que escapaba de sus labios pastosos indicaba que seguía viva, aunque por poco.

"Una fugitiva, tal vez... ¿o huyó de un secuestrador?"

Cuando empezó a levantarla suavemente, le temblaron las largas pestañas y dejó escapar un pequeño gemido.

Allen dudó un momento y luego suspiró resignado. "Supongo que no tengo elección. Cuidaré de ella hasta que despierte". La cogió en brazos y se dirigió hacia la casa.

Apenas dio un paso antes de que el grito despiadado de un hombre atravesara el silencio del bosque. Al mismo tiempo, la hoja de una espada brilló detrás de Allen. La hoja plateada atravesó a su objetivo de un solo golpe, pero Allen se desvaneció en el aire.

"¿Qué? ¡¿Desapareció?!", espetó el agresor.

"Bueno, ¿no es un gran saludo?" Allen despreocupadamente llamado desde detrás de su agresor. Había realizado una pieza elemental de magia ilusionista, también conocida como el Arte del Reemplazo.

Allen no reconoció al hombre nervioso que se giró hacia él. Sin embargo, el escudo de armas grabado en su armadura le resultaba familiar; de hecho, lo conocía demasiado bien. Todavía con la niña en brazos, miró con desprecio al hombre, enarcando una ceja. "¿Oh? Supongo que has cruzado la frontera y perteneces a la Guardia Real, directamente dependiente de la Familia Real. Ahora, ¿qué quiere un tipo tan impresionante como tú conmigo, hasta aquí?".

El soldado no dijo nada. Miró fijamente a Allen y levantó lentamente su espada hacia él. Tres soldados más surgieron de entre las sombras de los árboles, todos ellos fuertemente equipados para la batalla y con miradas penetrantes clavadas en Allen.

El aire se puso tenso, pero Allen se limitó a encogerse de hombros. "Viajas en manada, ¿verdad? Bueno, si están aquí para venderme algo, no me interesa".

"Entrégala", ordenó en voz baja el soldado que empuñaba la espada, ignorando el comentario jocoso de Allen. "Esa mujer es una delincuente que ha avergonzado a nuestro país. Si intentas protegerla, te enfrentarás a las consecuencias".

"¿Una delincuente?" Allen miró su rostro dormido. Sus rasgos frágiles pero hermosos eran claramente un mundo aparte de una etiqueta tan villana. Pero, al mismo tiempo, los soldados parecían perfectamente serios.

"Tenemos órdenes de capturarla, viva o muerta. Si cooperas y nos la entregas ahora, te dejaremos en paz. Es una promesa".

"Hmm. Tiene sentido." Todo esto olía a problemas. "Si es así... declino", se mofó Allen.

"¡¿Qué?!", gritó el soldado, sorprendido.

Por un lado, Allen tenía a esos sombríos soldados, y por el otro, a esa pobre y frágil chica. Por supuesto que se pondría del lado de esta última sin dudarlo. Era simplemente la naturaleza humana. Y si resultaba ser una

criminal, todo lo que tendría que hacer sería disculparse y entregarla más tarde.

Por supuesto, ponerse del lado de la chica significaba que el único curso de acción de Allen en ese momento era... ir a la batalla.

"¿Crees que puedes con nosotros tú solo?", gritó uno de los soldados mientras rodeaban a Allen.

"Esa es mi línea". Los labios de Allen se torcieron en una mueca mientras miraba a cada uno de los soldados.

Allen se dio cuenta enseguida de que se habían ganado el derecho a llevar el escudo de su país gracias a un intenso entrenamiento militar. Con las armas preparadas, los soldados se mantenían en perfecta forma, sin dejar ningún resquicio para un ataque.

En cuanto a Allen, sus dos manos estaban ocupadas, llevando a la chica. Objetivamente hablando, estaba absolutamente condenado. Con todo esto en mente... la desventaja le vino muy bien. "Si creen que una pequeña banda de elitistas como ustedes puede derrotarme... ¡piénsenlo de nuevo!"

Uno de los soldados se abalanzó para atacar, pero soltó un chillido cuando Allen lo derribó de un manotazo. Allen clavó el codo en la espalda del soldado, estampándolo contra el suelo. Como si el grito fuera una campana de salida, el resto de los soldados avanzaron a la vez, pero Allen fue más rápido.

¡Atadura de Hielo!

Un destello de luz se disparó sobre el suelo, y dos soldados se desplomaron hacia delante, con los pies ahora atados al suelo con cristales de hielo. Allen había lanzado un hechizo para manipular el hielo. Aunque no tenía el poder de matar o herir a los oponentes, era muy eficaz para capturarlos.

Ahora, sólo quedaba el primer soldado con la espada. "¿Un hechizo no verbal?!" Sus ojos se abrieron de sorpresa, pero mantuvo la calma. Lanzó su espada, apuntando con precisión al punto vital. En un rápido movimiento, Allen dio un paso adelante, esquivó la espada por un pelo y pateó la barbilla del soldado, haciéndolo retroceder.

"Para rematar... ¡Atadura de Hielo!"

Todos los soldados estaban ahora bajo el control de Allen. Inmovilizado en el suelo, uno de ellos lo miró fijamente, tartamudeando: "¡E-Ese pelo blanco y negro! No puede ser..."

"No estoy aquí para charlar. De Lusion."

Cuando Allen chasqueó los dedos, los ojos de los soldados se quedaron en blanco. Les preguntó en voz baja mientras miraban al vacío. "¿Qué ha pasado aquí? Díganmelo".

Los soldados respondieron con un zumbido, cada uno retomando lo dicho por el anterior.

"Nosotros... buscamos a la mujer por todo el bosque..."

"Pero no había más rastros de ella..."

"Así que concluimos que fue devorada por una bestia..."

"Y decidió regresar a nuestro país por el momento."

"¡Excelente!" Allen gritó con deleite en su propia mano de obra. Sabía que si mataba a estos hombres, el siguiente grupo de soldados le seguiría tarde o temprano. Era simplemente más eficiente para engañarlos de esta manera.

Cuando derritió el hielo mágico, los soldados se pusieron en pie tambaleándose. No mostraron ni un atisbo de animosidad hacia Allen y fueron completamente ajenos a la joven en sus brazos.

"Vete, entonces, es por ahí. Y no vuelvas."

Obedientemente, los soldados regresaron tambaleándose por donde habían venido. Pronto se les despejaría la niebla de la cabeza y, para entonces, habrían olvidado por completo su encuentro con Allen. Entonces regresarían a su país e informarían exactamente de lo que acababan de recitar. Por el momento, el problema más inmediato estaba resuelto.

"Una delincuente, eh... Parece que puede haber una historia complicada detrás de esto". Allen dejó escapar un pequeño suspiro mientras miraba la cara de la chica dormida.



Aún con ella en brazos, Allen llevó a la chica a su casa.

Se dirigió al salón, que estaba hecho un desastre, con trozos de pan mohosos y hierbas marchitas esparcidas por diversas superficies. El suelo estaba cubierto de montones de trastos, entre basura y baratijas. Pero había un rincón de la habitación con un sofá de cuero que estaba lo suficientemente ordenado como para ser habitado. Era el lugar favorito de Allen, donde le gustaba leer, echarse la siesta y pasar la mayor parte de su tiempo libre. Colocó suavemente a la niña fugitiva en el sofá. Seguía profundamente dormida.

"Bien... Supongo que esperaré a que se despierte". Allen la miró a la cara y se acarició la barbilla pensativamente. "No se parece en nada a una delincuente que haría que un país tomara medidas tan drásticas. Aunque, como dicen, nunca juzgues un libro por la portada...". En cualquier caso, no podía hacer nada hasta que ella despertara. Ociosamente cogió el periódico de la mañana y lo abrió de un tirón.

Las principales noticias extranjeras ocupaban toda la portada. Daba cuenta de un escándalo en torno al segundo príncipe del Reino de Neils, el país vecino. Según el artículo, su prometida era una mujer bastante perversa. Llevaba un estilo de vida lujoso con el dinero de los contribuyentes. Además, no sólo había mantenido encuentros secretos con innumerables hombres, sino que incluso había planeado asesinar al primer príncipe para asegurarse su puesto como futura reina. El segundo príncipe había desenmascarado todas sus maldades y salvado al reino de su maldad. Esta revelación había sumido a toda la nación en el frenesí. La prometida en cuestión había desaparecido y las autoridades la buscaban por todas partes. El artículo iba acompañado de un útil retrato de la dama y de una nota en la que se instaba a los lectores a ponerse en contacto con la prensa si tenían alguna información.

"¿Hm?" Justo cuando Allen enarcó las cejas al ver el retrato, se oyó un murmullo de la chica. "Ah, estás despierta".

Se despertó justo a tiempo. Sus pesados párpados se abrieron mientras se incorporaba lentamente. Ella miró alrededor nerviosamente, y cuando ella vio a Allen al lado de ella, ella se estremeció. "¡Oh! ¿Quién eres?"

Allen sonrió suavemente para tranquilizarla. "Sólo alguien que te encontró desmayada fuera y te trajo a casa".

Rebuscó una tetera y algunas hojas de té entre los montones de desorden y no tardó en servirle una taza de té negro.

Vacilante, la chica cogió la taza de té desconchada. Dio un pequeño sorbo al té tibio y exhaló un suave suspiro. Un toque de color volvió a sus mejillas. "Me perdí en el bosque", comenzó en un ronco susurro, "y vi una mansión a lo lejos... así que intenté ir allí, y....".

"Bueno, aun así alcanzaste tu objetivo. Esta es la casa que viste. Te desmayaste justo delante de ella". Allen decidió no contarle lo de los soldados. No había razón para asustarla innecesariamente.

Las únicas personas que visitaban la mansión eran el cartero, los niños que se retaban a aventurarse cerca de ella... o alguien que se perdía. Esta mujer era un caso típico de esto último.

Todavía parecía aturdida, como si estuviera vagando en un sueño, cuando él le tendió el periódico. "No obstante, permítame ofrecerle una calurosa bienvenida: Lady Charlotte Evans, supongo".

Charlotte se puso tan blanca como una sábana.

No se podía negar. El retrato del periódico era su imagen. Era la prometida del segundo príncipe del Reino de Neils, la "mujer malvada" que había engañado a todo el país, y la hija mayor del duque Evans.

"No te alarmes. No voy a hacerte daño", dijo Allen con indiferencia, doblando el periódico y mirándola a la cara. A pesar de sus palabras, ella retrocedió con recelo. Pero él continuó. "Hace mucho tiempo, fui traicionado por gente que creía que eran mis amigos. Desde entonces, domino el arte de detectar las mentiras". La miró directamente a los ojos. Sus ojos azules, vacilantes por la ansiedad, no mostraban ningún rastro de falsedad o engaño. "Eres inocente. ¿No es cierto?"

Charlotte se quedó sin habla. Sus ojos se abrieron de par en par y, al cabo de unos instantes, se llenaron de lágrimas.

Allen se sorprendió. "H-Hey, ¿qué pasa? ¿Te duele algo?"

"Por primera vez...", sollozó, con lágrimas cayendo por su rostro. Entrecortadamente, murmuró: "¡Eres... el primero... que me cree!".

Una vez abiertas las compuertas, Charlotte no podía dejar de llorar. Aunque nervioso, Allen hizo todo lo posible por consolarla, ofreciéndole un pañuelo, sirviéndole más té y haciendo cualquier otra cosa que se le ocurriera. Finalmente, se calmó y empezó a contar su historia poco a poco.

"Todo sucedió... muy de repente".

Hacía exactamente una semana, se había celebrado en el castillo real la fiesta de cumpleaños del príncipe Cecil, segundo príncipe del reino de Neils. Como su prometida, Charlotte, por supuesto, estaba invitada, y recorría el salón saludando a los invitados. Sin embargo, no intercambió ninguna palabra con el príncipe.

"Estuvimos prometidos hace muchos años... pero apenas nos veíamos", explicó. Incluso en las raras ocasiones en que se veían, nunca habían mantenido una conversación. En cambio, él sólo le lanzaba una mirada gélida.

Pero aquel día, cuando la fiesta estaba en su apogeo, el príncipe Cecil la llamó al centro del salón. Ante la mirada de los invitados y los soldados, no le declaró su amor, sino una revelación increíble.

"¡Charlotte Evans! ¡He investigado tus innumerables fechorías! Por lo tanto... ¡anularé mi compromiso contigo con efecto inmediato!"

Como para poner la guinda al pastel, el Príncipe describió delito tras delito que ella no recordaba haber cometido nunca. Cada mala conducta estaba respaldada por pruebas elaboradamente fabricadas, y todos en la sala pronto creyeron todo lo que afirmaba.

Ni siquiera su propia familia acudió en su ayuda. Aunque no se sabía públicamente, Charlotte había nacido fuera del matrimonio, entre el duque y su amante. Como su legítima esposa no le había dado hijos, la familia Evans la había adoptado en su infancia. Varios años después, sin embargo, se casó con una nueva esposa, que dio a luz a su legítimo heredero. Desde entonces, Charlotte había sido tratada como una paria en la familia, y cuando el príncipe Cecil hizo aquellas falsas acusaciones contra ella, nadie en la familia Evans—ni siquiera los sirvientes—se puso de su parte.

Estaba a punto de ser llevada a prisión, pero...

"Me las arreglé para escapar de la casa cuando el guardia no estaba mirando."

"En efecto..." Allen se acarició la barbilla.

Era una trama bastante simple, en realidad. Con toda probabilidad, el príncipe Cecil se había resistido a casarse con Charlotte, ya fuera porque

era hija ilegítima o porque se había enamorado de otra mujer. Su motivo exacto no importaba. En cualquier caso, quería a Charlotte fuera de su camino. Si la exponía como una mujer malvada, podría desterrar a su incómoda prometida y ganarse la aclamación pública al mismo tiempo, una hábil maniobra para matar dos pájaros de un tiro.

Eso no cambia el hecho de que es repugnante, pensó Allen con una ligera mueca de desprecio.

Ajena a lo que pasaba por su cabeza, Charlotte le hizo una profunda reverencia. "Le agradezco su ayuda. Pero creo que no tardarán en venir a por mí; al fin y al cabo, hasta los periódicos de este país se han hecho eco de esta historia. No le daré más problemas. En cuanto descanse un poco, me pondré en camino".

"Una pregunta", interrumpió Allen, levantando el dedo índice. "¿Eres buena limpiando?"

Charlotte le devolvió la mirada ante su repentina pregunta. "¿Um...?"

"Contéstame".

Cuando él la presionó, ella habló tímidamente. "Ummm, creo que puedo limpiar tan bien como una persona normal... ¿Por qué lo preguntas?"

"Bien. Respuesta perfecta". Allen le dio una palmada en el hombro. "Muy bien, Charlotte. Estás contratada".

"¿Eh?!"

"Quédate aquí. Serás una sirvienta nominal".

Su trabajo incluiría todo tipo de tareas domésticas. Él la remuneraría, por supuesto, con tres comidas al día y dulces. Como su mansión era excesivamente espaciosa, con muchas habitaciones vacías, había espacio de sobra para un residente más. Si era necesario, había incluso varios aseos y cuartos de baño.

Cuando concluyó su dura explicación, Charlotte volvió en sí y entró en pánico. "¿Estabas escuchando mi historia?! ¡Soy una persona buscada!"

"Supongo que tienes razón, es una completa tontería por mi parte cobijarte". La parte fría y racional de su mente le suplicó que retirara su oferta inmediatamente. Su presencia sólo traía problemas. De hecho, para un misántropo como Allen, que vivía solo en lo profundo del bosque

precisamente porque no quería involucrarse con nadie más, Charlotte bien podría haber sido una mensajera de la desgracia.

Aun así, no se atrevía a abandonarla.

"Como he dicho... yo también he sido traicionado en el pasado."

"¿Tú también...?"

"Me llamo Allen. Allen Crawford". La miró directamente a los ojos con una fina sonrisa.

El incidente había ocurrido hacía unos tres años. Allen estaba de viaje por el mundo cuando se encontró con un grupo de aventureros. Estaban a punto de embarcarse en una expedición alrededor del mundo, dijeron, y le invitaron a unirse a su grupo. Al parecer, estaban buscando un mago competente.

Como tenía una vena de genio, poca gente había entendido de verdad a Allen hasta entonces. Apenas había nadie a quien pudiera llamar amigo. Así que, encantado por su bienvenida, aceptó unirse a su hermandad, soñando con el emocionante viaje que le esperaba y el brillante futuro que compartiría con sus nuevos camaradas.

Sin embargo, resultó que sólo se habían acercado a Allen para su propio beneficio egoísta.

"Me utilizaron para descubrir un antiguo templo que había permanecido oculto bajo un hechizo. Querían el tesoro que había dentro. En cuanto levanté el hechizo, me tiraron, me dejaron morir rodeado de una manada de demonios".

"¡Oh... qué horror!"

"Bueno, lo pasado, pasado está. Yo era joven. Un blanco fácil". Sacudió la cabeza con una sonrisa irónica. Aunque había logrado escapar con vida, la experiencia le había hecho aún más desconfiado.

Cogió la mano de Charlotte y la estrechó suavemente. "Por aquel entonces, no había nadie cerca para echarme una mano. Así que... no puedo abandonarte cuando sufres una situación similar".

"Allen..." Los ojos de Charlotte estaban húmedos por las lágrimas.

Todos los ex camaradas de Allen vivían ahora en una prisión de este país. Después de buscar todas las pruebas de sus crímenes, los había capturado y presentado ante la administración de justicia. Y mientras lo hacía, había lanzado capas y capas de maldiciones sobre cada uno de ellos, por lo que ahora, probablemente, lo estaban pasando en grande en la cárcel, sufriendo de insomnio crónico, dolores de cabeza y diarrea.

Cada vez que recordaba este hecho, Allen saboreaba con satisfacción cada comida. Además, al parecer, el grupo había estado causando estragos por todo el país, por lo que éste le había ofrecido una suculenta recompensa por delatar a los criminales. Gracias a la recompensa, Allen pudo comprarse esta mansión en metálico y vivir retirado una vida tranquila y apartada.

Al fin y al cabo, su desconfianza en la gente se había agravado, pero ya se había vengado con creces. En otras palabras, no era del todo exacto decir que no había nadie a su alrededor para echarle una mano; más bien, había hecho un trabajo ligero para limpiar el asunto él mismo.

Sin embargo, mantuvo el resto de la historia en secreto para Charlotte. A ella debieron conmovérle sus palabras, procedentes de un hombre que también había experimentado una traición maliciosa.

Aun así, negó con la cabeza. "¡P-Pero sólo te traeré problemas, Allen! Estoy realmente agradecida, pero... ¡no puedo aceptar tu oferta!"

"Bien... entonces no tengo elección." Parecía que era una chica bastante terca. En ese caso... "Es hora de mi último recurso."

Allen chasqueó los dedos. Una brillante insignia roja apareció sobre su camisa, justo alrededor de su corazón. Era el signo ominoso de una maldición que Allen sabía lanzar muy bien. Sonrió triunfante a Charlotte, que parecía desconcertada.

"Acabo de lanzarme una maldición de muerte".

Charlotte le miró sin comprender. "¿Qué?"

Allen la apuntó directamente con el dedo y disparó: "¡Si no aceptas trabajar aquí, no desharé la maldición! Lo que significa que mi corazón se detendrá en exactamente tres minutos".

"¡¿Qué?!" Su grito resonó por toda la casa.



Era música para sus oídos. Sonrió aún más y la incitó a seguir. "¡Rápido! ¡Hora de decidir! Si no lo dices, un ciudadano inocente perderá la vida".

"¿Cómo está pasando esto?! Suenas como un villano... pero eres una buena persona que está tratando de ayudarme, ¿no es así?!"

"¡Mwa-ha-ha-ha! Soy la virtud encarnada, ¡por supuesto! Vamos, ¿qué vas a hacer, Charlotte? ¡Faltan dos minutos, treinta y un segundos! Debo añadir que ya me cuesta respirar".

"¡P-Por favor! ¡No te hagas daño así!"

En menos de un minuto, Charlotte consintió en vivir en aquella mansión, aunque con el rostro pálido y entre lágrimas.

Y así fue como Allen rescató a una noble dama deshonrada al borde de la muerte.

Capítulo 2: Lecciones Traviesas Para Una Chica Indefensa

Tres días después de su rescate, Charlotte se plantó en el salón y preguntó: "Bueno... ¿qué te parece?".

"¡Brillante!" exclamó Allen encantado, observando la habitación relucientemente limpia.

El basurero de la habitación se había transformado milagrosamente en un espacio habitable. El suelo era visible y no se veía ni una mota de polvo. Las limpias ventanas dejaban entrar la suave luz del sol, permitiendo a los ocupantes el lujo de poder saber la hora del día.

"Debo decir que has hecho un trabajo admirable. No es lo que esperaba de la hija de un duque".

"Yo... ayudaba con muchas tareas en casa", respondió con una sonrisa melancólica.

Allen la había obligado a descansar durante tres días tras su llegada, y ahora tenía un cutis mucho más sano y un precioso brillo en el pelo. Si se hubiera puesto un vestido, habría estado deslumbrante, pero ahora iba vestida como una aldeana cualquiera, con una blusa sosa y una falda larga. Además, llevaba las mangas remangadas hasta los codos y un trapo sucio en la mano. Sin embargo, todo el atuendo le sentaba bien, y Allen podía olvidar que procedía de una familia noble.

Dijo que su madre era una amante, pensó. Viendo lo eficiente que es limpiando, me imagino cómo la debían tratar en casa. Tal vez sólo fuera una "señorita" de título. En realidad, podría haber vivido como una sirvienta entre su noble familia. Allen, sin embargo, no tenía ningún interés en interrogarla al respecto. Y Charlotte tampoco sacó el tema.

Miró alrededor de la habitación e inclinó la cabeza. "Pero todo lo que hice fue pulir el suelo. Usaste magia para limpiar todas las cosas por mí, Allen".

"Cierto", convino Allen. Había incinerado todos los trastos del suelo. Como el hechizo lo quemó todo sin dejar cenizas, lo único que Charlotte tuvo que hacer fue limpiar el polvo y la suciedad.

"E incluso me ayudaste con la limpieza también... ¿Estás seguro de que me necesitas aquí?"

"Por supuesto", Allen asintió solemnemente. "Como puedes ver, no tengo habilidades para la vida. Cuando estoy solo, ni se me ocurre limpiar. Estoy seguro de que si no hubieras aparecido, habría vivido en ese montón de basura hasta el día de mi muerte".

"No creo que sea nada de lo que presumir..." dijo Charlotte con una sonrisa ligeramente turbada. Pero cerró los puños y anunció con entusiasmo: "En cualquier caso, ¡ya hemos terminado con la limpieza! ¿Qué hago ahora?".

"Veamos..." Allen lo meditó. Luego, dijo simplemente: "Has terminado por hoy".

"¿Qué?"

"Siéntete libre de hacer lo que quieras hasta la cena". Se estiró en su sofá favorito, ignorando su mirada de desconcierto. "Puedes coger un libro del estudio o perder el tiempo en el jardín. Como quieras".

Tras unos instantes de silencio, preguntó: "¿No te preocupa que robe algo?".

"Eso también está bien. Ya casi no hay dinero en esta casa".

Justo después de acogerla, Allen había ido a la ciudad a comprarle ropa y artículos de primera necesidad. Se sentía un poco reacio a comprar ropa de mujer, pero con su mala reputación, unos cuantos rumores más aquí y allá no le vendrían mal. Pidió a una dependienta que eligiera lo que le pareciera adecuado y compró todo el conjunto. Esta repentina juerga de compras apenas le dejó dinero en casa.

Charlotte se encogió ante su explicación. "Lo siento... Es culpa mía..."

"Es sólo una inversión inicial. No se preocupe". Haciendo caso omiso de sus preocupaciones, sacó un grueso fajo de papeles del bolsillo del pecho: un artículo de investigación sobre la teoría de la magia recientemente publicado. Una de sus raras aficiones era coger un bolígrafo rojo y garabatear correcciones por todo el artículo para devolvérselo a su autor. Se rumoreaba que era muy temido en los círculos académicos como el "demonio del bolígrafo rojo", lo que le hacía ser aún más meticuloso a la hora de blandir su rotulador rojo. "De todos modos, voy a trabajar un rato. No me interrumpas".

"S-Sí, lo entiendo."

Allen tomó nota de que Charlotte asentía gravemente, y luego dirigió su atención al artículo. Puede que hubiera sido un poco brusco hablando así a una invitada, pero no sintió la necesidad de ser más amable con ella. *Estará aquí poco tiempo, pensó. Esta distancia debería ser suficiente.*

Aunque no podía hacer la vista gorda ante la gente necesitada, Allen era malo socializando. Aunque ahora lo mirara con buenos ojos por gratitud, no tardaría en cansarse de estar en su presencia. Una vez que ganara algo de dinero para su viaje, desaparecería, y él nunca volvería a poner los ojos en ella.

No pensó en este eventual desenlace como un signo de ingratitud. Charlotte tenía su propia vida que vivir. Ahora que había escapado de su casa, era libre de ir adonde quisiera y tomar sus propias decisiones.

Cuando sea el momento adecuado, pondré un fajo de dinero en algún lugar fácil de robar... Sonriendo irónicamente ante sus propios pensamientos, Allen se enfrascó en el periódico.



Cuando Allen terminó de marcar el artículo, ya había pasado la puesta de sol. La luz de la ventana impregnaba la habitación de un rojo intenso y ardiente.

"Oops, perdí la noción del tiempo". Se sentó en el sofá y se quedó helado al ver lo que había en el suelo de su salón.

En medio de la sala de orden, Charlotte estaba sentada en el suelo, inmóvil, con la mirada fija en un punto. Iluminada por el sol poniente, tenía un aspecto inquietante.

"Eh, hola Charlotte", soltó alarmado.

Al oír su voz, levantó la vista. "¡Oh! Allen." Su sonrisa era tan inocente como la que se había dibujado en su rostro mientras limpiaban.

Aunque se sintió aliviado al ver que su rostro se suavizaba, preguntó nervioso: "¿Estuviste... sentado ahí todo el tiempo? ¿Qué demonios estabas haciendo?"

"Desde que dijiste que podía hacer lo que quisiera... yo... um..." Charlotte hizo una pausa, rascándose tímidamente la mejilla. Luego anunció: "¡Estaba contando los granos del suelo!".

"¿Los granos... en el suelo?" Allen no sabía qué más decir. Ciertamente, él le había dicho que hiciera lo que quisiera. Lo que ella eligiera hacer en su tiempo libre no era asunto suyo. Aun así, aunque uno se aburriera como una ostra sin nada que hacer, ¿alguien elegiría contar las líneas en trozos de madera? Sin duda, eso era rascar el fondo del barril.

"Bien... Charlotte. Ven aquí un segundo."

"¿Sí?"

Allen se levantó del sofá y la hizo sentarse en su lugar. Agachándose frente a ella, la miró a los ojos. Este era su método para detectar mentiras. "Charlotte, tengo algunas preguntas para ti. ¿Tienes algún pasatiempo?"

"¿Pasatiempos?" Ladeó la cabeza, perpleja, como si nunca hubiera oído esa palabra. Por un momento, Allen se preocupó de si había entendido, pero pronto tarareó en contemplación. "Hmm ... no en particular ... Lo siento".

"Pero entonces, ¿qué hacías en tu tiempo libre cuando vivías en casa?"

"Además de mis lecciones para ser una buena esposa, me ocupaba de las tareas domésticas, como limpiar y coser... así que no tenía mucho tiempo libre".

Aunque su historia era tan lamentable, sonreía alegremente mientras hablaba. Se le hizo un nudo en la garganta. Se le atragantó otra pregunta. "¿Qué hay de esas lecciones, entonces? ¿Hubo algo que disfrutaras?"

"Umm... no sé si 'disfrutarlas'... Siempre cometía errores y me regañaban, ya ves".

Allen decidió probar un nuevo ángulo. "Bien. ¿Qué fue lo último que te hizo sentir feliz?"

"Veamos... Ah, ya sé". Su tono emocionado le hizo sentirse ligeramente esperanzado, pero ella continuó: "¡Hace unos dos meses, Lady Natalia—um, mi hermana pequeña—me dio una fruta como recompensa por trabajar tan duro todos los días! Estaba medio estropeada... pero es muy raro que me den un capricho tan especial, ¡así que me puse muy contenta!".

Allen se quedó sin habla. ¿No era eso lo que la gente llamaba intimidar, o atormentar?

"¿Oh? ¿Allen? Tu cara me está dando un poco de miedo..."

"Así es como me veo. No importa. De todos modos... ¿cuántos años tienes?"

"Um, tengo diecisiete años."

"¿Diecisiete?!" Se estremeció de incredulidad. Ella era cuatro años más joven que Allen. Cuando él tenía diecisiete, todavía estaba en la escuela de magia. Por aquel entonces llevaba una vida despreocupada, bombardeando a los profesores con preguntas hasta hacerles llorar todos los días, castigando a estudiantes descarados cuyas actitudes eran demasiado grandes para su propio bien, haciendo explotar múltiples laboratorios con sus experimentos de pociones. Aunque siempre había reinado en la cima—muy por encima de los demás en lo que se refería a sus logros en investigación—sin duda no había sido más que un tonto irresponsable.

Comparada con su adolescencia, ¿cómo fue la de Charlotte? Deberían haber sido los días más emocionantes de su vida, pero no tenía ni pasatiempos, ni recuerdos felices, sólo su explotación a manos de los que la rodeaban. Para colmo, todos la habían traicionado, y había estado a punto de morir en este remoto rincón del bosque, sólo para ser recogida por un mago de mal carácter y mirada malévola.

¿Cómo puede ser la vida tan cruel? se desesperó Allen. Podía ver en sus ojos que sólo decía la verdad. Sabía que la compasión, ofrecida fácilmente por un extraño como él, sería un insulto para ella, pero no pudo evitarlo.

"Bien. Ya sé lo que voy a hacer".

"¿Qué pasa?", preguntó ladeando la cabeza con gesto preocupado.

Ignorando su preocupación, se levantó lentamente y le apuntó con el dedo a la cara. "Charlotte. Voy a enseñarte... ¡¡¡todos los placeres traviesos de este mundo!!!"

No pudo hablar durante unos instantes. "¿Perdón?"



Tres horas después, Allen regresó a la mansión con un enorme fardo en la mano y gritó: "¡Estoy en casa!".

"B-Bienvenido de nuevo..." Charlotte salió a saludarle, aunque parecía un poco preocupada.

Después de su extraña declaración, había corrido directamente a la ciudad y se había ido de compras otra vez. Hacía mucho que se había puesto el sol y una clara luna creciente flotaba agradablemente en el cielo nocturno.

Allen colocó su botín sobre la mesa del salón: cuatro cajas grandes y tres bolsas de tela. Charlotte se quedó aún más perpleja al verlas colocadas delante de ella.

"Has comprado tantas cosas... pero pensé que habías gastado todo tu dinero..."

"En efecto. Así que vendí algunos de mis objetos encantados. Conseguí cincuenta monedas de oro".

"¿Cincuenta?!" Charlotte no sabía qué decir. Los objetos encantados eran objetos hechizados con un conjuro especial. Podían ser todo tipo de cosas—una hoguera que no se apagaba ni aunque lloviera o una varita que disparaba bolas de fuego con sólo agitarla, por ejemplo—pero si habían alcanzado las cincuenta monedas de oro, debían de ser de calidad superior. Un ciudadano medio podía vivir fácilmente con cincuenta monedas de oro durante al menos tres meses.

"¡Pero por qué tanto dinero!", tartamudeó finalmente.

"¿Es tan chocante? Para ser de la familia de un duque, tu sentido del dinero es como el de un plebeyo".

"Bueno, cuando era pequeña vivía en el campo con mi madre... ¡pero, por favor, no cambies de tema!". Charlotte sacudió la cabeza desesperadamente y murmuró con voz temblorosa: "Si pudiste venderlos por un precio tan alto, esos objetos encantados debían de ser muy valiosos... ¿Por qué tuviste que desprenderte de ellos?".

"Sencillo", respondió Allen. "Necesitaba algo de dinero. Además, tengo otros objetos encantados, y siempre puedo hacer más". A diferencia de las pociones, obtener una evaluación del valor de los objetos encantados era un asunto bastante tedioso, por lo que Allen rara vez los vendía a menos

que tuviera una muy buena razón para hacerlo. Y éste era un caso especial.

"Bien, Charlotte. Siéntate aquí".

"Oh... s-sí". Ella se sentó vacilante en el asiento que él había dibujado para ella. Allen asintió satisfecho, pero ella parecía confusa.

"Charlotte. ¿Escuchaste lo que dije antes, que voy a enseñarte todos los placeres traviesos de este mundo?"

"Sí, pero... ¿a qué te refieres con 'placeres traviesos'?"

"Indulgencias, placeres. Lo que tenía en mente era..." le cogió suavemente la barbilla con la mano y sonrió, "el tipo de placer que va en contra de la moral".

"¿M-Moral?"

"Exactamente. Verás, las cosas traviesas son estimulantes. Una vez que lo pruebes, te engancharás".

Charlotte parpadeó aún más desconcertada. Parecía completamente perdida.

"No hay mucha gente como tú hoy en día", continuó Allen, "honesto, serio, trabajadora. Apuesto a que nunca te has rebelado contra la casa del duque ni te has dejado llevar sólo por diversión, ¿verdad?"

"Bueno... son gente generosa, dejan que alguien como yo viva con ellos...", murmuró con los ojos bajos. Hablaba con temor, como si fuera una esclava hablando de su amo en lugar de una hija hablando de su familia. En realidad, nunca había pronunciado una sola palabra de crítica sobre la familia del duque. A pesar de haber sido terriblemente traicionada, cualquier atisbo de rencor que pudiera albergar estaba sofocado por una abrumadora sensación de deuda y miedo. A los ojos de Allen, esto era decididamente malsano. Por eso se había prometido a sí mismo transformar completamente su vida.

"A partir de hoy, voy a enseñarte todas las cosas traviesas. Te revolcarás en esos placeres, y te convertirás en una bestia que vive sólo por instinto".

"Me estás asustando, Allen..." Sonaba un poco asustada, pero aun así le dirigió una mirada severa. "¡Además, se supone que no debes hacer cosas malas!".

"No te preocupes. No infringiremos ninguna ley y no molestaremos a nadie".

"¿Es eso realmente cierto?"

"Por supuesto. Todo el mundo hace estas cosas en secreto". Todo el mundo—esposas fieles, maestros austeros, sacerdotes ejemplares y todos los demás—realizaban actos traviesos a puerta cerrada, y eran esclavos de esos deleites. Cuando se lo dijo, ella tragó saliva.

"Y... ¿qué son exactamente esas... travesuras?"

"¿Quieres saberlo? Te lo enseñaré". Allen la soltó y se volvió hacia las cajas. Con gestos lentos y salaces, empezó a deshacer las cintas, como si estuviera desnudando a una mujer.

"Ahora, mira atentamente. La lección traviesa de hoy es..."

Finalmente abrió la caja para revelar...

"¿Pasteles?"

"¡Precisamente!" Allen asintió enérgicamente.

En el interior de la caja había tartas de todos los colores: una tarta de fresas, una tarta de chocolate con un suave glaseado, una tarta rebosante de frutas preciosas, un cremoso milhojas con muchas capas de hojaldre, etcétera. La lista podría ser interminable.

"¡Pero espera a ver esto!"

Allen empezó a abrir todas las demás cajas y bolsas, desvelando vibrantes dulces de todos los colores y formas, así como botellas de zumo. Y no sólo había dulces: también había palomitas saladas. Pronto pareció que toda la mesa estaba lista para celebrar una gran fiesta. Ella miraba con ojos como platos.

"Umm... ¿qué es... todo esto?"

"Nada más que un travieso placer".

Sin prestar atención a su desconcierto, Allen cogió una botella y la abrió, dejando escapar una apetitosa efervescencia. Tomó un buen trago de la clara soda, golpeó la botella contra la mesa y declaró a voz en grito: "¡Esta será nuestra cena de esta noche! Come, bebe, ¡por todo lo alto!".

"¿Qué?!" Charlotte chilló. "¡No podemos hacer eso, Allen! ¡Tenemos que cenar como es debido! ¡No será una comida equilibrada sólo con dulces!".

"Hm, estás dando una respuesta de manual, exactamente lo que esperaba. Tanto más divertido arruinarte". Allen carcajeó alegremente. "Mostrabas signos de desnutrición crónica, no sólo un lapsus temporal mientras corrías por tu vida. Nunca te dieron de comer más que lo mínimo, ¿verdad?".

"B-Bueno..."

"Parece que he dado en el clavo. Para guardar las apariencias, no podían dejarte morir de hambre, pero tampoco tenían la menor intención de dejarte comer bien. Más o menos, ¿no?".

Sólo la gente de la casa había conocido el secreto de que era una hija ilegítima, nacida de una amante. En público debían tratarla como a un miembro de la familia, pero dentro de casa era como una humilde sirvienta. Debía de ser muy raro que probara siquiera un bocado de pastel.

Allen puso un trozo en el plato: una tarta fresca y exquisita decorada con fresas por encima. Como no eran de temporada, se trataba de fresas de invernadero, y el pastel era un poco más caro de lo habitual. Colocó un tenedor junto a la porción y le tendió el plato a Charlotte.

"Míralo, ¿no parece tan dulce y delicioso? Al parecer, es el pastel más popular de esta tienda".

"Eek..." Charlotte no pudo evitarlo; sus ojos estaban pegados a la tarta.

Para almorzar, sólo habían comido un guiso fino con restos de verduras, hecho especialmente por Allen, con huevos estrellados desordenados y un poco de pan de la alacena. Naturalmente, ella también debía tener hambre. El estómago de alguien soltó un pequeño gruñido. Ella todavía sacudió la cabeza, aunque débilmente.

"P-Peró... no deberíamos. ¿Cenar pasteles? Debe ser malo para la salud..." Miró a Allen y murmuró disculpándose: "Además... no puedo dejar que hagas más por mí de lo que ya has hecho".

"Peró mira qué bonitos son estos pasteles. Si no te los comes, ¿no decepcionará eso al pastelero?"

"¡Ack!"

Allen notó cómo se desvanecía su determinación. Sonrió satisfecho y continuó: "Por cierto, ¿quién es tu jefe ahora mismo?".

"Eres tú, Allen..."

"¡Correcto!" Le señaló con un tenedor. "Las órdenes de tu patrón son definitivas. Por esta noche, te darás un festín con todo esto hasta que quedes satisfecha. ¡Ese es tu trabajo!"

"Eso es una locura..."

"Si te resistes más, lanzaré otra maldición de muerte", afirmó, con naturalidad, y luego añadió: "sobre mí mismo, por supuesto".

"¡¡¡Te lo he dicho, por favor, no te hagas daño!!!" gritó ella para evitar que él volviera a maldecirse casualmente. Pero finalmente cedió. Cogió con cuidado un tenedor de la mesa y asintió un poco. "Lo haré... Si eso es lo que deseas, comeré este pastel con gratitud".

"Bien. Deberías haberme escuchado desde el principio". Hablaba como un villano, pero todo lo que quería era dejarla comer un poco de pastel. "Sólo para estar seguros, ¿tienes alguna alergia alimentaria? ¿Alguna enfermedad crónica?"

"No, yo no... Suenas como un doctor".

"Sin embargo, tengo una licencia médica".

"Eres gracioso", soltó una risita. Él sólo decía la verdad, pero a ella le pareció una broma. En cualquier caso, la risa la soltó. "De acuerdo entonces, tomaré un poco, pero...". Miró a Allen. "Elige tú primero. Yo me conformo con las sobras".

"Paso. No me gustan los dulces".

"¡Oh!" Charlotte le miró con ojos redondos. "¿Quieres decir... que tienes todo esto... para mí?"

"¿No es obvio? Claro que sí".

"¡¿Y vendiste tus preciados objetos sólo por eso?! ¿Por qué hiciste tal cosa?"

"¿Por qué?" Ladeando la cabeza, dijo con despreocupación: "Porque pensé que te haría feliz".

"Oh..." Charlotte se quedó sin palabras. Su rostro se quedó totalmente en blanco.

Allen se quedó perplejo ante su reacción. "¿Qué te pasa? ¿No te gustan los dulces?"

"N-No, eso no es... eso no es..."

"Entonces adelante, atrinchérate".

"S-Sí..." Volvió a agarrar el tenedor con cierta torpeza, todavía aturdida. "Sólo... para mí...", murmuró, y luego tragó saliva.

Con cuidado, colocó el tenedor en la punta de la rebanada triangular. Cortó un trocito y se lo llevó lentamente a la boca. Sus movimientos eran tan lentos como los de una tortuga, pero Allen la observó atentamente. Como si aquel bocado de tarta fuera su última comida, lo masticó deliberadamente. Finalmente, la oyó tragar y se quedó inmóvil como si estuviera en trance.

"¿Qué tal? ¿Te gusta?" preguntó Allen nervioso. ¿El pastel no era de su gusto? ¿Se había estropeado? La miró ansiosamente a la cara.

Tras unos instantes, dijo: "Está... delicioso".

Iba a responder: "Me alegro", pero las palabras se le quedaron en la garganta.

Una sola lágrima había rodado por su mejilla. Su rostro se arrugó y trató desesperadamente de secarse las lágrimas. Más y más brotaron de sus ojos hasta que empezó a sollozar. Allen no sabía qué decir. Ella no podía dejar de llorar.

Mientras sus lágrimas caían sobre la mesa, sobre su regazo, murmuró con voz delgada y temblorosa: "No puedo creer que alguien haga algo sólo por mí... que me dé algo... Sólo mi madre y mi hermana pequeña lo habían hecho antes... Es tan delicioso, y me siento feliz, y es como si me estrujaran el corazón..."

Sus palabras inseguras y entrecortadas eran como un grito que escapaba de lo más profundo de su alma. Su dolorosa voz encendió un fuego en su corazón.

Con la cara todavía llena de lágrimas, Charlotte miró a Allen. "¿Está bien... para alguien como yo... ser tan feliz?"

"No seas estúpida", murmuró bruscamente. Claro que era un poco caro, pero aquel pastel sólo había costado una moneda de plata. Una felicidad tan barata no era ni de lejos suficiente. "¿Crees que ese trozo de tarta es la felicidad? No me hagas reír. Aquí acabamos de empezar. Voy a enseñarte todos los placeres traviesos de este mundo. Puedes llorar todo lo que quieras, pero no voy a tener piedad de ti".

Le dará de comer platos deliciosos y la llevará a todo tipo de lugares magníficos. Le hará experimentar lo que es divertirse de verdad y sentir verdadera alegría hasta que se canse. Y, finalmente, le hará decir, con orgullo, que es la persona más feliz del mundo.

Cuando le dijo lo que le esperaba, su cara se arrugó de nuevo. "¿Por qué... por qué eres tan amable con una extraña como yo?".

"¿Quién sabe? Ni yo mismo lo entiendo", admitió con sinceridad.

¿Cómo podía un trozo de tarta hacerla llorar tanto? Cuando pensó en ello, se le revolvió horriblemente el estómago. El sentimiento no parecía ser simple lástima o simpatía. Era una complicada maraña de sentimientos, como rabia, y pena, y otras cosas mezcladas. Nunca en su vida había sentido tales emociones. No sabía cómo llamarlo. Pero esas preguntas no tenían importancia. Ahora que había tomado una decisión, iba a seguirla hasta el final, sin guardarse nada. Ése era su lema.

"Sin embargo, te lo juro: ¡mientras estés conmigo, te enseñaré todos los placeres de este mundo!".

"Pero... no puedo devolverte el favor".

"No hace falta nada de eso. Sólo te estás dejando arrastrar por mi afición, piénsalo así".

Charlotte soltó una risita entre lágrimas. "Eres una persona tan amable pero extraña".

Allen se sintió aliviado al verla sonreír de nuevo. Cuando ella lloraba, el dolor se apoderaba de su pecho, y cuando reía, su corazón se calentaba. Para él también eran sensaciones nuevas. Le entregó un pañuelo y le ofreció un trozo tras otro de tarta. Sólo tenía un deseo: quería verla sonreír cada vez más.

"Vamos, come hasta hartarte. ¿Cuál quieres ahora? ¿Qué tal este pastel de chocolate?"

"No puedo comer tanto de una vez... Por favor, ayúdame, Allen."

"Como he dicho, no.... ah, quiero decir..." Al notar que se le nublaba un poco la cara, se contuvo de decir que no le gustaban los dulces y cogió una tarta cargada de fruta para él. "Es una ocasión especial. Podría acompañarte".

"¡Sí, por favor!" Charlotte sonrió, "Si lo tomamos juntos, seguro que sabrá aún mejor".

Se alegró de verla sonreír. No era bueno con la gente, pero con ella, pensó que podría seguir esforzándose al máximo.

Pero Charlotte frunció las cejas, preocupada. "Incluso con nosotros dos, no creo que podamos terminarlo todo. ¿Qué hacemos?"

"No hay problema, podemos comer poco a poco todos los días".

"¿Los pasteles duran tantos días?"

"Lo harán..." Allen murmuró un hechizo y chasqueó los dedos. Un cubo transparente apareció alrededor del pastel de chocolate. "Si detenemos el tiempo".

"Realmente puedes hacer cualquier cosa".

"Claro". Se encogió de hombros y cortó su tarta con un tenedor. "Soy un mago malvado y consumado. Ya sea detener el tiempo o corromper a una pobre chica con tentaciones, es facilísimo. Hm. No está mal". Gracias a la sutil acidez de las frutas, también pudo disfrutar de la tarta. Hizo una nota mental para volver a esta tienda más a menudo. "Toma, prueba esta. Di ahh."

"Ah". Ella abrió tímidamente la boca y él le dio un bocado de su tarta. Durante un rato, ella lo masticó con expresión seria, y luego rompió a sonreír, con las mejillas un poco sonrosadas. Si tuviera que darle un nombre a ese color, lo llamaría, simplemente, "el color de la felicidad".

"Es encantador".

"Me alegra oírlo. Allen le devolvió la sonrisa y devoró el resto de la tarta. *No estaba nada mal*, pensó.

Capítulo 3: Alivio Travieso Del Estrés

"¿Uuuh...ah?" Allen se retorció mientras bostezaba, con la brillante luz del sol haciéndole cosquillas en los párpados. Poco a poco fue consciente del dolor que sentía por todo el cuerpo al recordar dónde se había quedado dormido. Obligó a su cansado cuerpo a moverse y despegó la cara del escritorio con un gran bostezo. "Estupendo... ¿Cuándo me he quedado dormido?"

Estaba en su estudio. Las estanterías se alineaban en las paredes, y los libros que no cabían en ellas se amontonaban en pilas que se amontonaban en el suelo. Anoche se había encerrado allí, sumido en sus pensamientos. Había planeado irse a la cama cuando llegara a un buen punto para dejarlo, pero, al parecer, había estado tan absorto en su tarea que ni siquiera recordaba cuándo se había dormido.

"Hmph... No pensé que me volvería tan loco con esto. Pero he tenido tantas ideas ahora. Ha sido un tiempo bien empleado".

En el escritorio que tenía delante había un cuaderno cerrado. Allen lo cogió y sonrió con picardía. En la portada se leía:

Planes de Formación para Charlotte: Una Lista de Actividades Traviesas (En Curso)

Si Charlotte lo hubiera visto, habría gritado de asombro. Allen lo abrió. Las páginas estaban llenas de su letra. Trazó suavemente la primera línea con un dedo. "El pastel era bueno. Resultó eficaz". Una marca de éxito floreció en la línea.

Para Allen, Charlotte había sido simplemente una desconocida a la que había conocido por casualidad. Sin embargo, las circunstancias habían cambiado el día anterior. Le había hecho la promesa de enseñarle todos los placeres sensuales de este mundo. A partir de ahora, iba a dedicar todos sus esfuerzos a cumplir su promesa. Así era como vivía.

La reacción de Charlotte ante el pastel había sido excelente. Se comió tres trozos en total, saboreando lentamente cada bocado. Dijo que quería guardar el resto para más tarde, así tendría un trozo que esperar todos los días. Allen no había imaginado que algo tan sencillo como un pastel la entusiasmaría tanto, así que estaba de muy buen humor. Pero no podía concentrarse sólo en la comida: tenía que ejercitar su ingenio.

"¡Más... más! ¡Debo dejar que experimente todo tipo de cosas que nunca ha hecho antes!".

Y así, se había estado devanando los sesos hasta altas horas de la noche para redactar la lista en este cuaderno, que nombraba todos los caprichos imaginables mucho más allá de comer pasteles.

"Cómo mi brillante cerebro produce planes ingeniosos", se rio entre dientes. "¡Estoy seguro de que tendrán un efecto extraordinario en Charlotte! Veamos lo que tengo aquí..."

Recorrió la lista con la mirada:

Escribe un artículo innovador sobre la teoría de la magia.

Utiliza materiales increíblemente valiosos para fabricar objetos encantados.

Capturar a los tontos que se atrevan a ir contra mí y arrojarlos a un infierno viviente e inflexible.

Etcétera.

"Hm... Definitivamente no complacerá a Charlotte". Todas estas eran actividades que sólo deleitarían a Allen. Llegó a una conclusión: el bombo de medianoche sólo engendra ideas basura. Tiró el cuaderno y se levantó de la silla. Una de sus escasas cualidades redentoras era su capacidad para cambiar de rumbo en un instante. "Ah, bueno. Dormiré un poco y lo pensaré".

Cuando salió del estudio, tropezó con Charlotte. Por un momento, ella le miró con ojos redondos, pero enseguida volvió en sí e hizo una reverencia.

"B-Buenos días. Te has levantado temprano... ¿Ya estás trabajando?"

"No, me quedé dormido en el estudio".

"¿Estuviste despierto toda la noche? No deberías, es malo para tu salud".

"Por eso me voy a la cama". Allen sonrió tímidamente. Si se enteraba de que se había quedado despierto pensando en ella, se preocuparía aún más, así que decidió guardárselo para sí. "Así que hoy no desayunaré. Come tú sola".

"Ya veo. ¿Debería ir a despertarte cuando sea la hora de comer?"

"Sí, suena bien. Por cierto... ¿qué llevas ahí?". Se dio cuenta de que ella sostenía una escoba que había estado tirada en el almacén. Debería haber estado cubierta de polvo, ya que no la usaba mucho, pero al parecer ella la había limpiado con un cepillo.

Se lo acercó al pecho y sonrió. "¿Esto? Estaba pensando en limpiar el vestíbulo ahora mismo. Ah, ¿te importa si lo hago?"

"Bueno, no me importa... pero no te pedí que hicieras tanto". Ya había terminado de limpiar las habitaciones que necesitaban para su vida diaria, incluidos el salón y la cocina. Sólo el trastero y el jardín necesitaban algo de trabajo, pero no había prisa, así que él le había dicho que podían tomárselo con calma. No le había pedido que hiciera nada más.

"Después de todo, me dejas quedarme aquí", dijo con una sonrisa tímida. "Pensé que debería encontrar cosas que hacer sin que me lo pidieras".

"Eres tan trabajadora...". Aunque estaba sorprendido, rápidamente la miró y comprobó su estado de salud: tez fresca, buenas pupilas, respiración tranquila. No detectó ningún signo de debilidad, así que debería ser lo bastante fuerte como para limpiar, pero aun así le preocupaba. "Aún es pronto, puedes tomártelo con calma".

"Sí... pero es sólo un hábito".

"¿Limpiabas todos los días en casa?"

Charlotte rio débilmente para esquivar su pregunta. Allen no entendía por qué su familia—la casa de un duque, nada menos—la había obligado a hacer la limpieza cuando debían de tener criados de sobra. Cualquiera que fuera el motivo, estaba seguro de que era feo. Este pensamiento le despertó de golpe. Un intenso asco mezclado con una rabia hirviente le llenó la boca del estómago, cien veces peor que la peor de las resacas. Su rostro se torció en una mueca oscura.

Inquieta por su expresión, hace una rápida reverencia y suelta: "De todos modos, buenas noches. Me aseguraré de no hacer ruido cuando limpie". Salió corriendo hacia el vestíbulo.

Allen sólo pudo verla marchar. Cuando desapareció al doblar la esquina, se acarició la barbilla pensativo. "Es increíble que no se queje de nadie, ni siquiera cuando la han tratado como basura".

La habían tratado como a una sirvienta, peor que eso. Es más, se había visto obligada a huir de casa, perseguida bajo falsas acusaciones. Pero incluso ahora, nunca soltó una palabra de resentimiento sobre su familia o incluso el Príncipe, el ex prometido en la raíz de sus problemas. Si Allen estuviera en su lugar, no descansaría hasta acabar con todos y cada uno de ellos.

"Quizá no es que no les guarde rencor... quizá es que no son personas a las que pueda guardar rencor". Tuvo la sensación de que, incluso si ella sentía algunos sentimientos reprimidos hacia ellos, se estaba impidiendo decirlo en voz alta. Probablemente había múltiples elementos en su reticencia, como su arraigado miedo a sus opresores y su baja autoestima, lo cual, para él, estaba lejos de ser divertido.

Todavía estaba dándole vueltas al asunto con el ceño fruncido cuando oyó voces procedentes de la puerta principal. Una voz familiar y alegre, seguida de la vacilante de Charlotte.

"¡Buenos di—ooh! ¿Quién es?"

"Oh, uh, um..."



Como catapultado por el sonido, Allen corrió hacia la puerta a la velocidad de la luz. Allí fue testigo del peor escenario posible. "¡Alto ahí!", gritó.

"Oh, Allen", le miró Charlotte con la escoba aún en la mano.

"¿Meowww?" Miach, que había venido a entregar el correo, parecía desconcertada.

Era un momento horrible para que Miach encontrara a Charlotte. Se dio cuenta de lo mala idea que había sido dejar que Charlotte se dirigiera al vestíbulo cuando sabía que Miach venía a por la entrega todas las mañanas. Había estado tan absorto en sus pensamientos que había pasado por alto ese hecho. Se interpuso entre ellos y ocultó subrepticamente a Charlotte de Miach.

"Lo siento, es una sirvienta que contraté hace poco. Es tímida".

"Tú, el misántropo, ¿contratando a una sirvienta? Siempre pensé que eras un tipo divertido, Señor Oscuro", dijo Miach despreocupadamente.

"¡¿Señor Oscuro?!" gritó Charlotte conmovida.

Allen gimió, agarrándose la frente. "Es sólo un apodo. Aunque uno deshonoroso".

"Creo que te queda perfecto. Hmm, espera..." Miach miró a Charlotte con una sonrisa amistosa. "Tengo la sensación de haber visto a tu sirvienta en algún sitio antes. En un periódico reciente, para ser más exactos".

Jadeó Charlotte, confirmando así las sospechas de Miach. Con un suspiro, Allen se preparó para empezar a persuadir a Miach de que mantuviera el secreto. Estaba dispuesto a sobornarla. Quería evitar lavarle el cerebro a un conocido si podía evitarlo, así que esperaba resolver las cosas pacíficamente. "Miach... Hay una buena razón para que ella esté aquí—"

"No se preocupe, Señor Oscuro". Miach sonrió y anunció con orgullo: "En Servicio de Entregas Satyrus ponemos a nuestros clientes habituales por encima de todo. No es asunto nuestro quién resulte ser una sirvienta en casa de nuestro cliente".

"Te debo una".

"No sé de qué estás hablando". Miach hizo ademán de ladear la cabeza.

Charlotte también le dio las gracias y le hizo una reverencia.

"Ni lo menciones", rio Miach. "No operamos en el Reino de Neils, ya ves".

Allen miró a Miach con escepticismo. "¿Qué habrías hecho si hubieras hecho negocios allí?".

"Buenoooo. ¿Quién puede decirlo?" Miach se rio vagamente.

Allen agradeció a sus estrellas de la suerte que la empresa de reparto no se hubiera expandido más allá de su propio país. Entonces recordó algo. "Oye, Miach. ¿No tiene Satyrus también un servicio de venta por correo?"

"Así es. Principalmente ofrecemos artículos de primera necesidad, pero si busca algo en particular, lo adquiriremos 'especialmente para usted'. Nuestros gastos de gestión son módicos. Aquí tiene nuestro catálogo".

"Suena bien. Veamos..." Allen hojeó el folleto, que incluía comestibles, artículos diversos de uso diario y ropa. "Excelente. Toma, Charlotte". Se lo puso en las manos.

"¿Sí?", tartamudeó, sobresaltada.

"Compré la mayoría de tus necesidades el otro día, pero no sé qué más puede necesitar una mujer. Puedes elegir lo que quieras de allí y darme una lista. Haré un pedido".

"Ya veo. Lo haré", asintió Charlotte, extendiendo el folleto con curiosidad. Sus ojos brillaban y parecía emocionada. Probablemente nunca había tenido la oportunidad de ir de compras. Abrazó el folleto y esbozó una tímida sonrisa. "Gracias. Me esforzaré por recompensarle".

"No te preocupes. Son gastos necesarios, así que los pagaré".

"¿Qué?! No puedo dejarte... Ayer también me diste esos pasteles..." Charlotte aún sostenía el catálogo contra su pecho, parecía preocupada.

Pero Allen no cedió. "En cualquier caso, puedes comprar lo que quieras. Si tan sólo muestras un atisbo de autocontrol, compraré todo lo que hay en ese panfleto, así que será mejor que elijas bien".

"¿Por qué siempre eres tan extremista?!" Charlotte palideció. Después del incidente de la tarta del día anterior, sabía que no iba de farol.

Miach se rio de su intercambio. "Parece que le espera un viaje salvaje, señorita. Será mejor que se lo digas directamente si sus maneras dominantes te ponen de los nervios".

"N-No, él cuida muy bien de mí, así que no se me ocurriría hacer eso..."

"Aww, ¿en serio? Pero es tan engreído. Si yo fuera tú, no aguantaría su actitud: sólo está pidiendo mi puñetazo mortal de gato". Miach empezó a hacer boxeo de sombra en el acto, lanzando puñetazos al aire. Eran puñetazos bastante buenos, con algo de fuerza. "Este es mi consejo. Cuando algo te estrese, devuélveselo".

"Pensé que era tupreciado patrón... ¿Hm? Espera." Algo se enganchó en su cabeza. Lo meditó un poco, y luego tuvo un momento eureka. "¡Eso es!"

"¿Meow?"

"¿Eh?"

Estaba decidido. Sabía qué actividad traviesa introducir en la próxima sesión de entrenamiento de Charlotte.



A primera hora de la tarde del día siguiente, cuando acababan de almorzar, Miach volvió con un animado saludo. "¡Aquí está su pedido!"

"Bien. Adelante". Allen la condujo al salón. Tenía los brazos llenos con una gigantesca caja de madera -que parecía lo bastante grande como para contener a un ser humano- y una pequeña bolsa de tela. La caja parecía pesada, pero Miach la cargó sin esfuerzo. Le entregó la bolsa a Charlotte, que estaba a su lado.

"Aquí tienes los productos del día para tu pedido, Charlotte."

"Oh, muchas gracias". Charlotte lo cogió tímidamente. Ni siquiera se dio cuenta de que Miach había empezado a llamarla por su nombre de pila. Aparentemente, Miach estaba realmente preparado para cubrirla.

"¡Y esta es para usted, Señor Oscuro!"

"Gracias. Veamos..." Abrió la tapa de la caja en forma de ataúd e inspeccionó cuidadosamente su contenido. Por curiosidad, Charlotte intentó echar un vistazo también, pero antes de que pudiera ver nada, él cerró la tapa. Por supuesto, los regalos siempre debían guardarse como una sorpresa hasta el mismo momento de presentarlos. "Hm. Es un producto de buena calidad. Aquí tiene el pago por esta entrega".

"Muy bien entonces, déjame confirmarlo. Uno, dos, tres... ¿Oh?" Miach hizo una pausa mientras contaba las monedas de plata. "Es mucho más que la tarifa. Espera un minuto, voy a buscar el cambio..."

"No hace falta. Tómalo, es una propina".

"¡Meow! ¡Te sientes generoso! Gracias, Señor Oscuro". Sonrió de oreja a oreja y se embolsó las monedas.

La propina también sirvió como una especie de dinero de silencio. Si Allen podía proteger a Charlotte de esta manera, era un pequeño precio a pagar. Mientras guardaba la cartera, Miach se quedó mirando la caja de madera.

"Por cierto", preguntó, "¿qué vas a hacer con una cosa así?".

"Usarlo, por supuesto".

"¿En serio? Tiene que estar bromeando, Señor Oscuro. Te ves tan... introvertido". Miach no era de los que se contenían.

Allen dio una palmada en el hombro de Charlotte. "No, para mí no. Es para Charlotte".

"¿Para mí?" Claramente no esperaba que la conversación girara en su dirección.

"Eres más activa de lo que pareces, Charlotte", dijo Miach.

"¿Qué has comprado?"

Allen dejó escapar una risita diabólica. "Es hora de la gran revelación..." Con una sonrisa triunfal, chasqueó los dedos. La caja se desprendió de inmediato. En medio de los fragmentos de madera, colgaba un gran objeto.

"¿Un saco de boxeo?" murmuró Charlotte desconcertada.

"¡Precisamente!" declaró Allen. Era un saco de boxeo clásico, colgado de un poste metálico, utilizado normalmente para entrenamientos y prácticas de boxeo. "Realmente puedo contar con Satyrus para lo que sea. Gracias por tu trabajo, como siempre".

"¡Por supuesto! Gracias por su patrocinio. Haré de sus entregas la máxima prioridad".

"Un momento", Charlotte interrumpió su charla. Parecía completamente desconcertada. Miró de Allen al saco de boxeo, de un lado a otro, y ladeó

la cabeza. "¿Por qué iba a usar esto? Oh, ¿podría ser para hacer ejercicio... quizás?".

"Cerca, pero no del todo", proclamó Allen con un golpe en la bolsa. "¡Esta es tu lección traviesa de hoy!"

"Lección traviesa..." Charlotte tragó saliva.

Miach le lanzó una mirada un poco malhumorada. "¿Eh? ¿Qué es eso, algún tipo de juego pervertido?"

"No. Es una larga historia..."

Después de que Allen le diera un breve resumen de todo, Miach sacudió la cabeza con el ceño fruncido. "Sabe, Señor Oscuro, no podría haber elegido un nombre peor para estas lecciones... ¿Pero por qué es malo usar un saco de boxeo?"

"Bueno, puede parecer un ejercicio normal, pero hoy...". Sacó unos recortes de periódico del bolsillo del pecho y los pegó en la bolsa, colocando las últimas piezas de su plan. "¡Es hora de aliviar el estrés! ¡¡¡Vas a golpear a estos tipos todo lo que puedas!!!".

"¿Qué?!" chilló Charlotte. Se quedó mirando las fotografías que Allen había adjuntado a la bolsa, que mostraban a un hombre de rasgos severos en la flor de la vida, y a un joven de ojos fríos. Murmuró con voz temblorosa: "E-Ese es mi padre y....".

"Aha. Tu ex prometido", Allen asintió con calma. Por alguna razón, tuvo que enfatizar la parte de "ex", no sabía por qué. "Lo que tienes que hacer es negarte a aceptar todo lo que te echen. En lugar de eso, tienes que enfadarte".

"¿Enfadarme?"

"Exacto". Le cogió suavemente las manos y le puso los guantes de boxeo que había encargado para ella. Había elegido el par rojo sangre, movido por su enemistad personal hacia sus enemigos, pero no entró en detalles. "La resistencia es importante a veces, pero también es vital dar rienda suelta a tus deseos cuando es necesario. Si no lo haces, seguramente te derrumbarás en algún momento".

Las emociones reprimidas nunca desaparecen. Permanecían latentes y se enconaban en lo más profundo del corazón, y acababan por desbordarse y sabotear al yo. No quería que Charlotte sufriera algo así.

"Es natural sentirse insegura al principio. Pero te volverás adicta en poco tiempo".

"Suenas como un malvado, Señor Oscuro", murmuró Miach, sacudiendo la cabeza.

Charlotte seguía pálida. Temblaba, con los ojos fijos en los retratos del Príncipe y el Duque. "P-Peró... yo... no estoy enfadada".

"¿Incluso cuando te han despreciado y arruinado la vida de esa manera?" Allen había rastreado numerosos periódicos para encontrar esas fotografías. En el proceso, se había dado cuenta de hasta qué punto todo el mundo en el Reino de Neils creía que Charlotte era una "mujer malvada". Para colmo, había una recompensa por su cabeza. Los soldados que había ahuyentado también habían dicho que debían capturarla "viva o muerta". Ya no tenía un hogar al que regresar. En otras palabras, habían echado por tierra toda su vida y pisoteado su dignidad. Sin embargo, no pronunció ni una sola palabra de cólera. Se limitó a sonreír resignada.

"El Príncipe y mi padre... estoy segura de que tenían una razón para hacer lo que hicieron".

"¿Quieres decir que está bien tirarte como un trapo sucio siempre que tengan alguna razón?"

"No puedo hacer nada...". Charlotte negó dócilmente con la cabeza. "Estoy en deuda con mi padre por haberme criado y mantenido hasta ahora. En cuanto al Príncipe... ha tenido que soportar estar prometido a alguien como yo, así que me da pena causarle problemas. No puedo estarles resentida".

Allen se quedó sin habla. Al parecer, la raíz del problema era más profunda de lo que había imaginado. El saco de boxeo era sólo una pequeña parte del plan que había ideado, cuyo esquema era el siguiente:

Haz que Charlotte se dé cuenta de su rencor interiorizado.

Corre al Reino vecino y desenmascara la fechoría del Príncipe.

Demuestra la inocencia de Charlotte y haz que arresten a los villanos.

Bien está lo que bien acaba: ¡celebremos el final feliz!

Sin embargo, ahora se veía obligado a descartar su plan para el futuro. Sólo con este plan, no había esperanza de curar el alma herida de Charlotte. En primer lugar, no podía aceptar lo que había en su corazón. Se había acostumbrado demasiado a reprimir sus emociones y le aterrizzaba expresar sus verdaderos sentimientos. O eso, o había renunciado por completo a la capacidad de sentir. Había anesthesiado su corazón, ya que había sido la única forma de sobrevivir hasta ahora. La dura coraza que había construido para protegerse la estaba asfixiando. Si limpiaba su nombre y el Príncipe era castigado por sus crímenes, era probable que no se alegrara por la noticia; al contrario, se sentiría angustiada, culpándose a sí misma de haber traído la desgracia a alguien.

"Señor Oscuro", murmuró Miach, tirando de la manga de Allen, "ciertamente no es mi intención entrometerme en la vida personal de mi patrón, pero aun así, no puedo evitar decirlo...". Bajó la voz con una mirada vacilante a Charlotte. "Quizá... sea mejor dejarla estar un poco más".

"Bueno, estoy de acuerdo contigo en la mayor parte".

"¿En su mayor parte?"

Allen vio que las cicatrices en el corazón de Charlotte eran demasiado profundas. Necesitaba tiempo para curarse. Pero iba en contra de su naturaleza no hacer nada y esperar ociosamente a que pasara el tiempo. Se acercó a Charlotte, que estaba de pie con los ojos bajos, y la llamó por su nombre.

"¿Sí?"

Tomó sus manos enguantadas entre las suyas y le dijo: "Si no quieres golpear la bolsa... entonces pégame".

"¿Perdón?"

"¿Eh?"

Esta vez, Charlotte y Miach se quedaron paralizados. Allen ladeó la cabeza en el silencio repentino. "¿No me has oído? Te dije que me pegaras".

"Nunca pensé que tuvieras tal fetiche, Señor Oscuro..."

"No me malinterpretes. Esto forma parte del entrenamiento travieso". Allen se encogió de hombros ante Miach, que le lanzaba una mirada gélida.

Luego, volviéndose hacia Charlotte, extendió los brazos. "Mira, soy tu saco de boxeo. Dame todo lo que tengas".

"¿Por qué iba a hacer yo eso?", exclamó ella, con la cara descolorida. Bueno, ya se lo esperaba. Apretó las manos enguantadas contra el pecho y sacudió la cabeza bruscamente. "Nunca podría pegarte. Has sido tan amable conmigo, Allen... No puedo".

"No es cuestión de que pueda o no pueda", sonrió Allen cálidamente. Le hizo un gesto con el dedo índice para que se acercara. "Simplemente hazlo".

"¿Eh?!" En un instante, el brazo derecho de Charlotte se levantó. Ella se inclinó hacia atrás y giró a lo ancho para aterrizar un golpe sacacorchos perfecto en la mejilla de Allen, lanzándolo fuera de sus pies por unos tres metros. "¿Allen?!"

Motas de polvo caían del techo sobre el salón recién limpiado. Corrió hacia donde él yacía gimiendo en el suelo. "¿Q-Qué fue eso?! Los guantes... ¿se han movido solos!"

"Hmph. Eso fue magia. Lancé un hechizo en tu brazo derecho e hice que me golpearas... Bien hecho."

"¿Qué estoy presenciando ahora mismo?". Miach le miró como si fuera un perverso, pero estaba demasiado concentrado en Charlotte como para preocuparse.

Comprobó sus propias heridas: ligeros cortes en los labios y en el interior de la boca, pero los dientes y los huesos estaban bien. Se limpió la sangre que le salía por la comisura de los labios y sonrió a Charlotte, que lo miraba con cara de pánico.

"Escucha, Charlotte. Quiero que sepas una cosa".

"¿Q-Qué pasa?"

"Me den puñetazos, patadas o maldiciones... pase lo que pase, nunca voy a abandonarte".

Charlotte se quedó sin palabras.

"¿Hmm?" Miach le miró fijamente, con los ojos un poco redondos.

Esto era todo lo que Allen quería decirle a Charlotte: que estaba de su parte. Nada cambiaría eso, y estaba seguro de ello. Sabía que sólo hacía unos días que la había conocido y que esta confesión era exagerada. Pero no pudo evitarlo.

"Esto no es la finca Evans. Puedes permitirte sentir cualquier cosa, y decir lo que quieras. Eres libre".

"Libre..." Atónita, Charlotte se hizo eco de la palabra como si nunca la hubiera oído antes. Pero volvió en sí en un momento y estalló: "¿Me has... obligado a pegarte sólo para decir eso?".

"Obviamente. No cambiarías si no tomara medidas extremas. Es terapia de choque".

Charlotte echó humo y su cara se puso roja. "¡Te estás arriesgando demasiado!".

Era la primera vez que la veía así. Así que puede enfadarse, después de todo. Se sintió ligeramente aliviado, pero no lo dijo en voz alta. Sabía que eso sólo avivaría las llamas, y más que nada, ella era un poco aterradora.

Se encogió hacia atrás y trató de apaciguarla. "P-Pero sabes, puedo curar fácilmente cortes a este nivel. ¿Ves?" Se lanzó un sencillo hechizo curativo. La hinchazón de su mejilla y el sabor a sangre de su boca desaparecieron como si nada. "Todo mejor. No hay nada que no podamos volver a arreglar. Así que quiero que hagas todo tipo de cosas, y sientas cosas, sin tener miedo".

"Allen..." A Charlotte se le trabó la lengua por un momento, pero volvió a su cara de enfado. "Pero eso no cambia el hecho de que te hirieron hace un momento".

"Eh... bueno, no puedo negarlo".

"Por favor, no hagas nada como esto en el futuro. Me darás un infarto. ¿Me lo prometes?"

"Oh, de acuerdo...", sólo pudo asentir tímidamente. Temerario como era, sintió la fuerza de su furia genuina con cierto temor.

Entonces su rostro se suavizó un poco. "Durante toda mi vida he tenido miedo de muchas cosas", dijo, con una mirada distante. "Pero... ya no tengo que vivir así, ¿verdad?".

"Por supuesto que no". Le cogió la mano con suavidad. Incluso a través de los guantes, podía sentir lo nerviosa que estaba.

Le devolvió la mirada con determinación. "Puede que lleve algún tiempo... pero lo haré lo mejor que pueda. Quiero poder decir lo que pienso".

"Bien. No hay prisa. No me importa lo que tarde, estaré aquí", sonrió Allen.

La lección se había desviado bastante de su objetivo original de aliviar el estrés, pero para ser el primer paso, no estaba tan mal.

Charlotte está empezando aquí y ahora, pensó. Seré paciente y velaré por ella.

El saco de boxeo, inútil por el momento, le llamó la atención. "Lo siento, Miach", dijo con pesar. "Lo trajiste hasta aquí... pero parece que pasará algún tiempo hasta que lo usemos".

"No, no hay problema", Miach negó con la cabeza. Por alguna razón, tenía una sonrisa radiante en la cara. Mirando a Allen a la cara, ronroneó: "Y lo que es más importante, espero poder seguir contando con su patrocinio del Servicio de Entrega Satyrus".

"¿Hm? Pues claro. ¿Por qué dices eso?"

"¡Bueno, supongo que pronto harás muchos más pedidos! Una cama doble, un anillo... ¡quizás incluso artículos para bebés, dentro de poco! Ooh, tantas cosas para entregar, ¡no puedo esperar!"

"¿Para qué necesitamos cosas así?" preguntó Allen, mirando a Charlotte.

"No tengo ni idea..."

En contraste con Miach, que se estaba excitando ella sola, Allen y Charlotte intercambiaron miradas de desconcierto.

Capítulo 4: Una Traviesa Batalla Entre Hermano Y Hermana

Un día soleado, una figura siniestra se encontraba en el bosque, observando la mansión de Allen desde lejos, con los pies firmemente plantados en el suelo. "Así que ... eso es todo."

La figura miró fijamente la mansión durante un rato, pero finalmente dio un paso hacia ella con aire decidido. Sus ojos brillaban amenazadores en las sombras del bosque, pero, por supuesto, no había nadie más en las inmediaciones que pudiera fijarse en ellos.



Alrededor de la misma hora, dentro de la mansión, Allen y Charlotte estaban almorzando.

"¡Muy bien, Charlotte! ¡Prueba sorpresa!" Allen dijo de la nada.

"¿Sí?" Charlotte, con un bocadillo en la mano, le miró con ojos redondos.

Allen había preparado unos sándwiches, ya que era una comida sencilla que quedaba bien con sólo juntar pan de molde e ingredientes. Nunca había prestado mucha atención a lo que comía antes de que Charlotte llegara, pero ahora, ponía un poco más de pensamiento en cada comida, no sólo por el valor nutricional, sino también por lo apetitoso que parecía.

Llevaba una cafetera en cada mano, una para café y la otra para té negro. "Café o té, ¿cuál te apetece?"

"Umm, tomaré lo que estés tomando..."

"Voy a tomar una poción especialmente preparada, súper nutritiva, tan mala que te hace vomitar. ¿Estás seguro de que quieres lo mismo?"

Lo meditó y contestó: "Té, por favor".

Satisfecho, Allen empezó a preparar el té. "Ayer prometiste que ibas a intentar ser honesta. El primer paso es tomar conciencia de lo que te gusta".

"Sólo era una elección entre café y té. No es tan importante".

"Pero hasta ahora no podías decir lo que pensabas ni siquiera para asuntos tan pequeños, ¿verdad?"

"Bueno... es verdad". Mordisqueó el bocadillo y luego dijo con una sonrisa preocupada: "Tienes razón. No recuerdo haber tomado una sola decisión por mí misma en los últimos años... excepto cuando decidí huir de casa".

"¡Así que ésta ha sido tu primera decisión desde la fuga! Te ocupas de asuntos graves", se rio entre dientes. "Espero que con el tiempo también encuentres un hobby. Si hay algo que quieras probar, dímelo".

"Hmm... algo que probar..." Se quedó pensativa, con una esquina del bocadillo aún en la boca.

Allen no tenía ni idea de lo que estaba viendo en su mente, así que la dejó en paz. Pero tenía la corazonada de que, a este paso, en un futuro no muy lejano, podría llegar un día en que sacara el saco de boxeo que había guardado en el trastero.

Ambos guardaron silencio durante un rato. Los únicos sonidos que oían eran el hervor del agua caliente y el canto de los pájaros que resonaba en el bosque. Se mezclaban en una suave armonía, y el tiempo parecía ralentizarse en el aire tranquilo, cuando...

"¡Por fin! ¡Te he encontrado!" Alguien abrió la puerta con un grito.

Charlotte dio un grito ahogado y se incorporó de un salto en la silla. Allen frunció el ceño y refunfuñó: "Bleh".

La intrusa que entró era una joven de la misma edad que Charlotte. Era bajita, pero tenía una figura bien formada, con atractivas curvas en todos los lugares adecuados. Sus grandes ojos negros desprendían un vigor ardiente y su pelo negro, que le llegaba hasta los hombros, tenía reflejos de colores. Iba vestida con una túnica similar a la de Allen, pero con puntos en la capucha que parecían orejas de gato, y debajo llevaba un top muy revelador y una minifalda súper corta. Parecía más una artista atrevida que una bruja.

Allen sólo pudo suspirar ante el rostro familiar. "¿Por qué ahora? Estoy demasiado ocupado para esto". Espolvoreó unas hojas de té en la tetera y vertió agua caliente para tres personas para dar cuenta del invitado inesperado. "Sólo dime, para futuras referencias, ¿cómo encontraste este lugar?"

"Fácil. Acoté la región a partir de un poco de polen que estaba pegado a tu carta, luego recorrí todos los pueblos preguntando si alguien conocía a un mago excéntrico".

"Tch... una combinación de conocimiento preciso y energía excesiva". Allen se juró a sí mismo hacerlo mejor la próxima vez mientras servía té para todos.

"Uh, umm... ¿Quién es, Allen?" preguntó Charlotte tímidamente, con los ojos todavía grandes.

"Eso es lo que me gustaría preguntar", dijo la intrusa. "Pero bueno. Me presentaré. Me llamo Eluca Crawford. ¡La hermana menor de Allen!"



"¿Su hermana?!"

"Sí, sí. Hermana adoptiva", murmuró Allen, añadiendo cucharada tras cucharada de azúcar en su propia taza de té. "¿Y? ¿Qué quieres? No me digas que el tío sigue intentando arrastrarme de vuelta a casa".

"Por supuesto que no. Papá renunció a eso hace mucho tiempo". Eluka puso los ojos en blanco y cogió su taza. Se la bebió de un trago sin sentarse. "Decidió que un lobo solitario como tú no podría ocupar un puesto en la escuela de magia". Se encogió de hombros despreocupada ante la apreciación. "Es mucho más productivo dejarte vagar por donde quieras mientras publicas los resultados de tus investigaciones".

"Oh bien, así que finalmente lo consiguió."

Eluka le fulminó con la mirada. "Es demasiado blando, eso es lo que yo digo".

Charlotte tiró mansamente de la manga de Allen. "¿Tú le llamas 'tío', pero tu hermana le llama 'papá'?"

"Uh-huh. Como he dicho, es mi hermana adoptiva. En realidad no somos parientes de sangre", explicó, señalando a Eluka con la barbilla. Naturalmente, ella y él no se parecían. La única similitud era el color de sus cabellos, pero el de Eluka era completamente negro, mientras que el de Allen era mitad negro, mitad blanco. "Mis padres murieron cuando yo era pequeña. Me adoptaron mis parientes lejanos, la familia Crawford. Eluka es la hija de mi padre adoptivo. Tiene diecisiete años, igual que tú".

"Ya veo... lo siento. No pretendía entrometerme en tu historia familiar".

"¿Qué más da? No hay nada que ocultar, de todos modos".

"Uh, ¿hola? ¿No me estás ocultando algo?". Eluka se quedó mirando a Charlotte con expresión pétrea. "¿Quién es? ¿Tu novia?"

"¡No—!" Charlotte se puso roja hasta la punta de las orejas. Miró a Allen y a Eluka con pánico. "No. Pero, bueno... si eso es lo que parezco, estoy feli—"

"Por supuesto que no, Eluka. No seas grosera".

"Ah..." Por alguna razón, Charlotte se congeló en estado de shock.

Allen le dio una palmada en el hombro y dijo: "Estoy seguro de que a Charlotte le daría náuseas que la confundieran como pareja romántica de un inadaptable social con una personalidad tan desastrosa que, además, es un mago abominable y genial. Debo negar rotundamente tu acusación en interés de su honor".

"¡Pero yo nunca he pensado algo así!" protestó Charlotte.

"A veces tu autoevaluación es demasiado acertada, hermano". Eluka se acarició la barbilla pensativamente y miró a Charlotte. "Entonces, si no es tu novia, ¿quién es? ¿Por qué te aguanta? ¿Es una voluntaria? ¿Una vendedora ambulante? ¿Una especie de reclutadora religiosa?"

"B-Bueno, ummm..."

"Esta es Charlotte Evans", cortó. "Es una persona buscada que huyó del país vecino".

"¡Oh, Allen!"

"¿Eh?" Eluka ladeó la cabeza, incapaz de procesar la situación.

Allen le hizo un resumen aproximado de todo lo que había pasado: cómo Charlotte había sido perseguida por crímenes que nunca había cometido, cómo Allen la había acogido cuando la había encontrado desmayada fuera de la mansión y cómo estaba en medio de enseñarle todo tipo de "cosas traviesas".

Charlotte escuchaba, con el rostro cada vez más pálido. Cuando terminó, le susurró al oído: "¿Es seguro contárselo todo?".

"Aunque se lo ocultemos ahora, ella misma averiguará la verdad. Será mejor que seamos honestos desde el principio".

"P-Peró es tu hermana... Tal vez se preocupe por ti..." Charlotte miró a Eluka con ansiedad.

Al cabo de unos instantes, Eluka soltó un inmenso suspiro y se apretó la frente con la palma de la mano. "Siempre supe que eras un idiota, hermano, pero me equivoqué. Eres un idiota insufrible y sin remedio".

"Hm. ¿Por qué?"

"¿No es obvio?!" exclamó Eluca, señalando con el dedo a Allen. "Le has estado dando comida y haciendo que te pegue... ¿Por qué no le enseñas el tipo de cosas traviesas que realmente harían feliz a una chica?!"

"¿Ese es realmente el problema aquí?!" gritó Charlotte.

Pero Eluca era imparable. Agarró las manos de Charlotte y les dio un fuerte apretón. "Debiste de sufrir mucho", dijo con lágrimas en los ojos. "Eras tan fuerte. Si hay algo que pueda hacer, dímelo. Haré todo lo que pueda para ayudarte".

"¿M-Muchas gracias?". Desconcertada, Charlotte asintió y luego preguntó tímidamente: "Um... ¿por qué me crees?".

"¿Eh? ¿Por qué no iba a hacerlo?"

"Bueno, es raro que yo lo diga... pero soy bastante desconfiada, ¿no?".

"Pero hermano cree en ti, ¿verdad?". Eluca ladeó la cabeza y le dedicó una sonrisa radiante. "Entonces no pasa nada. Como puedes ver, es un completo bicho raro, pero cuando se trata de olfatear villanos, su sentido del olfato es tan agudo como el de un perro".

Allen fulminó a Eluca con la mirada. "Si vas a elogiarme, hazlo directamente". Hacía un año que no la veía, pero como siempre, se mostraba tan agresiva con él como caritativa. En cierto modo, se sintió aliviado al ver que no había cambiado mucho. "¿Y? ¿Qué haces aquí?"

"Para ser sincera, he venido a traerte de vuelta, pero...". Eluca hizo una pausa y estrechó a Charlotte en un fuerte abrazo. "¡Eso no importa! ¡Yo también quiero mimar a Charlotte! Voy a enseñarle a divertirse traviesamente".

"Eh... ¿piensas quedarte aquí?". Allen frunció el ceño.

"¿Por qué no? De todas formas, también estoy aquí para investigar esta región".

"¿Para investigar?" preguntó Charlotte.

"Sí. Lo creas o no, soy aprendiz de ingeniero de objetos encantados", dijo Eluca, sonriendo. "Del tipo de materiales mágicos".

"¿M-Materiales mágicos?"

"Básicamente, trabajo con objetos encantados hechos con huesos o pieles de bestias mágicas. Así que vuelo por el mundo recogiendo materiales".

Había muchas clases de objetos encantados. Algunos eran objetos normales sobre los que se lanzaban hechizos, otros incorporaban materiales mágicos para reforzar su poder, otros eran generados por la naturaleza, etcétera. Eluca le hizo un resumen, pero Charlotte sólo parpadeó sorprendida. Al parecer, no tenía ni idea de nada relacionado con la magia.

"¿Nunca te enseñaron nada de magia?" se preguntó Allen.

"Sólo sabía que era algo útil... Siento mi ignorancia", dijo, abatida. Como todo su tiempo había estado ocupado por las tareas domésticas y en aprender a ser una buena esposa, probablemente no había tenido oportunidad de aprender sobre magia.

"¡Eso hace aún más divertido que te enseñemos!". Eluca sonrió para animarla. "Seguro que estás deseando darle lecciones de magia, ¿eh, hermano? Los viejos hábitos no mueren".

"¿Viejos hábitos?" preguntó Charlotte.

"Ya basta de hablar de mí". Allen desechó la pregunta con un suspiro y frunció el ceño hacia Eluca. "Bien, dejaré que te quedes. Pero tú, ¿le enseñas cosas malas a Charlotte? Hah. Dame un respiro".

"Mrrr, ¿a dónde quieres llegar?" Eluca hizo una mueca.

Allen hizo una mueca triunfal, puso la mano en el hombro de Charlotte y declaró: "¡Sólo yo puedo enseñarle cosas traviesas de la mejor manera posible! No hay espacio para que te metas, ¡acabas de conocerla!".

"¡¿Qué has dicho?!"

"Charlotte miró a uno y a otro con los ojos muy abiertos. Eluca echaba humo. Los hermanos se enfrentaron cara a cara.

"¡Hay ciertos placeres que sólo una mujer puede enseñar a otra mujer! ¡Lo juro, voy a hacer que Charlotte se derrita con mi técnica traviesa!"

"¡No me hagas reír! ¡He estado pensando en cosas traviesas para enseñarle a Charlotte las veinticuatro horas del día! Tú, ¿me superas? Ni hablar".

"¿Qué clase de conversación es ésta?" Charlotte sólo podía mirar alterada, pero los hermanos no habían terminado.

Ambos sabían que discutir así no llevaría a ninguna parte, así que Eluka lanzó el guante. "¿Por qué no peleamos entonces?"

"Hmph, me lleva de vuelta a los viejos tiempos. Estoy abajo". Cada uno sacó su puño y golpeó el del otro. "Veremos quién es mejor enseñando a Charlotte cosas traviesas... ¡Que empiece el duelo!"

"¡Adelante!"

"Ummm..." murmuró Charlotte con impotencia.



Y así, los tres salieron a la ciudad, no muy lejos de la mansión de Allen. Como había varias mazmorras convenientes cerca, tenía bastante tráfico. La empresa de reparto de Miach también se encontraba en esta ciudad. Ahora, justo después de la hora del almuerzo, las calles estaban llenas de gente.

Charlotte estaba agazapada a la sombra de un edificio, con un trozo de tela sobre la cabeza. Parecía bastante desconfiada. "¿Qué hacemos aquí?", chilló.

"¿Qué, hay algún problema?" Allen preguntó.

Eluka se encogió de hombros con indiferencia. "Bueno, tenemos que luchar y ver quién de nosotros puede hacerte más feliz. No hay mucho que podamos hacer si nos quedamos en esa lúgubre mansión".

"Y es una buena oportunidad para mí para abastecerme de comestibles y cosas. El aire fresco te hará bien de vez en cuando, Charlotte".

"Pero... ¡soy una persona buscada!". Charlotte miró furtivamente a su alrededor. Por desgracia, los tabloneros de anuncios de la ciudad estaban plagados de carteles de se busca, y el más reciente en sumarse a ellos no era otro que el de Charlotte. "Si ando por ahí a la intemperie, seguro que me pillan... No me gustaría... Les traería problemas a ti y a Eluka...", se quejó.

"¿Sigues preocupándote por los demás? Típico". Allen sonrió con tristeza. Le ofreció un pañuelo y le dijo, con la voz más suave que pudo reunir: "No pasa nada. No hay por qué preocuparse. Confía en mí". Le puso

suavemente la mano en el pelo y, con la otra, chasqueó los dedos. "Cambia de Forma".

"¡Oh!" Una pálida luz envolvió su cabello y desapareció en un instante. Cuando él le entregó un pequeño espejo, ella miró sorprendida su reflejo. "Mi pelo... Es negro". Los hermosos mechones dorados de Charlotte se habían vuelto tan negros como la noche más oscura. Se miró la cara con curiosidad.

"En efecto. Es un simple hechizo de disfraz", dijo Allen. "Y con un peinado diferente, no te reconocerían tan fácilmente. Te cuidaremos, así que no te preocupes".

"Muchísimas gracias".

"Heh-heh, ¡déjame a mí el peinado!". Eluka se abalanzó sobre Charlotte y empezó a jugar con su pelo. "¡Qué bien te queda! Ahora haces juego con mi pelo negro".

"S-Sí. Y con la de Allen también... la mitad", Charlotte sonrió tímidamente.

"Claro", Allen se encogió de hombros. Inspeccionó su pelo negro, dándose una palmadita en la espalda por la hábil transformación: su pelo parecía brillante y sano, sin puntas abiertas. "Pero voy a deshacer el hechizo en cuanto lleguemos a casa".

"Oh... ya veo..."

"¡¿Qué?! ¿Por qué? ¡El pelo negro es igual de bonito!" abucheó Eluka. Charlotte también parecía un poco cabizbaja.

Allen, sin embargo, se mostró inflexible. "El negro no está tan mal, pero aun así, el rubio le sienta mejor a Charlotte. Me gusta más así".

Por alguna razón, Charlotte se quedó inmóvil, sin palabras. Eluka también se calló de asombro.

"¿Hm? ¿He dicho algo raro?" Allen ladeó la cabeza.

"N-No... No es nada..." Charlotte bajó la mirada, con un profundo rubor extendiéndose por su rostro.

"No es justo, hermano. ¿Ya estás acumulando puntos?" Eluka le lanzó una mirada de reproche y luego peinó a Charlotte con destreza. Cogió las manos de Charlotte y le dedicó una cálida sonrisa. "¡Ya está! No puedo

dejar que el hermano se lleve todos los puntos. Voy a ir a por todas y a enseñarte algo travieso que sólo una mujer puede enseñarte".

"¿Q-Qué es eso?"

"Heh-heh-heh, lo más obvio...". Eluca sonrió con satisfacción y señaló la calle principal que tenían delante, repleta de tiendas que parecían exactamente las que les gustarían a las mujeres jóvenes. "Moda, por supuesto. Te elegiré un montón de conjuntos y accesorios. Venga, vamos". Eluca salió corriendo, llevando a Charlotte de la mano.

"¡Oh! ¡Por favor, más despacio!"

"Hey, cuidado con tropezar", llamó Allen tras ellos y los siguió, ya agotado.



Allen visitaba esta ciudad aproximadamente una vez cada cinco días, sobre todo para comprar víveres y artículos de primera necesidad, echar un vistazo a las tiendas de objetos encantados, ojear librerías, etcétera. Por lo que a él respectaba, no había mucho más en la ciudad. Ni siquiera había soñado con pisar una tienda como en la que se encontraba ahora.

"¡Mira, mira, Charlotte! ¡Este también te quedará precioso!"

"Oh, um, uh..." Charlotte parecía desconcertada, pero Eluca le entregó un objeto tras otro.

Allen los observaba a varios metros de distancia, intentando hacerse invisible en la medida de lo posible. *Lo sabía antes de entrar, pero me siento tan fuera de lugar...*

Miró por toda la tienda, pero era el único cliente varón. El resto de la clientela eran alegres jovencitas que se chillaban unas a otras. El interior de la tienda era la encarnación de lo "elegante". La espaciosa sala estaba repleta de ropa de mujer, con zapatos y accesorios expuestos en las estanterías. Al parecer, era una de las boutiques más de moda de la ciudad, y el ambiente era especialmente alegre. Para Allen, que sin duda era un tipo sombrío—tanto a los ojos de los demás como a los suyos propios—era un mundo completamente ajeno.

Para su consternación, una joven dependienta se acerca a saludarle. "Hola. ¿Estás aquí con alguien?"

"No te preocupes por mí..." Deseó poder desaparecer, pero eso no era una opción. Tenía que batirse con Eluca para determinar quién podía hacer más feliz a Charlotte. Era un duelo que no tenía un criterio o método de evaluación claro, pero ambos hermanos iban a por la victoria a toda pastilla. *Ahora que lo pienso, no hemos cambiado mucho desde que éramos niños...*

Allen tenía nueve años cuando fue adoptado por la familia Crawford. Eluca tenía entonces cinco, pero la diferencia de edad no le impidió perseguir a su nuevo hermano y retarle a todo tipo de batallas: carreras, partidas de ajedrez, duelos mágicos, etc. Por supuesto, Allen le ganaba siempre. Por supuesto, Allen le ganaba siempre, pero Eluca nunca se rendía. Quizá aquellos duelos habían sido su forma de romper el hielo. Sintió un poco de pena por haber sido tan infantil y haberla derrotado completamente en cada partida.

"¡Hey, hermano!"

"¿Hm?" Cuando levantó la vista, vio que Eluca le devolvía la mirada.

"Despierta, ¿quieres? Vamos, mira la transformación de Charlotte. ¿Qué te parece?"

"¿Oh...?"

"Umm..." Charlotte se movió con recato.

Mientras él se sumía en sus pensamientos, Charlotte se había puesto un conjunto de la tienda. Llevaba una blusa blanca con volantes y una falda ligera y ondulada con motivos florales. Llevaba un pañuelo fino alrededor del cuello, que le daba un aire vaporoso. Esta ropa era mucho menos aristocrática que el vestido que llevaba cuando se conocieron, tanto en material como en diseño. Sin embargo, este atuendo, sencillo y fresco, le sentaba mucho mejor. Sin embargo, Allen notó un gran problema. "¿No es esa falda... demasiado corta?"

"¿Eh? Esto es normal. Además, es lindo", dijo Eluca con indiferencia, pero era una minifalda extremadamente corta.

La piel clara de los muslos de Charlotte quedó al descubierto y Allen no pudo evitar quedarse mirando. Desde que Allen le servía comidas equilibradas y dulces, sus muslos parecían sanos, regordetes y suaves como la seda. A Allen no se le ocurrió nada más que decir y se quedó

clavado en el sitio. Pero Eluka estaba encantada, saltaba sobre Charlotte y frotaba sus mejillas contra las de ella.

"¡Mírate, eres taaaan adorable! Además, tienes una figura estupenda. ¡Sabía que te quedaría genial este conjunto! ¡Estás súper guapa!"

"P-Pero... soy demasiado tímida para llevar esto...". Se retorció, tirando del dobladillo de la falda con mirada ansiosa. Estaba sonrojada hasta las orejas. Probablemente era la primera vez que llevaba una falda tan corta. Sus muslos, apretados, también tenían un ligero tinte rosado.

"¡Hrng!" Allen soltó un gemido ahogado y se desplomó.

"¿Oh?! ¡Allen!" Charlotte corrió hacia él. "¿Estás bien?! ¿Te encuentras mal?"

"Estoy bien. No es nada", Allen sonrió débilmente, girando su rostro pálido hacia ella. "Necesitaba calmarme, así que intenté detener mi corazón por un segundo".

"¡Eso no es 'nada'!" gritó Charlotte conmovida.

"Sigues siendo el mismo hermano. Haces cosas tan imprudentes como respirar", Eluka sacudió la cabeza con un suspiro. "Vamos, Charlotte, ignoremos a este idiota. ¿Quieres probar con éste después?"

"¡Pero su corazón se detuvo! ¡¿No deberíamos ir a ver a un médico?!"

"Fue sólo un segundo o dos, ¿verdad? No te preocupes. Toma, vamos". Eluka empujó un gran montón de ropa hacia los brazos de Charlotte y la empujó suavemente hacia el vestuario. Allen estaba asombrado por la eficacia imparable de Eluka.

Y así, los hermanos Crawford se quedaron solos fuera del vestuario.

"Así que..." Eluka lanzó una mirada de reojo a Allen. "¿Puedo hacer algo?"

Allen se puso lentamente en pie y se acarició la barbilla. "Quiero saber cuál es la situación actual en el Reino de Neils, para empezar". Sólo una fina cortina los separaba de Charlotte, así que mantuvo la voz baja para asegurarse de que ella no lo oyera. Continuó con calma: "Una vez conseguí ahuyentar a sus perseguidores. Sólo leyendo los periódicos, no puedo decir si desistieron de la persecución después de aquello, o si siguen en pie de guerra buscándola".

Las noticias del Reino de Neils habían aparecido en todos los periódicos durante un tiempo, pero estos días apenas había nada. Por muy sensacional que fuera el incidente, probablemente no había nada más que decir sin más informes sobre el fugitivo. Allen quería recabar más información sobre lo que ocurría al otro lado de la frontera, pero había evitado contratar a un informante para no levantar sospechas.

"¿Puedes investigar por mí?"

"Yo me encargaré. Seguro que en el Reino de Neils también hay algún conocido de papá. Intentaré preguntar casualmente por ahí", le guiñó un ojo Eluca. "¿Quieres que investigue a ese Príncipe y a su familia, mientras estoy en ello?"

"Bueno... probablemente no sea necesario en este momento".

"¿Por qué tanta permisividad? Es importante tener la información, de todos modos".

"Una vez que conozca los hechos... no podré desaprenderlos", murmuró Allen con un leve suspiro. Mentiría si dijera que no quería saberlo: ¿qué clase de persona la había traicionado y cómo la habían tratado durante toda su vida? Pero si se enteraba de todo eso, no habría vuelta atrás. "No podré ignorarlo. Estoy seguro de que iré allí y les atacaré, sin ni siquiera escuchar lo que Charlotte quiere. Así que no tienes que ocuparte de eso por el momento".

"Hunh". Eluca le sonrió con satisfacción.

"¿Qué se supone que significa esa cara?"

"Nada. Sólo pensaba en cómo cambia la gente", se rio, dándole un codazo en las costillas. "Nunca te había visto preocuparte por una sola persona. Es algo bueno".

"¿Tú crees?" Ladeó la cabeza. Era cierto, era casi la primera vez en su vida que se preocupaba tanto por alguien ajeno a su familia inmediata. Pero aun así, no entendía cómo eso era "algo bueno".

"Muy bien entonces, voy a profundizar en el estado del país. A cambio..."

"No voy a volver a casa, para que lo sepas."

"No esperaba que lo hicieras", se burló Eluca, y luego miró hacia el vestuario. "Bueno, seré paciente y dejaré que te quedes aquí un rato."

Después de todo, hay que ocuparse de Charlotte. En cambio, quiero que me ayudes a fabricar objetos encantados".

"Trato hecho. Si eso es todo lo que quieres, es un buen trato".

"¡Siiiiii! Con tu ayuda, será como tener cien ayudantes más". Eluca sonrió mientras le daba palmadas en la espalda. Era una hermana competente y perspicaz. Se alegraba de que no se hubiera convertido en un emo melancólico como él.

"Umm..." La voz de Charlotte llegó desde detrás de la cortina.

¡¿Nos ha oído?! Allen entró en pánico. No habían dicho nada que tuvieran que ocultarle, pero estaba seguro de que el tema la entristecería. No quería volver a verle la cara así. No sabía qué decir, pero Eluca le contestó como si nada. "¿Qué pasa, Charlotte?"

"Lo siento... Tengo problemas con el gancho de atrás..."

"¡Oh, por supuesto! Ayudaré". Eluca entró sin vacilar. Allen se dio la vuelta rápidamente. Vislumbró fugazmente su piel a través de un resquicio, pero lanzó un hechizo de lavado de cerebro sobre sí mismo para borrar el recuerdo. Se quedó un rato escuchando los crujidos y chillidos que se oían detrás de la cortina.

"¿Es el gancho en la nuca? ¿Podrías darte la vuelta y enseñármelo?" preguntó Eluca.

"¿Así?"

"Hmm... Sí, no es de extrañar que esto era difícil de poner por sí mismo".

No había nada inusual en su conversación, pero Allen frunció ligeramente el ceño. *¿Acaba de oscurecerse un poco la voz de Eluca?* Sonaba como si se hubiera dado cuenta de algo o hubiera recuperado el aliento. Pero había sido un cambio muy sutil en su tono. Había conseguido seguir hablando sin alarmar a Charlotte. Allen se preguntó qué podría haber sido.

En ese momento, se descorrió la cortina. Charlotte salió vestida con otro traje, y Eluca se puso a su lado radiante de orgullo. "Mira, hermano. ¿No te parece que también está lindísima con éste?"

"De nuevo, ¿no es bastante revelador?"

El primer conjunto era una minifalda, ahora eran unos pantalones calientes. Sintió que los mismos deseos pecaminosos amenazaban con aflorar de nuevo en él, así que desvió la mirada hacia arriba. Dejó escapar un suspiro de alivio al ver el top relativamente modesto.

"Eres demasiado tenso, hermano". Eluca puso los ojos en blanco con un gesto exagerado. "Las chicas tenemos que estar a la ofensiva, o no tendremos ninguna oportunidad".

"¿Pero por qué luchan?", murmuró. Si fuera por él, querría que Charlotte se cubriera más y construyera una fortaleza defensiva a su alrededor. "Por cierto, ¿pasó algo ahí dentro?"

"¿A qué te refieres?" Eluca fingió ignorancia. Allen podía ver a través de su acto, pero por alguna razón, dudó en presionarla más en el acto. Sentía un creciente malestar. "De todos modos, mira bien a Charlotte. Este traje tiene un diseño increíble en la espalda".

"¿Espalda?"

"¡Oh, sí! Es súper atrevido", guiñó Eluca con picardía. Puso la mano en el hombro de Charlotte como para guiarla. "Vamos, Charlotte. Gira por aquí y enséñaselo".

"Uhh... pero soy demasiado tímida..."

"¡No hay excusas! Rah!" Eluca la hizo girar y Charlotte chilló. Allen se quedó sin habla. "¿Qué te parece? Por delante parece normal, pero por detrás es muy abierto. ¡¿No es atrevido y tan acertado?!"

"Umm...necesito más tela..." Charlotte bajó la mirada avergonzada, pero notó algo en la cara de Allen. "Oh, A-Allen. ¿Pasa algo?"

"Ah, nada. No te preocupes", Allen se obligó a sonreír. Entró en el vestuario y se puso a su lado. La hizo girarse hacia el espejo. Ella parecía ansiosa, pero él le sonrió a través del espejo y le dijo: "Es un poco demasiado revelador... pero te queda bien".

"¿En serio?"

"Sí. Ten confianza". Allen le puso la mano en el hombro y sonrió. Luego bajó furtivamente los ojos para que ella no se diera cuenta. La mayor parte de su espalda estaba desnuda, expuesta al aire, y su piel se sonrojaba

débilmente ahora. Pero lo que más le llamó la atención fueron los innumerables moratones que tenía en la espalda.

A juzgar por la forma, podrían ser de latigazos. Probablemente era el tipo de látigo que podía utilizarse simplemente para causar dolor e infundir miedo, más que para infligir heridas graves como castigo. No era lo bastante fuerte como para romper la piel o los huesos, pero habría hecho mucho ruido y dejado un dolor persistente. Las marcas se las habían hecho sin descanso en numerosas ocasiones, lo suficientemente abajo en la espalda como para quedar cubiertas bajo un vestido. Las espirales rojas, moradas y negras eran como una serpiente venenosa que se enroscaba en su cuerpo y le roía el alma. Como estaban todas en su espalda, Charlotte probablemente no sospechaba que tenía tales marcas. Así que Allen reprimió el magma que le hervía en la boca del estómago y curvó los labios.

"Te queda bien, pero... Curación".

"¿Ohh?"

Una suave luz rodeó a Charlotte. Ese mismo día había transformado su cabello; ahora había llegado el momento de un tratamiento corporal completo. La luz se desvaneció en un momento, dejando a Charlotte con cara de susto a su paso. Allen acarició suavemente su espalda. Las horribles marcas habían desaparecido por completo. No quedaba ni rastro en su pálida piel. Por supuesto, era imposible que Allen dejara algo. Ella lo miró inquisitivamente y él le dedicó una sonrisa maliciosa. "Tenías algunos rastros de granos en la espalda. Los hice desaparecer".

"¡Eep! M-Me da vergüenza..."

"¿Porque? Es señal de que estás sana. Te di un tratamiento de cuerpo entero con el mismo hechizo. Incluso las cutículas que pudieras tener ya deberían estar curados".

"¡Así se hace, hermano! ¡Una esteticista personal!" Eluca le dio una palmada en la espalda. Con su actuación, consiguieron mantener su descubrimiento en secreto.

Ahora que lo pienso... dijo que siempre la regañaban por hacer las cosas mal. Al principio, Allen no había sido capaz de entender lo que eso significaba realmente. Tuvo que admitir que antes no se había dado cuenta de sus heridas. Cuando la había rescatado por primera vez, le había

preguntado si le dolía algo, le había revisado las extremidades en busca de rasguños, había observado su desnutrición y le había administrado el tratamiento adecuado. No había ninguna mentira en sus palabras de entonces, por supuesto, el dolor infligido por ese tipo de látigo habría desaparecido al día siguiente. Sólo habrían quedado los moratones, como una maldición.

Lamentó amargamente su propia desconsideración por no haber inspeccionado el resto de su piel por incomodidad. Pero, ¿cómo podía saberlo? Incluso para ser una hija bastarda, ¿no era una pieza vital en el juego de poder del Duque? *Incluso estaba comprometida con el Príncipe, después de todo. ¡¿Por qué saldrían de su camino para herirla?!*

Podía entender que la despreciaran y la trataran con frialdad debido a su nacimiento. Pero cuando vio aquellos moratones, no pudo evitar sentir una animadversión que superaba con creces ese desdén. No podía imaginar que alguien albergara tanto odio hacia Charlotte. Es más, esos moratones podrían haberse curado fácilmente con un simple hechizo mágico. En otras palabras, la familia de Charlotte no le había permitido recibir ni siquiera los tratamientos médicos más básicos. Pero aun así, esas marcas eran más que suficientes para conjeturar cómo había vivido en su casa.

Allen sintió un escalofrío. Sin embargo, no transmitió ninguno de esos sentimientos a Charlotte. La única persona que se dio cuenta fue Eluka, que sonreía junto a ellos.

"Ya veo cómo fue..." Allen murmuró para sí mismo. "Hey, Eluka."

"¿Qué pasa?" Eluka se volvió hacia él con una sonrisa inocente.

"Volviendo a nuestra conversación anterior", dijo con indiferencia, "después de todo, tengo la intención de exterminarlos a todos y cada uno de ellos. ¿Me ayudarías?"

"Por supuesto. Puedes contar conmigo". Eluka sonrió, dándole un pulgar hacia arriba.

Charlotte no tenía ni idea de lo que estaban hablando. "¿Exterminar? ¿Qué quieres decir?"

"Ah, al parecer los libros que me había dejado en casa se infestaron de bichos. Le pedía a Eluka que los dejara secar al sol", respondió Allen.

"Oh, b-bichos... Yo también me siento un poco incómoda con ellos", dijo, poniéndose ligeramente pálida.

"Qué casualidad, yo también. Los odio tanto que me dan asco", respondió, sonriendo. Tras el barniz de su sonrisa, fortaleció su determinación. Todo lo que Charlotte tenía que temer eran bichos, fantasmas y cosas de esa naturaleza. Estaba decidido a erradicar cualquier otra cosa que supusiera una amenaza para ella. Aunque por el momento se guardó para sí su resolución, Eluca podía sentirla. Acarició la espalda de Charlotte, ya curada, y sonrió.

"¡Vamos, vamos, basta de cháchara! ¡Nuestro desfile de moda no ha hecho más que empezar! A continuación, ¡pruébate este, y este, y este!"

"Espera... ¿No es sólo un montón de cuerdas?" Allen intervino.

"¡No estoy segura de que eso cuente como una prenda de vestir!" protestó Charlotte.

"No te preocupes. Cubrirá perfectamente las partes más importantes", dijo despreocupadamente, poniendo la ropa—o los hilos—en manos de Charlotte.

Evidentemente, había una amenaza para Charlotte más inminente de lo que había esperado. Allen apartó las cuerdas y declaró: "¡Como su tutor, me niego a permitir que se siga exponiendo! A partir de ahora, revisaré toda la ropa que traigas para ella".

"¡Booo! ¡Mucho ladrar y nada morder! Si tanto te molesta, ¡te reto a que vayas tú mismo a buscar ropa que le quede bien!"

"¡Bien! ¡¡¡Haré que te inclines ante mi impecable sentido del estilo!!!"

"Uh, um, oh cielos..."

A pesar del enfado de Charlotte, la despiadada batalla de los hermanos Crawford siguió con una intensidad cada vez más feroz.

Capítulo 5: Caos Travieso En La Ciudad

Dos horas más tarde, el trío disfrutaba de una agradable merienda en un elegante café. La terraza que daba a la calle principal era luminosa y soleada, y resultaba un lugar agradable para observar el bullicio de la calle.

"¡Uf, hemos comprado mucho!"

"En efecto. Fue un tiempo bien empleado".

Los hermanos Crawford parecían satisfechos. En cambio, Charlotte parecía pálida y ansiosa. Apenas había tocado su juego de tartas.

"¿Hm? ¿Qué pasa, Charlotte? ¿Querías comprar más?"

"¡Es todo lo contrario!" gritó Charlotte. Con un dedo tembloroso, señaló la montaña de bolsas de la compra apiladas detrás de ellas. Todas estaban llenas de ropa, accesorios y zapatos para Charlotte. Después de la primera boutique, habían recorrido muchas más tiendas, divirtiéndose mirando escaparates y cogiendo lo que les llamaba la atención. Los hermanos le hicieron probarse una prenda tras otra y compraron la mayoría. Allen rechazó los que eran demasiado reveladores, así que el contenido de las bolsas no era más que sano.

Esto, sin embargo, aún parecía preocupar a Charlotte. "¡No puedo creer que hayas comprado tantas cosas sólo para mí! Por favor, no tires tu dinero así".

"Pero todos te quedaban muy bien", replicó Allen con indiferencia. A Charlotte le quedaba bien cualquier cosa: ropa femenina, sencilla, deportiva, elegante, lo que se te ocurra. "A mí también me gustaría verte con todo tipo de ropa en casa. Incluso podría decirse que los he comprado por mi propio bien. Así que no te preocupes".

"Uh, ummm..." Charlotte bajó la mirada, poniéndose roja.

"¿Qué clase de reacción es esa?" se preguntó Allen.

"Tienes un talento innato, hermano", rio Eluka mientras le daba un bocado a su crepe. Estaba rellena de fruta y nata montada, pero se la comió con pericia sin llevarse nada a la boca. Entrecerró los ojos y añadió: "Pero, en serio, tu gusto para la ropa es horrible. Esa falda. Era demasiado larga".

"¿Eh? Fue justo debajo de las rodillas. Eso está en el lado corto".

"¿Eres un abuelo? Ugh, me vuelves loca. Hay gente que no entiende la moda joven".

Los hermanos se miraron con odio. "Comparado con tu gusto indecente, Eluka, creo que el mío es mucho más correcto".

"Por favor, no se peleen", interrumpió Charlotte con angustia. "Seamos buenos el uno con el otro. Al fin y al cabo, son hermanos".

"Oh, lo siento. Pero esto ni siquiera cuenta como pelea", le dijo Allen con una sonrisa tranquilizadora. Esas rencillas eran habituales cuando vivían en casa.

Eluka también esbozó una sonrisa. "Así es. Si nos peleáramos de verdad, habría sangre en la escena".

"No quiero ni imaginarlo..." murmuró Charlotte.

"Hablando de peleas, sin embargo... no es mala idea", reflexionó Allen.

"¿Quieres decir, como un 'travieso placer'?" preguntó Eluka.

"En efecto." Hacerse valer no era el punto fuerte de Charlotte. Si hacían un simulacro de pelea, tal vez mejoraría su manera de expresar sus opiniones. Contempló la posibilidad de obligarla a insultarle como práctica, como había hecho con el saco de boxeo el otro día. "Bueno... tal vez no".

"Oh, ¿cómo es eso?" Eluka ladeó la cabeza con curiosidad.

"Probablemente me deprimiré seriamente", dijo Allen solemnemente. No le importaba recibir puñetazos, pero era mucho más susceptible a los ataques mentales o emocionales.

"Sabes, pareces del tipo insolente, pero en realidad tienes un corazón de cristal en las situaciones más inesperadas".

"¡Yo no voy a hacer nada de eso!" exclamó Charlotte y le dirigió una mirada seria. "Las peleas son algo malo, no un 'travieso placer', ¿entendido?".

"De acuerdo, de acuerdo". Allen asintió con una sonrisa tímida.

Charlando de esto y aquello, pasaron una tarde tranquila en el café. Antes de que se dieran cuenta, el sol empezaba a ponerse y empezaron a notar diferentes tipos de gente en la calle. Durante el día, la mayoría de los transeúntes eran ciudadanos corrientes, pero ahora veían más grupos que parecían volver de una aventura en las mazmorras. Al anochecer,

probablemente abarrotarían los bares y empezarían a beber al son de las historias de sus escapadas del día.

Charlotte podría asustarse. pensó Allen, recordando a los soldados que la habían estado persiguiendo. Algunos de los viajeros llevaban armaduras con pesadas cotas de malla. Charlotte no parecía afectada hasta el momento, pero de todos modos ya era hora de que se pusieran en marcha. Vacío su taza de té y anunció: "Entonces, ¿volvemos?".

"S-Sí. Es casi la hora de cenar". Charlotte asintió.

"¡Aww! ¡La noche aún es joven!" Eluca se quejó. "¡Mira, marqué algunos restaurantes deliciosos en la guía!"

"¿Todavía tienes hambre?" Allen preguntó con incredulidad. Eluca se había comido su crepe gigante. Sólo con mirarla le había dado ardor de estómago, pero estaba claro que ella tenía un espacio especial para los dulces en su estómago.

"¿Qué te parece este lugar?" Eluca extendió la guía, con notas adhesivas sobresaliendo de los bordes, para que Charlotte pudiera verlas. "Su especialidad es el queso. Tienen pizza de queso en trozos, fondue de queso, filete de hamburguesa relleno de queso; ¡es el paraíso del queso!".

"Suena delicioso..." Charlotte tragó saliva, con los ojos pegados a las fotos. Ella también se había comido el juego de tartas, pero al parecer, los dulces también le bajaban a otro estómago.

Ahora eran dos contra uno. Dio un paso atrás para ver cómo se desarrollaba. Si Charlotte estaba de humor, no le importaría seguirle la corriente. Sin embargo, había un problema: por el momento, Eluca estaba definitivamente a la cabeza en su batalla sin cuartel para decidir quién podía hacer más feliz a Charlotte. No habría consecuencias si perdía, pero como guardián de Charlotte, no podía admitir la derrota.

Por supuesto, no se detendría ante nada para ahuyentar a sus enemigos y dejarla pasar sus días alegre y despreocupadamente. Eso no era más que una obligación. Tenía que hacer más que eso. No podía descansar hasta darle más y más felicidad.

Estaba devanándose los sesos en busca de una buena estrategia cuando divisó algo. Al mismo tiempo, las chicas se decidieron por el restaurante,

así que él anunció: "Vamos entonces, ¿no hay mejor momento que éste! Yo invito, claro—¿hm?".

Eluka se había quedado helado.

"¿Qué pasa, Eluka?", preguntó Charlotte.

Sin siquiera darse cuenta de la pregunta de Charlotte, saltó de la silla y cruzó la calle disparada hacia un joven delgado, al que agarró de las manos. El hombre utilizaba una silla de ruedas cuyas ruedas levitaban ligeramente.

"Perdone, ¿puedo preguntarle algo?", soltó.

"¿Eh?! ¿Q-Qué pasa?"

"¿Dónde conseguiste esa silla de ruedas encantada?! ¿En qué taller?! ¡Nunca había visto una tan elegante!"

"Oh, ¿esto? No es de un taller, en realidad... Lo hice yo mismo".

"¿En serio?! ¡Vaya! Por lo que parece, sólo funciona con la magia del viento, ¿no? También es increíble lo estable que es con esta combinación de materiales".

"Eh, bueno..." Aunque se sobresaltó un poco, Eluka entabló con él una animada conversación sobre magia. Sus ojos brillaban de emoción, y parecía haberse olvidado por completo de Allen y Charlotte.

Charlotte la había observado con asombro, pero al final su rostro esbozó una cálida sonrisa. "A Eluka le encanta la magia, ¿verdad? Qué bonito. Espero encontrar algo que me entusiasme tanto...". Hizo una pausa y miró a su alrededor, dándose cuenta de que estaba sola en la mesa.

"Heyyy, por aquí", la llamó Allen desde un poco lejos.

"¡Oh, Allen!" Charlotte fue a reunirse con él en el puesto callejero junto al café.

"Hola, bienvenidos". Una mujer joven, la dueña de la tienda, levantó la vista de su libro para saludarles, e inmediatamente volvió a su lectura.

El puesto era sencillo, construido con retazos de tela y madera, con el techo lleno de agujeros. Era la típica tienda de accesorios baratos. Se ofrecían collares y otras joyas, cada uno al precio de una moneda de plata.

Charlotte miró de la tienda a Allen e inclinó la cabeza. "¿Estás buscando comprar alguna joya, Allen?"

"No, algo me llamó la atención". Allen cogió con cuidado un adorno para el pelo en forma de flor, con incrustaciones de piedras preciosas azules. No tenía nada de extraordinario, pero cada pétalo estaba rematado con una elegante floritura, que transmitía el cuidado que se había puesto en la elaboración de la pieza. Le había llamado la atención cuando se fijó en el puesto desde la mesa del café.

La colocó en el pelo de Charlotte y la contempló unos instantes. Luego asintió satisfecho. "Lo sabía. Es del mismo color que tus ojos".

"¡Oh!" Tocó suavemente el adorno aturdida. Sus ojos redondos y la pequeña flor que florecía en su pelo eran casi exactamente del mismo color. El adorno resaltaba muy bien sus ojos. Aunque su pelo era negro ahora, brillaría aún más cuando él le devolviera su color dorado natural.

Allen volvió a asentir y le dijo al dueño de la tienda: "¿Puedo llevarme éste?".

"Por supuesto. Será una moneda de plata".

"Toma. Quédate con el cambio".

"Gracias... ¡Un momento! Me has dado una moneda de oro. Eso es demasiado", balbuceó.

"Quédatelo. Tengo por norma pagar unos honorarios adecuados por un trabajo que lo merezca", contestó, guiñándole un ojo, y luego se volvió hacia Charlotte, que seguía atónita. "Bueno, no es mucho comparado con una montaña de ropa, pero aun así... Deja que te dé esto".

"Oh, no..." murmuró Charlotte, como en un sueño. Se sonrojó y acarició el adorno. "Esto... me hace la más feliz".



"¿En serio?" Allen se sintió un poco desconcertado por su inesperada respuesta. Aunque estaba encantado de que su regalo la complaciera, se sintió abrumado por una oleada de vergüenza. Su corazón comenzó a latir a un ritmo caótico y ni siquiera se había lanzado una de sus maldiciones de muerte.

Los dos se quedaron sin palabras y no se movieron del sitio. La dueña de la tienda les sonrió y silbó.

Justo entonces, un hombre que reía con su amigo chocó contra Charlotte al pasar. Allen consiguió detener su caída. Notó que pesaba un poco más que cuando la llevó a su mansión el otro día, pero aún necesitaba comer más. Pero dejó a un lado sus pensamientos sobre su peso, ya que había una cuestión mucho más problemática.

Dos jóvenes se detuvieron justo delante de Allen y Charlotte. Parecían aventureros que volvían de una mazmorra, ya que iban equipados con una sencilla armadura de placas sobre el pecho y las extremidades, y una gran espada colgaba de cada una de sus cinturas. Eran bastante guapos, pero debido a sus ojos entrecerrados y su porte rudo, daban una impresión tosca. En pocas palabras, eran los típicos matones.

"¿Qué demonios?"

"¿Qué?"

Ambos hombres miraron a Charlotte.

"Eek...", soltó un pequeño grito ahogado y se le fue el color de la cara.

Allen se puso delante de ella y les dirigió una sonrisa amistosa. "Ah, perdón por el descuido de mi amiga. Permítanme disculparme en su lugar".

Teniendo en cuenta todo lo que le habían hecho a Charlotte—la habían atropellado por no mirar por dónde iban, la habían mirado mal y la habían asustado—Allen consideró que habían cometido delitos que justificaban que les dieran tres y más palizas de muerte.

Sin embargo... ella dijo que pelear es algo malo, así que... Allen sabía que si los golpeaba y la asustaba, tal vez nunca se recuperaría del shock. Así que intentaba resolver el asunto lo más pacíficamente posible, sin recurrir a la violencia, aunque eso significara actuar completamente fuera de su carácter.

"¡Oye! Ten cuidado ahí..." gritó el dueño de la tienda.

"¿Hm?"

Salió de su puesto para susurrarle al oído. "No deberías meterte con estos tipos: son miembros del grupo de aventureros que ha estado causando problemas por aquí. Mejor huye antes de que explote. Yo me encargaré".

"Pero entonces, tú también tendrás problemas."

"No te preocupes por mí. Cuida de tu chica".

Allen se mantuvo firme. "Lo siento, pero debo protegeros a los dos. No te meteré en esto, así que por favor, apártate".

"Oh... no digas que no te lo advertí". Parecía preocupada, pero se echó hacia atrás.

Si lo que ella decía era cierto, tenía que vérselas con gente complicada. Miró al matón A, que había chocado con Charlotte, y al matón B. El matón A estaba observando a Allen con el ceño fruncido. "¿Eres nuevo por aquí?"

"Probablemente ni siquiera sabes que estamos en la Gruta", se burló matón B, lleno de fanfarronería.

"Tienes razón, no me suena de nada", respondió Allen.

Era habitual que varios aventureros se unieran para formar una partida. Algunos grupos llegaban a ser tan grandes como un pelotón, y era común que grupos de ese tamaño se convirtieran en un nombre familiar, pero, por supuesto, no había forma de que un ermitaño misántropo como Allen conociera a ninguno de esos grupos.

"Si nos dejas ir pacíficamente, te perdonaré la vida", dijo Allen.

"¿Eh? Tienes agallas". Al matón A se le erizó una vena en la sien, pero se le calmó en un instante. Entonces su boca se torció en una sonrisa burlona. "En realidad, claro, te dejaré libre. Pero con una condición".

"Me alegro de que tengas algo de sentido común. ¿Cuánto quieres?" respondió Allen, sacando su cartera.

"No, algo más simple que eso". El matón A se burló. Miraba fijamente a Charlotte. "Tomaremos prestada a esa chica por una noche."

Allen se quedó helado. "¿Qué?" Podía comprender las palabras del matón, su significado era claro. Pero hubo un grave error en su sistema neural antes de que pudiera procesarlo. La sangre se drenó de sus dedos, y dejó de respirar por completo.

¿Y cómo reaccionaron los pícaros? Ignoraron a Allen y miraron lascivamente a Charlotte. "En realidad es una mujer buena. Me he estado aburriendo de las prostitutas estos días, así que es un buen momento".

"Hey. ¿Ya te has acostado con tu novio?"

"¿Acostado? ¿Qué significa eso?"

"¡Estás de broma! Las chicas ya no vienen así". Sus carcajadas lascivas resonaron en la calle. Los transeúntes empezaron a pararse en seco y a mirarlas. Todos parecían intuir que algo iba mal, pero se resistían a dar un paso al frente y ofrecer ayuda. A los matones les daba igual cuánta gente los estuviera mirando. Extendieron la mano para agarrar a Charlotte. "Hey, ven con nosotros. Te conseguiremos algo bonito, algo mejor que esa baratija barata que te regaló".

"¡Eek! ¡P-Por favor, no!"

"Sabemos que quieres conseguir algo. Te haremos sentir mejor que nunca con nuestros movimientos—"

¡THWACK!

El resto de la repugnante frase se cortó. Antes de que Allen pudiera contenerse, había asestado un golpe en la cara del matón A. Como a cámara lenta, la cara del hombre se deformó hacia un lado y todos los espectadores contenían la respiración. Como a cámara lenta, la cara del hombre se deformó hacia un lado, y todos los espectadores respiraron con dificultad.

Oops, ahora sí lo he conseguido, pensó Allen durante una fracción de segundo, pero echó el brazo hacia delante con todas sus fuerzas. "¡¡¡Váyanse al infierno, alimañas despreciables!!!"

El matón chocó contra una pared con una fuerza tremenda, dejando un cráter gigante. No se movió, pero probablemente seguía vivo. Allen había bajado el golpe a regañadientes para asegurarse de ello.

"¡Pequeña...! ¡Me las pagarás!" El matón B escupió y desenvainó su espada. Llamas carmesí brotaron de la hoja. Probablemente era una espada encantada, potenciada con magia de fuego. Con la espada desenvainada públicamente, un tenso murmullo recorrió la multitud.

"Cómo te atreves..." Allen ni siquiera se inmutó ante las chispas que saltaban de la espada mientras se abalanzaba sobre el matón. "Si le pones un sucio dedo encima a mi Charlotte..." Lanzó un hechizo mágico de hielo a la espada para desarmarla. "¡Rasparé tu asquerosa cara hasta que te quede el último trozo de carne, escoria!".

Golpeó con el puño en el estómago del matón, haciéndole escupir sangre y partiéndole la espada en dos. El matón cayó al suelo y quedó inmóvil.

"Uf... Qué bien me he sentido". Allen se enderezó y se secó el sudor de la frente, tan fresco como todo.

El público, que había estado observando con la respiración contenida, estalló en gritos y silbidos. "¡Wow!" "¡Les has dado bien, hombre!" "¡Increíble trabajo! Se lo merecen". La dueña de la tienda se unió también, aplaudiendo tan fuerte como pudo. Al parecer, estos matones habían sido notorios en esta ciudad. Nadie se preocupaba de comprobar si seguían vivos.

"Vaya, gracias por los ánimos—¡oh!" Allen estaba agradeciendo su apoyo cuando se acordó. Se giró para mirar a Charlotte y se disculpó con pánico. "Lo siento. Sé que dijiste que las peleas son malas, pero no pude contenerme... ¿Te he asustado?"

"N-No..." Charlotte negó lentamente con la cabeza y le dedicó una suave sonrisa. "La violencia es mala, pero sé que me estabas protegiendo. Además..." Le cogió la mano con suavidad. Sus delicados dedos no temblaban en absoluto, y él pudo sentir su calidez extendiéndose hasta su corazón. "Nunca podrías asustarme, Allen".

Se quedó callado unos instantes y luego contestó: "Bien". Por fin pudo respirar aliviado. Parecía que había conseguido evitar la irreparable situación de hacer que Charlotte le tuviera antipatía o miedo.

Hm... ¿No esperaba que se hartara de mí enseguida y se marchara? Allen había aceptado ese resultado final, o eso creía. Pero de alguna manera, sin que él lo supiera, sus sentimientos al respecto habían cambiado. ¿Era éste el "cambio" que Eluka había notado en él? "Hmph... Así que es eso".

"¿Sí?"

"Oh, nada. Parece que he perdido mi ventaja". Le puso una mano en el hombro y le dijo con una sonrisa: "Parece que... me he vuelto bastante adicto a enseñarte placeres traviesos".

"¿En serio?" Charlotte ladeó la cabeza.

Por desgracia, palabras como "romance" y "amor" no existían en el diccionario de Allen. A lo largo de su vida, había estado muy alejado de ese tipo de experiencias dulces y agridulces.

Charlotte estaba desconcertada por la manera inusualmente brillante y abierta de Allen, pero pronto frunció el ceño con ansiedad. "Pero... espero que no te hayas hecho daño".

"Por supuesto que no. No dejaría que esos pesos ligeros sacaran lo mejor de mí".

"Wow. Eres tan fuerte, Allen. Me has dejado boquiabierta". Charlotte le elogió con una gran sonrisa.

"Ah, ¿sí?" Se permitió sentirse engreído por un momento.

Charlotte desvió la mirada hacia los trozos de porquería que yacían arrugados en el suelo, y su rostro se desencajó un poco. "Pero... ¿qué hacemos con ellos? Si los dejamos ahí, seguro que se resfrían".

"Podemos entregarlos al grupo de vigilancia o algo así". Si le era sincero, quería atarlos con cuerdas como si fueran bloques de jamón y arrojarlos al mar, donde los tiburones podrían alcanzarlos, pero desistió de esa idea por el bien de Charlotte.

De repente, la dueña de la tienda gritó: "¡Hey, vosotros dos! ¡Miren allí!"

"¿Hm?"

Al girarse para mirar hacia donde señalaba, Allen y Charlotte vieron una figura colosal que se acercaba pisando fuerte. El silencio volvió a apoderarse de la multitud mientras el suelo retumbaba a cada paso que daba el gigante. Se detuvo junto a los matones, que seguían desmayados, y bramó: "Vaya, vaya... Parece que alguien se ha ocupado bien de nuestros chicos". Miró amenazadoramente a Allen.

El gigante pertenecía a la Gente de las Rocas. Como su nombre indicaba, la Gente de las Rocas era una especie cuyo cuerpo estaba hecho de minerales. Eran enormes y su altura media era aproximadamente el doble de la de un ser humano. Sus ataques físicos eran sencillos, pero extremadamente poderosos. El que estaba frente a Allen parecía capaz de lanzar por los aires a un ser humano con un simple gesto de la mano.

El gigante bajó un barril de alcohol y lo aplastó como si fuera un trozo de papel.

Ah, él debe ser el líder del grupo que esas alimañas mencionaron. La Gruta, ¿no? Allen se fijó en una veintena de hombres apostados detrás del gigante. Todos se parecían a los matones que Allen había abatido y lo miraban con odio. No cabía duda: era una situación explosiva, y las cosas estaban a punto de complicarse.

"A-Allen..." Charlotte estaba temblando.

"No te preocupes, Charlotte", le aseguró con una sonrisa. "Sólo déjame a mí... ¿Hm?" Enarcó una ceja y guardó silencio. Durante unos instantes, se quedó mirando al gigante, y luego lo señaló reconociéndolo. "Oye, tú no eres Magus, ¿verdad?".

"Lo soy... ¿Y qué?" El gigante frunció el ceño dubitativo.

"¡Ohh! ¡Eres tú!" exclamó Allen alegremente. Desconcertados, los secuaces de Magus se miraron entre sí. "¡Cuánto tiempo ha pasado! ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Siete años? ¿Cómo has estado?"

"Cuidado con quién hablas. No conozco a ningún humano como tú".

"Bueno, supongo que es difícil distinguir las caras cuando son de especies diferentes", se rio Allen. Le divertía ver cómo se habían encontrado en las circunstancias más extrañas. "Soy yo. Allen Crawford, de la Escuela de Magia Atenea".

"¡¿Qué?!" Un escalofrío recorrió la descomunal figura de Magus. Todos los demás miraron confundidos.

¡CRASH!

Magus cayó de rodillas y golpeó el suelo con la cabeza. Clavó la frente en la tierra mientras suplicaba tembloroso: "¡No tenía ni idea de que eras el

Señor Oscuro, Alteza! Perdonad mi impertinencia. Por favor... ¡Se lo suplico!".

"Oh, no lo sé", se burló Allen triunfalmente e hizo ademán de acariciarse la barbilla.

La conmoción estalló a su alrededor. Los esbirros entraron en pánico y gritaron frenéticamente a Magus, que ahora estaba encorvado como un montoncito.

"¿Qué...?! ¿Qué está pasando, jefe?"

"¡Sí! No es más que un enclenque flacucho, ¡puedes tumbarlo de un puñetazo!".

Magus agarró a los hombres y los obligó a tirarse al suelo, uno tras otro. "¡Cállense todos! ¡No hagan nada más para provocarle!!!" Todo el grupo estaba de rodillas con la boca cerrada en cuestión de segundos.

Charlotte se quedó helada de confusión. "¿Eh? Um... ¿Cómo está pasando esto?"

"Oh espera, ¿Allen no te lo ha dicho?"

"¡Eluka!"

Eluka había vuelto para reunirse con ellos en algún momento. El chico de la silla de ruedas no estaba con ella, pero en su lugar sostenía un grueso fajo de notas, probablemente lleno de detalles sobre los materiales y hechizos utilizados para su silla de ruedas. Continuó en tono despreocupado: "Verás, papá es el director jefe de la Escuela de Magia Atenea, la mayor escuela de brujería y hechicería de este país".

La Escuela de Magia Atenea era una prestigiosa institución con una larga e ilustre historia que abarcaba siglos. Se decía que el mero hecho de graduarse en esta escuela garantizaba el éxito en el futuro. Estudiantes de todo el mundo acudían a ella para perfeccionar sus habilidades en magia y lucha con espada en una comunidad diversa.

"Ya veo. Por eso los dos son tan buenos con la magia".

"Sí. Y en cuanto a él..." Eluka hizo una pausa y sonrió significativamente a Allen. "Se graduó a la tierna edad de doce años, el graduado más joven en la historia de la escuela, y fue directamente a enseñar allí: un niño prodigio".

"¿Qué?!" Charlotte soltó un grito estridente.

"¿Oh? ¿No lo mencioné?" Allen ladeó la cabeza. No había querido mantenerlo en secreto.

"P-Pero dijiste que cuando tenías más o menos mi edad, todavía estabas en la escuela..."

"Sí, como profesor de formación práctica en magia".

"¿Nunca me dijiste eso!"

Ahora que lo pienso, dijo que estaba "en la escuela", pero probablemente se olvidó de mencionar que estaba en la parte docente. Pero en cualquier caso, eran cosas del pasado. "Dejé la enseñanza hace tres años, cuando tenía dieciocho", explicó con una sonrisa irónica. "Me gustaba bastante el trabajo, pero ya no podía más".

"Debes haber pasado por muchas dificultades..."

"Sí. Golpeaba a todos los mocosos insolentes para enderezarlos, y luego me interrogaba el profesorado, al que no le caía bien para empezar".

"Y también les diste una paliza a los profesores. Ni siquiera papá pudo cubrirte".

"Ya veo... Has pasado por muchas cosas..." murmuró Charlotte, desviando un poco la mirada.

"¿Por qué omitiste la parte de 'dificultades' esa vez?" preguntó Allen. Luego se volvió hacia el gigante. "En cualquier caso, no has cambiado nada, Magus". Con una sonrisa alegre, se agachó y acarició la cabeza de Magus.

"Sí, señor..." Como las caras de la Gente de las Rocas estaban hechas de rocas, igual que el resto de su cuerpo, era difícil distinguir sus expresiones. Pero Magus estaba obviamente tenso por el miedo. Temblaba tanto que las rocas de su cuerpo rozaban entre sí, haciendo llover pequeñas motas de arena.

Allen fingió no darse cuenta y continuó alegremente: "Recuerdo la primera vez que te enseñé. Estabas soltando tonterías como 'puedo acabar con este bribón de un solo golpe', ¿te acuerdas?".

Por aquel entonces, Allen sólo tenía catorce años, y era comprensible que Magus lo subestimara. Aunque después de una sesión de su "instrucción

educativa"—que impartía a todos los alumnos rebeldes de una sola vez—
Magus se había vuelto mucho más dócil.

Atormentado por este recuerdo, Magus empezó a temblar aún más
violentamente. Se arrastró aún más desesperado, golpeando el suelo con
la frente y berreando: "¡P-Por favor, perdóname, Señor Oscuro! No
pretendía molestarte en absoluto. Ni siquiera sabía que estabas en esta
ciudad".

"Um... ¿Qué es 'Señor Oscuro'?" Charlotte susurró a Eluka.

"Oh, el apodo de mi hermano cuando era profesor", dijo Eluka
simplemente.

Por eso a Allen no le gustaba que Miach le llamara "Señor Oscuro". Era un
apodo absurdo para él, porque estaba un rango por debajo de "Señor
Supremo". Hacía tiempo que nadie lo llamaba "Señor Oscuro", y se rio
entre dientes, disfrutando del eufórico sonido del título en sus oídos.

"Levanta la cabeza, Magus. No me has molestado especialmente".

"Magus levantó la vista con la esperanza brillando en sus ojos.

"No, no me has molestado", continuó Allen.

Una profunda hendidura de preocupación recorrió la frente de Magus. El
aire se congeló. Todos miraron en un tenso silencio.

Allen torció lentamente los labios. "Tus matones intentaron dañar mi..."
Hizo una pausa. *¿Mi... qué?* Se dio cuenta de que en realidad no lo sabía.
¿Una invitada en mi casa? ¿Una segunda hermana? O... Alejó la palabra
que casi le vino a la mente y, en su lugar, afirmó: "Mi chica especial". Fue
lo máximo que se atrevió a decir en ese momento.

En ese momento, el rostro de Allen captó la luz del sol poniente, y el
deslumbrante resplandor carmesí doró su sonrisa. La ardiente escena era
sumamente apropiada para el Señor Oscuro.



Dos horas más tarde, el cielo estaba completamente oscuro y las farolas
que bordeaban la calle principal estaban iluminadas con magia. Incluso
entonces, había un auténtico bullicio en las tiendas de la calle.

"¡Hola, hermano!"

"Ah, has vuelto". Allen había estado tomando té solo en la terraza del café cuando Eluca y Charlotte regresaron. Las dos estaban radiantes, con la piel tersa y brillante.

"¡Estaba tan bueno! Nos comimos nuestro propio peso en queso".

"Oh, sí. Estoy tan llena".

"Bien, me alegro de oírlo", Allen sonrió a Charlotte. "Muy bien entonces, vamos a ponernos en marcha—¿hm?" Algo en la calle le llamó la atención. Se levantó de la silla, respiró hondo y gritó: "¡Tú, el de ahí! ¡Qué cara tienes para holgazanear! Apresúrate y recoge más basura".

"¡Sí, señor! Lo siento". Uno de los matones, que estaba dando un estirón, hizo una profunda reverencia a Allen.

Magus y sus secuaces, que estaban dispersos por la calle principal, palidecieron y temblaron de miedo. Todos y cada uno de ellos estaban hechos jirones de heridas, pero se afanaban en recoger la basura, llevar el equipaje de los ancianos, limpiar las pintadas de las paredes y prestar otro tipo de servicios. No había rastro del tiránico grupo de aventureros que había estado acosando a la gente de la ciudad. Se habían transformado en un grupo de voluntarios. Era el resultado del minucioso entrenamiento y educación de Allen, que había emprendido mientras Charlotte y Eluca estaban fuera cenando.

"Es increíble lo eficaz que has sido", se acercó la dueña de la tienda de accesorios y le dijo a Allen con una media sonrisa. Estaba a punto de irse a casa después de cerrar la tienda. Observó al grupo de la Gruta y pareció profundamente impresionada. "Esos tipos se metían en peleas por todas partes, ensuciaban las calles, molestaban a todo el mundo con su ruido a todas horas, y tantas cosas más... Todos estábamos hartos de ellos. Pero ahora, están completamente reformados".

"Pero ¿cómo?" preguntó Charlotte.

La dueña de la tienda murmuró algo y apartó la mirada para esquivar su pregunta. "De todos modos... no me sorprenderá que todos en la ciudad empiecen a llamarte el Señor Oscuro. Cualquiera que vea lo que nosotros vimos jamás pensaría en ir contra ti".

"Hm. Fui suave con ellos, ya sabes."

"Me pregunto qué habrá pasado en las últimas dos horas...". Charlotte aún parecía desconcertada, pero no les presionó.

Allen se encogió de hombros ante el dueño de la tienda. "Bueno, no te sientas obligada ni nada. Sólo me tomé mi venganza personal, eso es todo".

"Eres un tipo gracioso", se rio la dueña de la tienda y se volvió hacia Charlotte. "Suerte que tienes un novio con el que puedes contar. Está claro que te cuida bien".

"Oh, um..."

"Uh, no estamos realmente..." Allen se detuvo a mitad de la frase. Se lo había negado directamente a Eluca ese mismo día, pero por alguna razón, las palabras se le atascaron en la garganta.

Al ver que ambos se callaban, el dueño de la tienda sonrió. "Ah, ya entiendo... ¿Es así?"

"Eso parece", asintió Eluca.

¿Qué se supone que significa eso? Allen ni siquiera pudo formular una réplica, y antes de que pudiera decir nada más, la dueña de la tienda le hizo una reverencia y siguió su camino. Tratando de deshacerse de la incomodidad, se tomó el té, que ahora estaba completamente frío, y tosió. "Uhh... ¿Nos vamos a casa?"

"S-Sí. Vamos". Charlotte asintió, también rígida. Eran claramente conscientes de lo que había dicho el dueño de la tienda, pero ambos estaban demasiado asustados para sacar el tema.

Allen se volvió hacia la calle y bramó: "¡Escuchen! Voy a abandonar la ciudad por ahora, pero recuerden, si aflojan, ¡mi maldición se activará inmediatamente! Ténganlo en cuenta mientras hacen su servicio".

"¡S-Sí!", gritó el grupo al unísono.

La maldición era leve, así que no los mataría; lo máximo que conseguiría sería que empezaran a tener hipo sin parar. Pero como no les había informado del efecto de la maldición, seguían temblando de miedo. Así, seguirían con su servicio voluntario con diligencia.

"Bien, vámonos. Tendremos que limpiar una habitación para que Eluca se quede cuando volvamos".

"Oh, no tienes que hacer eso", dijo Eluka despreocupadamente.

"¿Eh?" Allen abrió los ojos. "¿No dijiste que te quedabas? ¿Vas a volver a casa?"

"Uh-uh. Reservé un lugar para quedarme en la ciudad. Así que ustedes dos vayan a casa sin mí".

"¿Por qué has hecho eso?", preguntó Charlotte.

"Bueno, siento que me voy a asfixiar si vivo bajo el mismo techo con este tipo". Eluka recogió sus bolsas de la compra y les guiñó un ojo con una sonrisa burlona. "Pero aun así vendré a pasar el rato con ustedes bastante a menudo, así que espero una cálida bienvenida".

"¿Qué pasa con nuestra batalla? ¿Aplazada?"

"No. Tomaré la D."

"¿Qué?!" Allen estaba indignado. Habían pasado todo el día en esta despiadada batalla para ver quién podía hacer más feliz a Charlotte, ¿cómo podía admitir la derrota tan fácilmente? "¡No estoy satisfecho con eso! ¡Será mejor que me des una razón adecuada!"

"Piénsalo tú mismo. Son tus deberes". Eluka sonrió y saludó a Charlotte. "¡Hasta pronto, Charlotte! Cuídalo por mí".

"S-Seguro... ¿pero no es al revés?". Charlotte parecía desconcertada mientras devolvía el saludo a Eluka.

Eluka desapareció entre la multitud, dejando solos a Allen y Charlotte. Habían estado solos hasta que llegó Eluka, y todo parecía igual en apariencia. Y, sin embargo, era obvio que, por alguna razón, cada uno de ellos era muy consciente del otro.

Se sentían incómodos. Pero no era una incomodidad desagradable.

"¿Nos vamos a casa?" Preguntó Allen.

"S-Sí".

Repitiendo una vez más la misma conversación, emprendieron torpemente el camino de vuelta.



Tras dejar a la pareja, Eluca saltó hacia su alojamiento. "Ha sido divertido. Me alegra ver que el hermano disfruta de la vida", dijo, cruzando las manos detrás de la cabeza y mirando al cielo.

Una luna brillante colgaba del cielo, casi llena. Aunque no se veían muchas estrellas en la ciudad, no era una mala vista. Contemplando la luna, Eluca recordó los acontecimientos del día. Su rostro se suavizó en una sonrisa con un toque de burla hacia sí misma.

Realmente había deseado hacer feliz a Charlotte. Y, por supuesto, no había tenido ninguna intención de perder contra Allen, así que había afrontado la batalla con todas sus fuerzas. Pero había pasado por alto un punto crucial: ya había un claro ganador desde el principio.

"Al final, lo único travieso que puedo enseñarle es moda y buena comida". Ambas cosas le habían sentado fenomenal a Charlotte. Si las cosas hubieran seguido igual, Eluca se habría apuntado la victoria. Sin embargo, esos placeres se desvanecían en comparación con lo que Allen podía darle.

¿Fue su regalo del adorno para el pelo? ¿O por protegerla de los matones? No, esas cosas por sí solas no habrían bastado para que Eluca admitiera su derrota. El factor decisivo fue, por supuesto—

"Una traviesa lección sobre el enamoramiento. Bueno, eso es algo que sólo él puede enseñarle... ¿Oh?" Eluca se detuvo en seco. Vio un pequeño incidente que se desarrollaba en una esquina de la calle.

Un matón se dirigía a alguien. "¡Hola! ¡¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?!"

"¡Por favor, déjanos ayudarte con algo! Si no lo hacemos... ¡¡¡moriremos por una maldición!!!" añadió otro.

Acorralado por los matones, el chico de la silla de ruedas estaba perdido. "Uhh... ¿Qué pasa con ustedes?".

Eluca se quedó mirándolos un rato. Luego, encogiéndose de hombros con resignación, se dirigió hacia ellos para echar una mano al chico.

Capítulo 6: El Primer Día Travieso Fuera

Una mañana nublada de principios de verano, Miach llegó a la mansión de Allen en su ruta habitual de reparto con un pequeño paquete y un periódico.

"Buenas mañanitas—¿meow?" Se detuvo sorprendida. Y no era para menos: Allen estaba sentado frente a la puerta principal con la cabeza entre las manos. "¿Qué pasa, Señor Oscuro? ¿Qué haces aquí?"

Allen levantó la cabeza para mirarla. "Oh, eres tú, Miach", murmuró, con la voz ronca. Estaba mortalmente pálido, con ojeras, y sabía lo demacrado que estaba. Parecía que iba a desmoronarse en cualquier momento. Llevaba toda la noche preocupado por algo. "¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No soy el 'Señor Oscuro', soy el 'Señor Supremo Oscuro'..."

"Pero a mí me pareces un 'Señor Oscuro'."

"Estás diciendo tonterías..."

"Incluso tus réplicas son débiles. ¿Qué te ha pasado?"

En ese momento, Eluka entra en escena con un alegre saludo. "¡Yooohoo! ¡Tú adorable hermanita ha venido de visita! Entretenme, hermano".

"¿Meow?" Miach agitó las orejas y se inclinó ante Eluka con una sonrisa brillante. "Buenos días, Eluka".

"¡Buenos días, Miach! Tus orejas de gato están adorables, ¡como siempre!"

"¡Eres muy amable!"

Las chicas habían llegado a conocerse a través de Allen, y se habían hecho lo bastante amigas como para quedar de vez en cuando en la ciudad para tomar el té. Siguieron charlando animadamente, pero al final la conversación giró en torno a Allen.

"Por cierto, ¿qué le pasa?". preguntó Eluka a Miach.

"¿Quién sabe? Ya estaba así cuando llegué".

"Hmm... déjame adivinar, hermano". Eluka le señaló con un destello en los ojos. "Algo pasó entre tú y Charlotte, ¿estoy en lo cierto?"

"Ack... ¡¿Cómo lo supiste?!"

"Quiero decir, ¿hay algo más en el mundo que te sacuda así?"

"La mayoría de las veces tiendes a resolver tú mismo los problemas", observó Miach. En contraste con Allen, que estaba todo alterado, las chicas estaban totalmente tranquilas. En cualquier caso, tenían razón. Nada podía preocuparle tanto excepto Charlotte. Es más, esta vez, la situación le estaba causando un gran dolor de cabeza.

"¿Te peleaste con ella o algo así?" Miach preguntó.

"Ojalá fuera tan sencillo...". Allen respondió con una mueca de autodesprecio. Luego comenzó a relatar el incidente que había tenido lugar la noche anterior.



Anoche, después de cenar, Allen abordó el tema. "Sabes, Charlotte, ya ha pasado un mes desde que llegaste aquí".

"Wow... no me había dado cuenta de que llevaba tanto tiempo aquí", comentó pensativa, dando un sorbo a su té. Se quedó callada, pensando en todo lo que había pasado. Sólo un mes, pero un mes entero. Parecía largo, pero corto al mismo tiempo.

"Lo que significa", continuó Allen con una sonrisa burlona, "¡que es tu día de paga!". Extendió una pequeña bolsa de cuero sobre la mesa.

"¡Oh!" Lo miró sorprendida. Al cabo de unos instantes, pareció darse cuenta de lo que había dentro. Se levantó de la silla y sacudió la cabeza con firmeza. "D-Día de pago... No puedo aceptarlo".

"¿Por qué te sorprendes tanto? Yo te contraté, así que claro que voy a pagarte el sueldo".

"Pero... hasta ahora, sólo he hecho un poco de limpieza". En estos días, ella estaba aprendiendo a cocinar, pero lo mejor que podía hacer hasta el momento eran platos fritos quemados y sopas insípidas. En otras palabras, no era mucho mejor que Allen. Ella bajó los hombros en señal de disculpa. "No creo que esté siendo lo suficientemente útil como para merecer dinero. En realidad, creo que debería pagarte el alquiler..."

"¿Qué estás diciendo? Haces un gran trabajo de limpieza todos los días. Gracias a ti, no hay polvo en la casa y puedo vivir cómodamente". Allen no habría tenido ningún problema en seguir viviendo en un basurero, pero no es que no apreciara la comodidad. Su calidad de vida había mejorado mucho desde que llegó Charlotte, con su atenta limpieza. "Así que aquí

tienes los honorarios que corresponden a tu trabajo. Quiero que la aceptes".

"Ya veo..." Quizás porque sabía muy bien lo insistente que podía llegar a ser, cogió de mala gana la bolsa de cuero. Miró dentro y exclamó sorprendida. "¡¿Cinco monedas de oro?! Es demasiado".

"Ah, ¿sí? Esto es mucho menos de lo que quería darte al principio, ya que pensé que no lo aceptarías".

"¡¿Cuánto había al principio?!"

No estaba seguro de cuántas monedas exactamente, pero había metido tantas como la bolsa podía soportar sin romperse. Como sabía que a ella sólo le molestaría oírlo, cambió de tema. "De todos modos, aunque es bueno tener ahorros, yo recomendaría gastarlos, al menos un poco. Probablemente antes no tenías dinero que pudieras gastar libremente, ¿verdad?".

"Bueno... no, es verdad".

"Debe haber cosas que quieras hacer, o comprar. Intenta gastarlo en algo, lo que quieras". Todo lo que Charlotte necesitaba en su vida diaria—ropa, zapatos y otras necesidades—Allen se lo había comprado. Pero ella nunca expresaba su propio deseo de conseguir algo. Como era una inquilina, era comprensible, pero Allen no se conformaba.

"Pero no tengo nada en particular—¡oh!" Hizo una pausa, como si se diera cuenta de algo. Miró de la bolsa a Allen y tragó saliva. Era una reacción un poco extraña, pero parecía haber pensado en una forma de utilizar el dinero. Se enderezó y le miró con los ojos entornados. "Entonces... me gustaría... sólo si es posible...".

"Claro, ¿qué es? Dime lo que sea", la animó Allen, emocionado por oírla expresar su propio deseo por primera vez.

"Me... me gustaría ir sola a la ciudad", dijo nerviosa.

Allen se quedó sin aliento, conmocionado.



Cuando terminó de relatar la escena, Allen gimió con la cabeza entre las manos, atormentado por el mero hecho de pensarlo. "Dejarla ir sola a la

ciudad... ¡Es como arrojar el mejor solomillo bien adobado a una jaula de fieras! No puedo permitirlo".

Se le pasaron por la cabeza todo tipo de escenarios peligrosos. ¿Y si la acosan unos matones como el otro día? ¿Y si se pierde? ¿Y si se cae y se hace daño o, peor aún, si descubren su tapadera y la detienen?

"Pero quiero dejarla tener lo que quiera tanto como sea posible... ¿Qué se supone que debo...?" Se interrumpió y miró a su público.

Las chicas estaban absortas en su propia conversación, ignorando por completo a Allen. "¿En serio? ¿Tan malas son sus tortitas? Pero tienen una larga cola delante de su tienda todos los días", le decía Eluka a Miach.

"Son en su mayoría señuelos, ya ves. Es mucho mejor que vayas a ese agujero en la pared—"

"¡Oye! ¡¿Me estás escuchando?!" Allen gritó.

Se miraron inocentemente y suspiraron al unísono.

"Pero es demasiado patético", dijo Miach.

Allen se apresuró a ponerse en pie. "¡¿Qué quieres decir con patético?! ¡Qué descaro! Esto es un grave aprieto".

Eluka, mientras tanto, se acariciaba la barbilla pensativamente. "No es normal que diga algo así, ¿verdad? Normalmente, estaría demasiado preocupada por que la descubrieran y te causara problemas como para hacer algo remotamente arriesgado".

"Sí... Ella pensó lo mismo anoche y se retractó inmediatamente", explicó Allen. Ella había bajado la mirada y había dicho con una sonrisa triste: "Por favor, olvida lo que acabo de decir". Pero su expresión melancólica había encendido una llama en su pecho. Se apoyó contra la puerta principal y se tapó la cara. "Cuando lo dice así... sólo quieres que suceda para ella a toda costa, ¿sabes?".

"Así que hiciste una promesa precipitada, ¿eh?" dijo Eluka.

"Realmente eres un tipo complicado". Miach se encogió de hombros junto con Eluka. Parecía que les daba igual. A Allen le irritaba, pero no se le ocurría ninguna réplica. Tenían demasiada razón.

En resumidas cuentas, había consentido de buen grado que Charlotte saliera sola justo después de aquel intercambio. Una vez que consiguió convencerla de que, con su magia para disfrazarse, no había posibilidad de que la reconocieran, su ansiedad pareció disiparse. Radiante, había decidido ir a la ciudad. Y hoy era el fatídico día de su viaje, le explicó.

"¿Eh?" exclamó Eluka, con el rostro inexpresivo. "¿Qué viaje? Es sólo como un paseo de veinte minutos".

"¡El camino es muy largo! Y el camino a través del bosque está tan lleno de baches... ¿y si tropieza?".

Las dos chicas le miraron con ojos fríos. "Eres más sobreprotector que un padre primerizo", comentó Miach.

Hasta ahora, Allen había acompañado a Charlotte siempre que salía de casa, incluso para dar paseos cortos. Estaban juntos la mayor parte del tiempo y él la vigilaba de cerca. ¿Cómo podía enviarla a un lugar plagado de peligros, a no menos de veinte minutos de distancia? La verdad es que se volvía loco sólo de pensarlo. *Pero es su primer deseo. Simplemente tengo que hacerlo realidad para ella, por mi honor...*

Además, Charlotte ya se estaba preparando para salir. Había estado ocupada haciendo diversos preparativos desde primera hora de la mañana. No podía negarse ahora. Aunque a Allen nunca le importó lo que la gente pensara de él, no podía hacer nada que pudiera decepcionar a Charlotte.

Entonces se dio cuenta de lo mucho que había cambiado. *Cada vez más a menudo, no puedo dejar de pensar en ella. ¿Qué me está pasando?* Seguía queriendo que sonriera y no quería verla triste; esa parte no había cambiado. Pero ahora, este sentimiento era mucho más fuerte. No entendía por qué. Casi se le cruza por la cabeza un pensamiento que no era propio de él, pero lo aleja asustado.

Eluka se quedó mirando a Allen con total incredulidad. "De todos modos... sabes que hay una solución sencilla a tu problema, hermano".

"¿Qué es eso?"

"Es obvio", dijo Miach, asintiendo. "Si estás demasiado preocupado para dejarla ir sola... sólo hay una cosa que puedes hacer".

"Lo que puedo hacer..." Allen lo meditó. Entonces se le ocurrió una idea brillante. "¡Oh! ¡Puedo vigilarla en secreto desde las sombras!"

"¿Cómo no se había planteado eso hasta ahora?". Eluka suspiró.

"Bueno, dicen que algo te ciega", rio Miach.

Ignorando las burlas poco sutiles de las chicas, Allen estaba entusiasmado con la nueva misión. Había llegado la hora de la siguiente lección traviesa: un día fuera en solitario.



Una hora más tarde, Charlotte estaba lista para salir. Estaba en la puerta principal, con el pelo negro como por arte de magia y una pequeña bolsa en la mano. Llevaba el adorno para el pelo que Allen le había regalado y estaba arreglada para pasar el día en la ciudad. Pero tenía un aspecto sombrío cuando se miró en el espejo y comprobó cuidadosamente su aspecto.

"¿Qué te parece? ¿Me reconocería alguien?"

"Por supuesto que no, estás bien. Y es un hechizo que sólo yo puedo deshacer, así que no te preocupes".

"Si tú lo dices, Allen". Sonrió. Se preparó y dio un paso hacia la puerta. Miró al estrecho camino que se extendía desde la mansión hasta la ciudad. Luego, miró a Allen algo nerviosa y dijo: "Bueno, entonces... me voy. Me aseguraré de estar de vuelta antes de la puesta de sol".

"Bien. Si puedes, trae también algo de comida para cenar".

"¡De acuerdo!" Hizo una ligera reverencia y se puso en camino con pasos cautelosos. Parecía un poco ansiosa, pero al mismo tiempo era palpable la fuerza de su voluntad para afrontar un nuevo reto. Su figura, iluminada por la luz del sol, era bastante pintoresca.

Allen se secó los ojos. "Ah... hace muy poco, era sólo una niña, con un aspecto tan perdido e inseguro, tan delicada como una muñeca... ¿Cuándo se hizo tan fuerte, valiéndose por sí misma de esa manera?"

Eluka y Miach salieron de su escondite y le lanzaron miradas glaciales. "En serio, ¿quién te crees que eres?". bromeó Eluka.

"Me estás poniendo los pelos de punta", añadió Miach.

En cualquier caso, Allen estaba contento: ¡qué bello ejemplo de crecimiento había presenciado! Se alegró de todo corazón de haberla

dejado ir sola. Pero ahora empezaba la tarea difícil. Con un movimiento de su túnica, señaló directamente a la ciudad. "¡Vamos, es hora de emprender nuestra misión! Haremos todo lo que esté en nuestra mano para apoyar a Charlotte en su día entre bastidores".

"¡Me apunto si me pagas por mi tiempo!" bromeó Miach.

"Voy a contárselo todo a papá y a mamá cuando llegue a casa", dice Eluca.

Y así, Allen se dirigió a la ciudad muy animado, llevando consigo a sus compañeros, pero siempre ejerciendo el máximo cuidado para no ser descubierto por Charlotte en esta operación altamente encubierta.



La ciudad estaba animada, como siempre. Por la mañana estaba un poco nublado, pero el cielo se fue despejando a medida que el sol subía y pronto fue un día perfecto para pasear de compras por la ciudad. Cuando Charlotte llegó a la calle principal abarrotada de gente, dejó escapar un pequeño suspiro. "Wow... Realmente estoy aquí, sola".

Aunque apenas distaba veinte minutos a pie de la mansión, seguía siendo un viaje formidable para ella. Contempló abrumada la calle principal durante un rato, pero no tardó en volver en sí y apretar los puños.

"¡Muy bien! Aquí no pasa nada. Haré lo que pueda".

Sacó un pequeño mapa de su bolso, lo estudió detenidamente y emprendió el camino por la calle principal.

Por supuesto, Allen estaba observando todos sus movimientos, escondido detrás de un edificio cercano.



"¡Buen trabajo! ¡Lo estás haciendo muy bien, Charlotte! ¡Has leído el mapa tal y como te enseñé! Sabía que podías hacerlo".

Antes de partir, le había dado algunas advertencias básicas: mira el mapa, no vayas con desconocidos, pide indicaciones si te pierdes, etc. Charlotte parecía seguir sus instrucciones al pie de la letra. Charlotte parecía seguir sus instrucciones al pie de la letra. Incluso cuando el personal la llamaba desde las tiendas, ella se inclinaba cortésmente y declinaba la invitación.

De momento, su primer día fuera estaba siendo espléndido. Allen sintió que se le estrujaba aún más el corazón. Se sentía como un padre que acababa de presenciar el momento en que su pequeño bebé conseguía ponerse de pie por primera vez. Por supuesto, no importaba que tuviera cero experiencia en criar a un niño.

Cerca, Eluka y Miach cuchicheaban entre ellos.

"En serio, ¿quién se cree que es?"

"Hmm, ¿un hermano mayor o un padre, quizás?"

"Pero quiero decir, incluso desde esa perspectiva... es deprimente, ¿verdad?"

"Sí... Acobardarse sin remedio..."

"¡Silencio, ustedes dos!" Allen murmuró en voz baja, con cuidado de no soplar su cubierta.

Los tres revolotearon de una sombra de edificio a otra, siguiendo los pasos de Charlotte.

"Por cierto, hermano. ¿Por qué Charlotte quería ir a la ciudad en primer lugar?"

"Umm... todo lo que me dijo fue que quería ir de compras".

"¿No le preguntaste qué quería conseguir?" preguntó Miach.

"Lo intenté, pero...". Naturalmente, Allen estaba ansioso por saber qué quería Charlotte, pero cuando le preguntó, ella sólo apartó los ojos vacilante y afirmó, con toda seriedad: "¡Eso es... um... un s-secreto!".

"Al final nunca me lo dijo", suspiró.

"Ah, cierto..." murmuró Eluka.

"Debe haber sido un duro golpe para usted, Señor Oscuro", dijo Miach, tratando de consolarlo.

"Sí..." Allen asintió con gravedad. Hacía sólo unos días, no habría imaginado que fuera posible que Charlotte le ocultara algún secreto. Se llevó una mano temblorosa a la boca. "Si ella puede tener su propio secreto, eso es prueba de que su sentido de sí misma se está fortaleciendo... ¡Bien por ti, Charlotte! El próximo paso, aprenderás a ser tan egoísta que me darás dolor de cabeza".

Eluka le miró dubitativa. "Estás yendo más allá de lo espeluznante y te estás volviendo un poco preocupante...". Pero se dio cuenta de algo y añadió: "Si seguimos siguiéndola así, ¿no veremos lo que compra? Eso significa que descubrirás su secreto sin que ella lo sepa. ¿Te parece bien?"

"No hay problema. Si eso ocurre, borraré inmediatamente nuestros recuerdos con magia".

"Tú compromiso es tan pesado que me mareo sólo de pensarlo", murmuró Miach.

Mientras mantenían esta conversación trivial, Charlotte se adentraba cada vez más en la ciudad. Antes de que se dieran cuenta, se estaba adentrando en callejones tranquilos. Los tres podían oírla murmurar cosas como "Hmm" y "Qué raro" mientras escudriñaba el mapa.

"¿Hay alguna tienda que le interese en un lugar tan apartado?". Allen se preguntó.

"Ah... quizá se equivocó de camino", dijo Eluka.

"¡¿Qué?! ¡Eso es una crisis mayor!", jadeó.

Tal vez era de esperar que Charlotte se perdiera. Llevaba muchos años viviendo con la familia del duque como su sirvienta, así que probablemente era la primera vez que caminaba por una ciudad sola, con un mapa como única guía. Allen lamentaba de todo corazón no haberle enseñado a leer el mapa con más detenimiento, pero al menos no se había olvidado de enseñarle a pedir indicaciones a la gente si se perdía. En algún momento, seguro que le preguntaba a algún transeúnte.

"Sí, pero... este camino es dudoso", dijo Miach nerviosa, justo cuando Allen respiraba aliviado.

"¿Qué? ¿Qué quieres decir?", preguntó.

"Se dirige hacia el distrito de Maerd. Es una zona peligrosa de la ciudad", murmuró Miach, poniéndose ligeramente pálido. "Aventureros rufianes merodean por allí todo el tiempo".

"¡¿Qué?!"

"Oh, es posible que yo también haya escuchado ese rumor", interrumpió Eluca. "Hay un grupo de aventureros súper peligroso, como se llame, que gobierna el área alrededor de la entrada".

"Sí. Los Colmillos de la Serpiente, así se llaman".

Los Colmillos de la Serpiente eran un grupo de matones dirigidos por un hombre llamado Groh, un encantador de víboras. Eran conocidos por arrebatarse los beneficios de otros grupos; el chantaje y la extorsión eran algo habitual para ellos. A veces asaltaban a gente corriente que entraba en su territorio por accidente. En resumen, eran el típico grupo de aventureros que se habían vuelto locos.

Y ahora, era a la base de esto a lo que Charlotte se acercaba. Mientras Eluca y Miach intercambiaban susurros, Charlotte siguió caminando por el callejón. Su paso se había ralentizado debido a la ansiedad, pero no había duda de que acabaría llegando al traicionero distrito.

"¿Qué hacemos, hermano? ¿Debería ir y fingir que me he topado con ella por accidente?"

"No.... quiero evitar ayudarla directamente en la medida de lo posible", respondió Allen. Este no era un viaje cualquiera a la ciudad. Era una aventura en la que Charlotte se había embarcado por voluntad propia. Desde luego, no quería hacer nada que la estropeará. Lo meditó unos instantes y luego levantó la vista. "Bien. Te dejaré aquí para que la cuides por ahora".

"¿Eh? ¿A dónde vas, hermano?"

"Tengo un asunto del que ocuparme. Asegúrate de protegerla".

"¿Okay?" Miach y Eluca miraron desconcertados, pero Allen saltó y se lanzó por los tejados.

Diez minutos más tarde, Charlotte llegó por fin al barrio en cuestión. El callejón era estrecho y el suelo estaba lleno de botellas vacías. Muchos

edificios tenían las ventanas rotas. El aire era lúgubre y estancado, incluso la luz del sol parecía atenuarse en aquel entorno sombrío. Cualquiera podría decir de un vistazo que era un mal barrio.

"¿Dónde puede estar esto?" Charlotte apretó el mapa contra su pecho y miró a su alrededor con aprensión. El lugar estaba desierto. Pero cuando dio un tímido paso adelante...

¡BANG!

Una puerta se abrió de par en par y una multitud salió del edificio de enfrente. La mayoría eran aventureros sombríos y fuertemente equipados. La mayoría eran humanos, pero también había no humanos, como hombres lobo y tritones.

"Eep..." Charlotte jadeó y retrocedió.

Eluka y Miach, que observaban en secreto, también entraron en pánico, gritando el uno sobre el otro. "¡Espera, esto es malo!" "¡Tenemos que actuar ya!"

Justo cuando estaban a punto de salir de su escondite, ocurrió algo sorprendente. Cada uno de los matones se inclinó a la vez.

"¡Bienvenida a nuestra casa!"

"¡Has recorrido un largo camino!"

"¡Ponte cómoda!"

"¡¡¡Deja que le demos un capricho!!!"

"Oh, um... ¿qué?" Charlotte sólo pudo balbucear. Pero los hombres siguieron saludándola a gritos mientras le acercaban una silla y una mesa. La acomodaron en la silla, le sirvieron té y un par de ellos empezaron a rasguear una guitarra y un arpa. Fue una bienvenida digna de una reina.

Eluka y Miach se miraron fijamente.

"¿Qué demonios es esto?" murmuró Eluka.

"¿Quién sabe?"

En ese momento, Allen regresó y dijo: "Uf, llegó a tiempo".

"¡Hey! ¡Has vuelto! ¿Dónde has estado, hermano? Espera, ¿qué quieres decir con 'llegaste a tiempo'?"

"Sencillo", dijo en tono pausado, observando cómo se desenvolvía Charlotte. Parecía algo sorprendida por el repentino saludo, pero su expresión se había suavizado un poco. Parecía aliviada de poder sentarse después de su larga caminata. *Exactamente según mi plan*, pensó con una sonrisa de satisfacción. "Me adelanté y presioné un poco a la banda que controlaba el distrito: los Colmillos de la Serpiente, ¿no? Y les ordené que dieran una calurosa bienvenida a la chica que está a punto de llegar".

"¡Eres peor que un papá oso!" Dijo Eluka.

"Oh, es por eso que todos parecen maltratados, ¿eh?" comentó Miach.

Aunque ninguno de los matones sangraba, estaban claramente heridos. Sus armaduras estaban agrietadas y se caían a pedazos, y lucían magulladuras y ronchas hinchadas por todo el cuerpo.

Tanto Eluka como Miach miraron de reojo a Allen. Pero él ofreció una explicación para justificarse. "No fui tan lejos como para hacerlos sangrar. Los matones sangrientos podrían asustar a Charlotte, después de todo".

"Hermano, ¿sabes siquiera lo que significa la palabra 'humano'?"

"Por supuesto que sí. Significa hacer lo humanamente posible para abrirme camino".

"En cualquier caso, supongo que eso pondrá freno a sus travesuras", se rio Miach sin mucho entusiasmo. Estaba mirando a un hombre corpulento que se había desplomado contra una pared con una serpiente gigante alrededor del cuello. Era Groh, el ex líder de los Colmillos de Serpiente. Había sido destronado de su posición como jefe hacía sólo unos minutos cuando Allen lo derrotó fácilmente. Tenía un gran chichón en la cabeza, e incluso la serpiente colgaba flácida e inmóvil.

"¿Cómo he podido caer tan bajo yo, el gran líder?", refunfuñó.

"No puedes evitarlo", dijo uno de sus secuaces, tratando de consolarlo. "No tuviste suerte desde el momento en que ese loco te señaló".

En contraste con el grupo que intentaba dar la bienvenida a Charlotte con toda la hospitalidad que podían reunir, un aire de absoluta melancolía rodeaba a Groh. Oyó una voz tímida que se dirigía a él.

"Um..." Era Charlotte. Se levantó de su asiento y miró a Groh a la cara. Aunque parecía un poco indecisa frente a un hombre tan corpulento y

formidable, tenía una mirada decidida que dominaba su miedo. "¿Estás bien?"

"¿Eh?"

"Umm, bueno, pareces estar herido, así que..." Miró con aprensión el chichón en la cabeza de Groh. Luego rebuscó en su bolso y sacó una pequeña ampolla. "Toma, es una poción mágica. Por favor, úsala, si quieres. Aquí tienes otra para tu pobre amiga serpiente".

"¡Muchas gracias!" Groh lo cogió, medio sollozando. No es de extrañar que se sintiera conmovido: había perdido repentinamente su puesto en el trono y estaba sumido en la miseria, sólo para encontrar una oferta de respiro de una fuente inesperada. Hasta la gente más hastiada se conmovería con un gesto así.

Al parecer, Charlotte se dio cuenta de que los demás también tenían golpes y magulladuras. Enseguida sacó innumerables pociones de su bolsa y se las repartió atentamente a cada uno.

Al ver cómo se desarrollaba la escena, Eluka murmuró asombrada: "Es una bolsa encantada, ¿verdad? Es hiperespacial por dentro, así que puedes meter un montón de cosas".

"Aun así, son muchas botellas... ¿Cuántas le diste?", preguntó Miach.

"Hmm. Tal vez unos cien o así, por si acaso", respondió Allen.

"Las matemáticas no son tu fuerte, ¿verdad?" se burló Miach.

"¿Qué esperabas que le pasara en un viaje a la ciudad?". añadió Eluka.

Miraron a Allen con escepticismo, pero él estaba listo con una explicación de nuevo. "Conociendo a Charlotte, si se encontraba con un perro o un gato herido o algo así, pensé que sin duda intentaría curarlo con las pociones. Le di una buena cantidad y le dije que eran baratas, así que podía regalarlas cuando quisiera; de ese modo, no se preocuparía en ningún caso". Lo que no había tenido en cuenta era que no se las daría a los animales heridos, sino a los matones que él mismo había apaleado.

Charlotte recorrió el grupo, habló con cada uno de ellos y les entregó las ampollas. Toda la pandilla, que había estado dando una ruidosa bienvenida, se quedó en silencio. Finalmente, alguien soltó: "Es una diosa...".

"Así es... ella es la diosa divina..."

"¡Oh, nuestra querida diosa! Voy a enmendarme y a vivir una vida honesta a partir de ahora". Groh cayó de rodillas a los pies de Charlotte y empezó a llorar.

"Uh, umm. ¿Qué está pasando, todo el mundo?" Charlotte preguntó, nerviosa.

El fervor de todo el grupo se disparó hasta alcanzar su punto álgido, y así nació una nueva religión.

Allen no había previsto este escenario, pero asintió con suficiencia. "Hmph. Charlotte, realmente tienes un don para ganarte a la gente".

"Eso es lo que se llama un agitador de ollas y un pacificador, todo en uno", observó Eluka.

"Y lo hizo todo sin ni siquiera saberlo. Esa chica tiene un talento natural", añadió Miach.

Ahora la pandilla quería entretener a Charlotte sinceramente, no sólo como espectáculo. Todos y cada uno de ellos sonreían alegremente mientras se agolpaban a su alrededor. Era una escena extraña. Allen ya había visto algo parecido una vez, cuando se había colado en una reunión de un falso culto religioso.

"Por cierto, mi diosa", dijo Groh, ladeando la cabeza, "¿cuál es tu relación con ese Señor Oscuro?".

"¿Conocen a Allen?"

"Bueno, 'conocido' es una forma de decirlo..."

"No tuvimos más remedio que conocerle..." Los hombres se miraron con tristeza.

Allen les había prohibido terminantemente que dijeran nada sobre su visita, pero siempre había la posibilidad de que se les escapara por accidente. Será mejor que no digáis nada de mí... o si no. Por si acaso, apuntó, preparándose para lanzar un hechizo de francotirador a larga distancia. Por suerte, la conversación dio un giro y no necesitó usarlo.

"Um, bueno... ya no tengo un hogar al que volver", explicó Charlotte, murmurando una palabra cada vez, con una sonrisa ligeramente

melancólica. "Pero Allen tuvo la amabilidad de acogerme y contratarme como su sirvienta... Así que, si quieres conocer nuestra 'relación', podría llamarle..." hizo una pausa, y continuó tímidamente, "mi M-Maestro, ¿supongo?".

Por supuesto, era una afirmación perfectamente correcta, ya que se suponía que sus posiciones oficiales eran las de un patrón y su sirvienta. Pero en este contexto, la palabra sonaba inmoral y salaz. Su rubor tampoco ayudaba. Allen se llevó una mano al pecho con un gemido.

"Hey, hermano. ¿Estás bien?"

"Tengo ardor de estómago sólo de verte", dijo Miach.

Miach y Eluca miraron a Allen con frialdad, pero no sólo ellos estaban preocupados. Groh y sus hombres también intercambiaron miradas, y con ansiedad le hicieron otra pregunta. "Nuestra querida diosa... ¿podría ser que te esté engañando?".

"¡O tal vez la amenazó para que le obedeciera, como hizo con nosotros!"

"¡Ugh... ese vil Señor! Cómo pudo engañar a una persona tan maravillosa..."

Su compasión por Charlotte alimentó sus rencores contra Allen, y pronto la multitud estaba tan encendida como un grupo de rebeldes alzándose contra un opresor.

Allen sólo pudo mirar con cara agria. "Esos idiotas...", murmuró. Pero al mismo tiempo, era muy consciente de que, comparado con Charlotte, parecía tan despreciable como un auténtico criminal. Él era el Señor Oscuro, que destrozaba despreocupadamente a una banda de matones mientras tarareaba una melodía. En cambio, ella era una joven que trataba a todo el mundo con la amabilidad de una diosa gentil. Cualquiera que viera el binomio estaba obligado a sospechar algo siniestro.

Pero Charlotte soltó una risita. "Gracias por preocuparte por mí. Pero Allen es una persona amable. No es así en absoluto".

"¿De verdad? ¿Estás segura?"

Aunque aún parecían preocupados, confiaron en su palabra. "¿Quién hubiera pensado que el Señor Oscuro podría tener emociones humanas?"

Charlotte continuó con una gran sonrisa: "Oh, sí. Allen me está enseñando muchas cosas traviesas".

La pandilla se quedó paralizada.

Ajena a su reacción, se tocó la frente con el dorso de la mano y habló soñadoramente: "El otro día, Allen y yo estuvimos siendo traviesos toda la noche. Aunque sabía que lo que hacíamos era impropio... me lo pasé tan bien".

Allen recordó la noche en la que habían trasnochado con dulces y juegos, y al día siguiente se habían acostado a dormir, holgazaneando hasta la tarde. En efecto, había sido una noche divertida. Sin embargo...

"Hermano..." "Señor Oscuro..." Eluca y Miach murmuraron.

Por primera vez, Allen lamentó su mala elección de palabras. "Le advertiré que no hable de ello en público...".

"Oh, debería irme. Muchas gracias por todo", dijo Charlotte con una reverencia, completamente ajena al tenso ambiente.

Los miembros de los Colmillos de la Serpiente la miraron irse en silencio. De hecho, se habían quedado completamente mudos ante la confesión de Charlotte.

"Uf... parece que hemos evitado la crisis", dijo Allen, saliendo de su escondite.

"¡Hey, eres tú!" La pandilla retrocedió, pero le dedicó un coro de abucheos y silbidos.

"¿Qué crees que le estás haciendo a nuestra querida diosa?!", gritó uno.

"Para ser honesto, preferiría morir antes que volver a luchar contigo... pero si es por nuestra diosa, ¡¡¡estoy dispuesto a dar mi vida!!!" rugió otro.

"¡¡¡Hsssss!!!" Incluso la serpiente de Groh se unió, mostrando sus colmillos a Allen con evidente animosidad.

"Ugh, es un malentendido. Escuchen". Allen no tuvo más remedio que darles una breve explicación. Cuando terminó miró fijamente al grupo y se aclaró la garganta. "Así que así están las cosas. Su cooperación es encomiable. Volveré a vigilar a Charlotte. Pueden irse a hacer lo que quieran".

"Cielos... realmente nos golpeaste sólo por la diosa... increíble..."

"Bueno, siento que puedo hacer cualquier cosa si es por ella..."

"Sí, cierto..." Los hombres asintieron entre sí, aparentemente incapaces de encontrar más palabras para describir lo que sentían por ella.

Allen les sonrió despreocupadamente. "Si le pones un dedo encima... todos saben lo que les espera, ¿no?"

"Ack... ¡Lo sentimos, nuestra querida diosa!", exclamaron los hombres. "¡No somos lo bastante fuertes para salvarte de las garras del Señor Oscuro!"

Allen soltó una carcajada triunfal. A estas alturas, no estaba claro quién era el malo. "En cualquier caso, tenemos asuntos más importantes que atender. ¡Démonos prisa, Eluca, Miach!"

"De acuerdo. Pero, ¿por dónde se fue Charlotte?" preguntó Eluca.

"Ah, la vi girar a la izquierda en esa esquina de ahí", dijo Miach.

"¡¿Qué?!" Los matones jadearon. Groh se volvió hacia Allen presa del pánico. "¡Esto es malo! Aquello es peligroso".

"¿Qué quieres decir?", preguntó Allen.

"Esas calles están gobernadas por un poderoso grupo de aventureros llamado las Marionetas. Ni siquiera nos acercamos a ellos... ¡Están desquiciados!"

Según Groh, se trataba de una zona de la ciudad intensamente disputada, en la que varias bandas se enfrentaban a diario por sus territorios. Las Marionetas estaban entre las más mortíferas de todas ellas. Se rumoreaba que incluso aceptaban encargos de asesinato.

"¡¿Por qué la dejaste ir así entonces?!" Eluca gritó.

"¡No nos culpes! A todos nos sorprendió lo que dijo. Obviamente, no pudimos asimilar nada más", clamaron los hombres.

"Mierda", murmuró Groh, mirando en la dirección Charlotte había ido. "Iré y traeré de vuelta a nuestra diosa..."

"No, espera", cortó Allen, agarrando el hombro de Groh y sacudiendo ligeramente la cabeza. "No hay necesidad de eso".

"Hermano, ¿estás diciendo lo que creo que estás diciendo?". preguntó Eluca, dudoso.

"En efecto. De nuevo, es sencillo", respondió Allen, torciendo la comisura de sus labios en una fina sonrisa. Al parecer, la expresión provocó cierto trauma entre los matones que los rodeaban, y soltaron chillidos desgarradores. Pero él no les prestó atención. Si todo este barrio era demasiado peligroso para que alguien como Charlotte lo recorriera, sólo tenía una cosa que hacer. Levantó el puño en alto y declaró: "¡Voy a apoderarme de todo este distrito!".

"¿Estás loco?!" Groh gritó.

Eluca sacudió la cabeza y murmuró: "Se supone que es bastante inteligente y competente, y sin embargo...".

"Eso sólo hace que sea más difícil tratar con él", terminó Miach, intercambiando miradas con Eluca.

Después de eso, Allen demostró un éxito asombroso en todo el distrito. Montó un ataque sorpresa contra la base de las Marionetas y se batió en duelo con innumerables titiriteros.

Los miembros de la banda gritaron: "¿Cómo...?! ¡Ninguno de los ataques de nuestras marionetas funciona con este tipo!"

"¡No seas ridículo!" se burló Allen. "¡Sólo necesito mirar el movimiento de tus dedos para esquivar tus ataques!".

A continuación, se enfrentó a otro grupo formado íntegramente por hombres lobo, los Wolf Studs.

"¡Aquí tienes, un perfume especialmente creado para hombres lobo!" Allen se burló.

"Grrr... ¡mi cuerpo se está quedando flácido!", gritaron los hombres lobo.

Entonces se topó con una banda de élites, el Epitafio Dorado, entre cuyos miembros había excelentes ingenieros de objetos encantados.

"¡Oh! Estos tipos eran clientes de pesadilla: el otro día nos enviaron una queja larguísima". exclamó Miach.

"¡Cómo se atreven! ¡Cualquier enemigo de Miach es mi enemigo también!" Gritó Eluca.

"¡No habrá piedad para quien amenace a una empresa que apoyo!" Allen se unió.

"¿Quién demonios son ustedes?", gritaron.

Por el camino, se encontraron con Magus de la Gente de las Rocas.

"Oh, mi Señor Oscuro. ¿Qué te trae por aquí?" Magus preguntó.

"¡Buen momento, Magus! Ayúdame un poco". respondió Allen.

"Pero... tengo que llegar a mi nuevo trabajo a tiempo parcial en la floristería".

"¡Hm, has encontrado un trabajo remunerado! ¡Pues ven en cuanto termines! Y ya que estás, ¡haz un pedido masivo de hierbas! ¡Compraré en tu tienda a partir de ahora! Dile a tu jefe que frecuentaré tu tienda".

"Uh, ¿gracias por su patrocinio, supongo? ¿Y en qué quieres que te ayude?"

"¡Lanzaré la batalla final sobre este distrito para proteger el día de Charlotte pase lo que pase!"

"¿Eh?"

Y así, en un furioso torrente de batallas, Allen siguió expandiendo su territorio.



Ya era el atardecer. Allen estaba de pie en un vasto campo a las afueras de la ciudad, secándose el sudor de la frente.

"Uf... Ha sido un buen ejercicio".

Detrás de él yacían montones de cadáveres caídos, todos ellos aventureros que se habían corrompido hasta convertirse en criminales. La mayoría habían estado gobernando el territorio al que se dirigía Charlotte. Pero a medida que avanzaba el día, los luchadores que se habían enterado del ascenso al poder de Allen y se sentían amenazados por él se habían unido a la lucha dispuestos a perecer, y todo el jaleo se había convertido en una guerra sin cuartel. Sin embargo, Allen había derribado a todos casi él solo.

"Realmente lo hizo..." Groh, que lo había visto todo, se quedó de piedra.

Magus, que vino a ayudar en la batalla final después de su turno en la floristería, ladeó la cabeza. "¿Pero por qué ayuda a la señora a salir del día darles una paliza a todos?".

"Bueno, te lo contaré más tarde. Por ahora, tengo algo más que atender". Allen se acercó a tres hombres que estaban desplomados en el suelo en una esquina. El de la tez fea era Wogel, el líder de las Marionetas; el hombre lobo era Ralph, de los Wolf Studs; y el de la armadura plateada era Dominic, del Epitafio Dorado. "Que esto sirva de lección para no molestar a los demás y vivir una vida honesta, trabajando duro como aventurero".

"¿De verdad te corresponde decir eso, hermano?". comentó Eluca.

"Quiero decir, él hizo el barrio más seguro, pero aun así..." añadió Miach. Allen no les prestó atención.

Los hombres se miraron y asintieron. "Hemos aprendido la lección".

Allen se sintió satisfecho por su actitud obediente, pero se sobresaltó un poco cuando empezaron a llorar.

"Enmendaremos nuestros caminos a partir de ahora... ¡en honor a nuestra querida diosa!", exclamaron. "No puedo creer que alguien tan amable y bueno pueda existir en este mundo..."

"Me recordó a mi hermana pequeña que dejé en mi ciudad natal...", gimió otro.

"Así que Charlotte también cuidó de ti, ¿verdad?" Allen preguntó.

Según ellos, se habían encontrado con Charlotte después de que Allen los hubiera demolido, lo cual no era de extrañar, ya que Allen había centrado sus esfuerzos en el camino por el que caminaba Charlotte. Cuando encontró a los heridos, les había ofrecido su simpatía y pociones curativas, y al igual que Groh, se habían enamorado de ella en el acto.

Por todo el campo, los hombres dejaban escapar murmullos soñadores: "Ya me he decidido... voy a ser legal". "Tal vez es hora de volver a casa..." "Echo de menos a mi madre..." Al parecer, la inocencia pura de Charlotte había sido el antídoto más poderoso de todos para estos hombres de mala reputación que habían estado llevando vidas de tal decadencia moral.

Puedo ver cómo su amabilidad funcionaría con ellos... pero aun así, ¿no está funcionando demasiado bien? Allen se quedó un poco perplejo, pero

dejó de lado la pregunta por el momento. Se volvió hacia Miach y le preguntó: "¿Cómo le va a Charlotte?".

"Mis colegas del Servicio de Entrega Satyrus están haciendo todo lo posible para apoyarla ahora", informó Miach con un saludo. Como tenía mucho que "limpiar", había decidido encargar a un tercero que hiciera de guardaespaldas de Charlotte, y Miach había traído a un par de empleados ociosos. "Oh, hablando del diablo", dijo.

De la nada, dos figuras se posaron en el campo: un par de semihumanos caninos y vulpinos que vestían el mismo uniforme que Miach. Ambas saludaron a Allen con un fuerte saludo.

"¡Un informe para usted, señor!", ladró la mensajera canina. "Nuestro objetivo, la señorita, ha terminado sus compras a salvo".

"Sin heridas ni problemas en absoluto", arrulló la vulpina.

"Bien, estoy en deuda contigo. Aquí tienes mi agradecimiento por tu trabajo", dijo Allen.

"¡Woof, woof! Muchas gracias"

"¡Eres tan generoso como dicen!" Los dos chillaron de alegría al ver la bolsa llena de monedas de oro.

Aunque ser guardaespaldas sigiloso no era realmente un trabajo para una empresa de reparto, según Miach, todos los empleados estaban encantados de hacer cualquier cosa que estuviera en su mano... siempre que pudieran obtener un buen beneficio. Allen tomó nota mental de que podría pedirles que llevaran a cabo asuntos varios en el futuro.

"Por cierto", empezó, bajando el tono. "Hay una cosa que quiero preguntar".

"¿Sí?" Los dos levantaron la vista, incrédulos.

"¿Qué demonios ha comprado?", murmuró. Le parecía bien que Charlotte quisiera ocultarle algo. Pero aun así, mentiría si dijera que no sentía curiosidad. "¡Ah, sí es algo privado, no hace falta que me lo digas! ¡Supongo que hay varias cosas que las mujeres necesitan!"

"Bueno..."

"Umm, en realidad no es así..." Por alguna razón, la pareja se miró con expresiones ligeramente preocupadas, pero no era de desagrado o angustia. Al contrario, miraron a Allen cariñosamente, como si estuvieran mirando a un par de gatitos jugando. Allen sólo pudo ladeó la cabeza confundido. Al final, asintieron entre ellos y dijeron simplemente: "Probablemente sería de mala educación que te lo dijéramos".

"¿Qué significa eso?"

"Ya verás, ten paciencia".

Allen se preguntó qué podría significar su risita reprimida, pero antes de que pudiera interrogarles más, alguien le llamó por detrás.

"Oh, eres tú, Allen."

"¡Whoa!" Dio un respingo y se giró para ver a Charlotte allí de pie.

Tal y como habían informado las chicas semihumanas, su aspecto no era diferente del que tenía aquella mañana. Su rostro se iluminó con una sonrisa. "Realmente estabas en la ciudad. Todo el mundo lo decía".

"¿Todos?" Allen frunció el ceño. Sólo los propios matones sabían de su cruzada para purgar la ciudad por el bien de Charlotte. Pero él les había prohibido terminantemente que dijeran nada al respecto. Cuando miró a su alrededor, pudo ver que algunos de los hombres, que habían estado tirados por el suelo como cadáveres, se levantaban de nuevo y empezaban a murmurar fervientemente.

"¡Mira, es nuestra querida diosa!"

"Qué divina está..."

"¡Ese malvado Señor Oscuro, cómo pudo engañar a nuestra diosa!"

La multitud bullía con palabras de adoración y resentimiento. Ninguno de ellos parecía haber dicho nada. *Entonces, ¿quién era?* se preguntó Allen.

"Allen, todo el mundo hablaba de ti cuando caminaba por las calles", continuó Charlotte, sonriendo alegremente. "Decían cosas como 'el Señor Oscuro lo hizo por nosotros' y 'por fin va a haber paz en esta ciudad'... así que quise averiguar de qué se trataba y vine aquí a ver".

"Okay..." Allen se quedó sin palabras.

"Ah, se me olvidó", murmuró Miach, haciendo un gesto a Allen para que se acercara. Le susurró al oído: "Ahora eres la comidilla de la ciudad".

"¿Cómo es eso?"

"Bueno, ¿qué te parece? Esas bandas estaban dando quebraderos de cabeza a todo el mundo. Ahora que los has machacado a todos a la vez, la ciudad va a tener muchos menos problemas con los rudos sinvergüenzas. Todos contentos".

"Hunh. Muy bien, hermano. No era tu intención, pero has hecho una buena obra", le elogió Eluka, sonriendo.

"Hmm..." Allen no sabía cómo se sentía acerca de la situación. Todo lo que había hecho, lo había hecho sólo por Charlotte. ¿Quién sabía que beneficiaría a otras personas? El mundo funciona de maneras extrañas. Además, no tenía mucha experiencia en recibir gratitud de un gran número de personas. Sabía que la mayoría de la gente malinterpretaba sus palabras y sus acciones, pero no tenía ninguna intención de cambiar de actitud. Así que sintió cierto cosquilleo y escozor cuando le dieron las gracias por cosas que había hecho con su habitual estilo bulldozer.

Mientras los tres mantenían esta conversación en voz baja, Charlotte ladeó la cabeza y miró a su alrededor, desconcertada. "¿Qué pasa hoy? ¿Están todos reunidos aquí... para un día de campo, quizás?"

"De hecho, algo así", respondió Allen con indiferencia. "Me pidieron que los entrenara".

La multitud abucheaba en susurros, murmurando cosas como: "Como si fuera verdad..." "Parece que tiene que ser dócil a nuestra diosa..." "Esa de ahí es nuestra diosa, domando al Señor Oscuro..." Sin embargo, los agudos oídos de Allen aún los captaban y los fulminó con la mirada.

Sin darse cuenta, Charlotte sonrió tímidamente y dijo: "Me pregunto si los días de campo son una especie de moda en la ciudad. He visto gente herida por todas partes. Acabé usando casi todas las botellas de pociones que me diste, Allen... Lo siento".

"Era una manera conveniente de deshacerse de las existencias. Es material barato, así que no te preocupes". En realidad, era una poción de bastante calidad que valdría tres monedas de plata por ampolla, pero no lo

mencionó. "Por cierto... umm, bueno, el caso es que..." murmuró, desviando la mirada.

"¿Sí?"

Todavía no sabía si estaba bien que él preguntara, pero al final ganó la curiosidad. "¿Qué tal las compras?"

"¡Por supuesto, fue un gran éxito!" contestó Charlotte alegremente y rebuscó en su bolso. Por lo visto, había conseguido comprar lo que le interesaba. Sacó dos paquetes, envueltos en papel de colores con bonitos lazos; parecían exactamente el tipo de cosa que le gustaría a una mujer. Mientras Allen se sentía aliviado, Eluka y Miach miraron por encima de sus hombros.

"Oh, ¿no es de esa tienda que abrieron hace poco? ¿Vende cositas bonitas?" preguntó Eluka.

"Es la tienda más de moda en la ciudad en este momento", Miach se unió. "¿Así que esa era la tienda que buscabas, Charlotte?"

"Uh, um, bueno... En realidad es..." Charlotte miró a las dos chicas un poco nerviosa. Eluka, Miach y Allen intercambiaron miradas ante la reacción de Charlotte, pero después de unos momentos, ella tragó saliva y empujó los dos paquetes hacia ellos. "Estos son para ustedes... ¡Eluka y Miach!"

"¡¿Eh?!"

"¡¿Meow?!"

"¿Qué... dijiste?" murmuró Allen.

Los murmullos corrían entre la multitud. Eluka y Miach se miraron y preguntaron a Charlotte titubeantes: "Espera... ¿quieres decir que... toda la razón por la que has venido hoy a la ciudad era para comprarnos regalos?!".

"Pero es tu primer sueldo... ¿seguro que quieres regalarlo?". presionó Miach.

"S-Sí. Han sido tan amable conmigo, así que..." Charlotte asintió con entusiasmo.

Los dos cogieron los paquetes y los desarrollaron para encontrar adorables regalos en su interior.

"¡Ooh! ¡Tengo un peluche de gatito súper dulce!" exclamó Eluka.

"¡Tengo un sombrero nuevo! Muchas gracias". Miach sonrió.

Al ver su entusiasmo, la cara de Charlotte se derritió en una gran sonrisa. Al parecer, había estado bastante preocupada por si les gustarían sus regalos. "Me alegro de que les gusten", dijo.

Las tres rieron encantadas. Era una escena muy reconfortante. Si alguien hubiera echado un jarro de agua fría sobre su estado de ánimo, habría sido el crimen más grave. Pero Allen no podía soportarlo más.

"¡Charlotte!"

"¿Sí?"

La agarró por los hombros y murmuró con voz temblorosa: "¿No hay... nada para mí?".

"Hermano..."

"Señor Oscuro..."

"Oh, Señor Oscuro..."

"Eres realmente algo".

Eluka y Miach, e incluso Magus y Groh le miraron con extrema decepción. Sabía que era infantil por su parte, pero no podía contenerse.

Charlotte se quedó muda durante un rato y luego apartó la mirada disculpándose. "Busqué en diferentes tiendas algo que pudiera gustarte, Allen, como objetos encantados y hierbas. Pero no tenía ni idea de qué podría ser un buen regalo..."

"Aw... sí, es difícil elegir", asintió Eluka con simpatía.

Es cierto que los objetos mágicos son difíciles de distinguir para un profano. A veces, una piedra negra aparentemente ordinaria podía ser un mineral extremadamente valioso. Ese tipo de tiendas no habrían tenido ningún sentido para Charlotte.

Pero, por supuesto, Allen no podía echarse atrás. Sin dejar de agarrar a Charlotte por los hombros, se dirigió a ella lastimeramente: "¡Me habría encantado recibir cualquier cosa de ti! Incluso si hubiera sido una flor al

azar que hubieras cogido de un lado de la calle, ¡habría llorado de felicidad!".

"Qué demonios, hermano."

"Eso es un poco exagerado", añadió Miach.

"¡Silencio!" Gritó Allen. Los dos que estaban abucheando desde los laterales habían recibido cada uno un regalo de Charlotte. En otras palabras, eran sus enemigos. El hecho de que no se acobardaran en absoluto bajo su mirada más feroz le enfureció aún más.

Charlotte parecía abatida. "Lo siento... Has estado cuidando tan bien de mí, pero no se me ocurría nada agradable..."

"¡Oh! N-No, no quiero culparte en absoluto..." Allen se calló y retiró las manos apresuradamente. Se reprochó a sí mismo por actuar de una manera tan infantil y egoísta.

Pero Charlotte le cogió la mano con suavidad. Cuando él levantó la vista sorprendido, ella sonrió mansamente. "Tú siempre eres el que da... Hoy me he dado cuenta de que no sé nada de lo que te gusta. Así que, de momento...". Volvió a rebuscar en su bolso, pero lo que sacó no era un regalo.

"¿Un costurero?", preguntó.

"Sí, me he dado cuenta de que el dobladillo de tu bata está deshilachado", explicó ella, mirándole a los pies.

Tenía razón: como Allen la había tratado con descuido durante años, los bordes de la túnica estaban hechos jirones. Gracias al pequeño "día de campo" en el que había participado hoy, estaba incluso más andrajosa que antes.

Ahora que lo pienso, dijo que la obligaban a coser en casa. Tenía sentido que se diera cuenta del estado de su túnica.

"¿Puedo remendarte la bata?", preguntó Charlotte, sonriendo tímidamente. "Y mientras lo hago... por favor, háblame de tus cosas favoritas para que la próxima vez pueda elegir un bonito regalo para ti".

"Por supuesto", asintió Allen, demasiado abrumado para decir nada más. Con una oleada de emoción, pudo darse cuenta de que pasar tiempo con

Charlotte de esa manera sería mucho más valioso para él que cualquier cosa que ella pudiera darle.

Eluka y Miach sonreían burlonamente detrás de él, mientras la multitud se mofaba de Allen. "¿Por qué él, de todas las personas? ¿Por qué el Señor Oscuro?" "Yo también quiero enamorarme..." "Yo también..." Todo era excesivamente molesto, pero Allen estaba de buen humor, así que los dejó escapar.

En un rincón, Groh y Magus mantenían una discusión extrañamente diligente y madura para aventureros como ellos.

"Tal vez debería conseguir un trabajo honrado y encontrar una novia..." murmuró Groh.

"Podría presentarte a alguien. ¿Qué tipo de trabajo quieres?"

"Hm... ¿quizás algo relacionado con animales?"

Capítulo 7: Un Travieso Viaje A Las Aguas Termales

Una tarde, Allen estaba leyendo en el salón cuando Charlotte se le acercó.

"Um, terminé el libro", dijo tímidamente.

"¿Oh?" Allen cerró su libro y sonrió. "Eso fue rápido. ¿Ya terminaste?"

Ella asintió, apretando un grueso volumen contra su pecho. "S-Sí. Era muy interesante, así que no podía parar".

Había estado leyendo un libro sobre el país en el que vivían. Los temas iban de la historia a la cultura, pasando por las principales industrias y los lugares de interés turístico. Era una especie de guía para turistas extranjeros, por lo que estaba escrito en un estilo sencillo y directo, pero su contenido era bastante denso. Dado que Charlotte había nacido en el Reino de Neils y nunca había puesto un pie fuera de sus fronteras hasta su huida, Allen le había sugerido este libro como una forma de conocer el país.

Perder la noción del tiempo y enfrascarse en un libro era todo un lujo para el acelerado ritmo de los tiempos modernos. En otras palabras, era un placer travieso. Probablemente.

Pero en realidad, su principal intención era hacer que Charlotte descansara como es debido. Si la dejaba sola, se dedicaría a recorrer la mansión, barriendo y limpiándolo todo. No era malo ser diligente, pero tampoco era bueno trabajar demasiado. Por eso le había dado un libro, pero no esperaba que lo terminara tan rápido.

Charlotte abrió el tomo con entusiasmo. "También me enteré de la Escuela de Magia Atenea de la que hablabais Eluka y tú. Es una escuela muy grande".

"Efectivamente". Allen miró la foto en blanco y negro del edificio familiar con un poco de nostalgia.

La Escuela de Magia Atena era una institución gigantesca. Todos los estudiantes, profesores y demás personal juntos equivaldrían a la población de una pequeña nación insular. Aunque había sido expulsado de ella hacía unos tres años, había sido su hogar durante la mayor parte de su vida. Hasta cierto punto, seguía sintiéndose unido a ella.

Estaría bien volver a verla después de tanto tiempo, pensó, y entonces se le ocurrió una idea. Sonrió con picardía y se volvió hacia Charlotte. "¿Es la escuela el lugar que más te interesa? ¿Te llama la atención algún otro sitio?".

"Hmm, hay tantos", dijo, hojeando el libro. "Pero si tuviera que elegir uno... ¡oh!". Hizo una pausa y miró a Allen con cara de susto. "Si te digo qué lugar me atrajo... ¿qué va a pasar?".

"Tú respuesta determinará dónde iremos de excursión mañana".

"¡Lo sabía!", exclamó. Su rostro se volvió serio.

Allen se encogió de hombros ante su extraña respuesta. "¿No te interesa un viaje largo? Bueno, supongo que una mujer tiene que llevar muchas cosas". Cuando vivía con los Crawford, tenía que hacer un viaje familiar con ellos más o menos una vez al año. Recordó aquellos viajes y se rio. "Si te preocupa el equipaje, no me importa en absoluto llevarlo. El tío y yo solíamos llevar maletas para mi tía y Eluca".

"Um, n-no, no es eso..." Charlotte se encogió disculpándose y murmuró, mirándole. "Ya me estás dejando vivir aquí... Sería demasiado presuntuoso por mi parte pedirte que me lleves a un viaje largo".

"No hay necesidad de contenerse, ya sabes."

"Pero... me gusta pasar tiempo contigo en esta mansión, Allen. Es mi momento favorito". Ella sonrió alegremente.

Allen no pudo detectar ninguna mentira en sus palabras, pero se sintió ligeramente insatisfecho.

"Además", continuó, "las travesuras sólo son divertidas porque se hacen de vez en cuando. Si nos divertimos traviesamente todo el tiempo, nos convertiremos en personas traviesas".

"Hm... supongo que tienes razón".

No era como si Allen quisiera corromper a Charlotte. Todo lo que quería era que ella experimentara todo tipo de placeres que nunca antes había sentido. Dicen que la pobreza embota el ingenio, pero tampoco hacía bien estar demasiado saciado. La apreciación de los placeres traviesos necesitaba moderación; él no discutiría eso. Pero aun así, no podía renunciar a la idea ahora. Miró a Charlotte con ansiedad y le preguntó: "Si

te llevo de viaje... seguro que te hará feliz, ¿verdad? Eso es lo que quiero ver".

"Um...b-bueno, eso es verdad, pero..." desvió la mirada.

Estaba funcionando. Continuó persuadiéndola aún más. "Oh, estoy seguro de que serían unas vacaciones geniales. Podemos deleitarnos con las cocinas regionales, o hacer turismo, o echarnos unas siestas en una posada. Ah, las aguas termales también estarían bien".

"¡A-Aguas termales...!" Charlotte se enderezó.

Los destinos de las vacaciones familiares de los Crawford los determinaba, por supuesto, la matriarca. Por lo tanto, Allen sabía por experiencia cuánto atraía a las mujeres la idea de las aguas termales. La caída de Charlotte era inminente. Allen sonrió satisfecho y le levantó la barbilla con la mano. "Venga. Dime dónde quieres ir. Tus deseos son órdenes".

"A-Allen..." Sus ojos azul cielo se clavaron en los de él. Pero volvió en sí y retrocedió. "¡No, no debería! No te lo diré".

"Mrr, eres bastante obstinado... No tengo elección entonces, me echaré una maldición de muerte".

"¡Te lo dije, por favor no vuelvas a hacer eso!"

Justo cuando Charlotte hablaba, sonó el timbre de la puerta.

Allen detuvo su preparación de la maldición y ladeó la cabeza. "Tch, justo cuando estoy ocupado... Lo siento, ya lo cojo yo. Espera aquí".

"Gracias a Dios...", suspiró aliviada.

Si ella pensaba que él se echaría atrás a estas alturas, seguía subestimándolo. Allen dejó a un lado ese pensamiento y se dirigió al vestíbulo. Cuando abrió la puerta principal, el cartero habitual le saludó con un crujiente saludo.

"Hola, hola, Señor Oscuro. ¿Cómo estás?"

"Oh, eres tú, Miach. Creía que ya nos habías entregado el correo esta mañana".

"Esta vez, es una entrega especial". Rebuscó en su bolso y sacó un sobre.

Estaba dirigida simplemente "Para el Señor Oscuro". Qué manera más chapucera de dirigir una carta. ¿Y qué clase de empresa de mensajería encontraría un destinatario con esta dirección? Además, no reconocía la letra, así que estaba doblemente desconcertado.

"¿Qué pasa?"

"Heh-heh-heh. Sorpresa, sorpresa". Miach soltó una risita juguetona y le tendió la carta. "Permítame presentarle... ¡unas vacaciones de tres días para dos!".

"Uh... ¿Okay?"



"Wow..."

Al día siguiente, Charlotte asomaba la cabeza por la ventanilla del coche de caballos y se maravillaba con las vistas. Grandes praderas se extendían en todas direcciones y las hojas doradas de principios de verano bailaban bajo la luz del sol. Podía ver cadenas montañosas a lo lejos y el viento soplaba tranquilamente en su rostro. El paisaje no tenía nada de especial, pero ella estaba fascinada.

Allen sonrió tímidamente ante el deleite de ella, que superaba sus expectativas. "Me alegro de que estés emocionada, pero ¿es la vista tan especial?".

"S-Sí. El Reino de Neils es muy montañoso... así que es la primera vez que veo campos abiertos tan bonitos", dijo, sonriendo de oreja a oreja. Luego soltó un gran suspiro. "Cuando hui del país, me escondí dentro de un carruaje que transportaba algunas mercancías... pero entonces estaba demasiado asustada para disfrutar de las vistas".

"Ya veo..." Lamentó el giro de la conversación e intentó animarla. "Bueno, esta región está en lo profundo del campo. He confirmado que las noticias sobre ti y tu cartel de se busca no han circulado por aquí. Así que puedes relajarte y pasear por donde quieras".

"Es como un sueño, salir sin tener que llevar disfraz", se ríe.

Aliviado por verla feliz, Allen miró con ella por la ventana. Una suave brisa acarició sus mejillas. El aire se sentía fresco y agradable. "Bueno... no está tan mal", murmuró, sonriendo.

"Hee-hee. Te lo dije", soltó una risita.

Contemplaron el paisaje durante un rato en cómodo silencio. Pasaron momentos tranquilos, acompañados únicamente por los sonidos del viento, los caballos y el carruaje.

Estaban en una región llamada Yunoha, situada al noreste de la mansión de Allen, a unas tres horas en coche de caballos. Iban de camino a unas vacaciones termales de tres días aquí.

Allen sonrió en secreto. *Me quito el sombrero ante la gente del pueblo por hacernos un regalo tan encantador. Nunca habría esperado que nos invitaran a una escapada.*

Sólo unos días antes, Allen había tomado por la fuerza el control del Distrito Maerd -un barrio de mala muerte de la ciudad- para proteger a Charlotte en su día de paseo. La zona había estado plagada de aventureros convertidos en matones, una fuente constante de preocupación para los residentes ordinarios de la ciudad. Pero gracias a Allen, casi todos los pandilleros se habían visto obligados a enmendarse. Ahora, trabajaban duro como aventureros honrados, además de participar proactivamente en servicios voluntarios para la zona, como recoger la basura de las calles. Parecía que los sucesivos viajes de Allen a la ciudad para intimidarlos habían dado resultado.

Como resultado, había contribuido a pacificar la ciudad, y la sociedad de ayuda mutua—compuesta por propietarios de tiendas y otros vecinos—decidió enviarle un regalo para elogiar su logro. En otras palabras, estas vacaciones fueron totalmente gratuitas. Incluso Charlotte, que en un principio se había mostrado reacia a ir de viaje, no tenía motivos para protestar contra un viaje gratuito.

Pero ahora fruncía el ceño con ansiedad. "¿De verdad estaba bien que fuera contigo? ¿Quizás hubiera sido mejor invitar a Eluca?"

"No, tiene que hacer unos recados", respondió con sinceridad. Eluca había dicho que iba a estar fuera varios días. Lo más probable es que estuviera investigando el estado actual del Reino de Neils, como Allen le había pedido. Aunque hubiera estado libre, Allen habría invitado a Charlotte. Imagínate, hermanos adultos yendo de vacaciones solos. Seguro que habría peleas sangrientas cada hora. "De todos modos, mira, nos estamos acercando. Ahí es donde nos quedaremos".

"¡Oh!"

El paisaje había cambiado un poco mientras charlaban. Más adelante, los campos llegaban a su fin, dejando paso a una amplia vista del gran mar azul. Un acantilado sobresalía por encima de una parte de la playa, y sobre él se alzaba un magnífico edificio. La estructura de color crema pastel, rodeada de palmeras, era actualmente el hotel más popular de la región de Yunoha.

Esta región era históricamente famosa por sus aguas termales, y había numerosos hoteles y posadas para turistas. El hotel donde se alojarían Allen y Charlotte era un reluciente y nuevo hotel de cinco estrellas. Además de las termas, disponían de una amplia gama de instalaciones y servicios, desde un excelente restaurante hasta un spa de masajes. Muchas personas disfrutaban tanto de sus estancias que volvían una y otra vez.

Toda esta información procedía de Miach, por supuesto. "Hablé con los de la sociedad de ayuda mutua y les ayudé a elegir un paquete perfecto para ustedes dos. Espero que lo disfrutes". Miach incluso le había dicho que no quería ningún recuerdo; sólo quería saber cómo les habían ido las vacaciones cuando volvieran.

Se acercaban con paso firme al edificio. Charlotte se dio cuenta de algo y sacó la gran guía que había leído. "Mira, Allen. El hotel, ¡también está en este libro!".

"¿Hmm? Ah, tienes razón." No sólo estaba en el libro, cubría dos páginas enteras. Mientras se acariciaba la barbilla, a la espera de lo que pudieran encontrar allí, se preguntó algo. "Por cierto, ¿podría ser este hotel al que querías ir?".

"Oh... um... ¡sí!"

"Estás mintiendo".

"Eep...wow, Allen, realmente puedes detectar mentiras..." Charlotte se encogió como una niña regañada.

Allen pensó que cualquiera se habría dado cuenta de su mentira: ella había dudado visiblemente, había mirado hacia otro lado y había contestado con voz temblorosa. Incluso se preguntó si debería ayudarla a ser más mundana.

Le cogió el libro y hojeó las páginas. "Hmm, así que no es aquí... ¿entonces qué tal este hotel en una isla remota? No, espera. Una mujer podría preferir este..."

"¡Por favor, no adivines más!" Le arrebató el libro, con la cara enrojecida. "¡Estoy segura de que aquí también disfrutaré de las aguas termales! Así que, por favor, ¡olvida adónde quería ir! Es demasiado embarazoso..."

"¿Embarazoso?" Allen ladeó la cabeza. "¿Por qué iba a ser embarazoso si yo sabía a dónde querías ir?"

"P-Porque..." Apretó el libro contra su pecho y murmuró con voz delgada y débil: "E-Es el tipo de lugar que le gustaría a un niño pequeño..."

"¿Hmm? Ya veo." Esa fue una gran pista. Estuvo a punto de empezar a enumerar los posibles lugares, pero se detuvo y se encogió de hombros. "Está bien, si realmente no quieres decírmelo, no me entrometeré. Pero sólo diré una cosa".

"¿Sí?" Le devolvió la mirada con ojos redondos y curiosos.

"Hacer algo que no podías de niño y disfrutarlo al máximo tiene su encanto, ¿sabes? Es otro placer travieso".

"¿Tú también tenías cosas que no podías hacer cuando eras pequeño?"

"Ah, sí", asintió con la cabeza. Contempló su infancia. La mayor parte del tiempo había hecho lo que había querido. Sin embargo, había una serie de cosas que le habían resultado difíciles de hacer de niño, pero que logró más tarde, de adulto. "Por ejemplo, quería ir a una cueva a varios miles de metros bajo tierra para desenterrar minerales mágicos, y lanzar un hechizo explosivo a gran escala en medio de algún interior donde no viviera nadie... El tío me prohibió hacer todo eso cuando era pequeño. Fue una experiencia especial hacerlo de mayor".

Charlotte respondió de forma apropiada. "Creo que tenemos cosas diferentes en mente, pero... ¡suena divertido!"

"Bueno, en cualquier caso, ¿crees que me reiría de ti si me dijeras adónde quieres ir?"

"No...."

"¿Ves? Así que puedes contármelo cuando te apetezca. Estaré encantado de acompañarte a donde quieras ir".

"¡Okay!" Charlotte sonrió como una flor.

Para empezar, probablemente nunca tuvo una gran infancia. Era un ejercicio valioso para volver a sentirse como un niño y recuperar el tiempo perdido. *Hm... volver a ser un niño... no es mala idea.* Había un montón de placeres traviesos que todavía podía enseñarle después de que regresaran de sus vacaciones en las aguas termales.



Pronto llegaron al hotel. En cuanto entraron en el vestíbulo, un conserje les saludó con una profunda reverencia. "¡Bienvenidos al Yunoha Resort! Estamos encantados de tenerles aquí".

La portera era una sirena con un adorno de coral en el pelo. Llevaba un impecable traje de chaqueta y camisa, la viva imagen de una empleada bien vestida. Brincaba hábilmente sobre su aleta caudal y les llevaba el equipaje. Cuando Allen le entregó el billete que les había dado Miach, se animó aún más.

"Bienvenido, Sr. Crawford, su habitación reservada está lista para usted. ¿Le mostramos su habitación ahora?"

"Suena bien. ¿Ya están abiertas las aguas termales también?"

"Por supuesto. Es agradable y tranquilo allí a esta hora del día".

"Hm. Entonces tal vez podríamos ir a bañarnos primero—"

Charlotte asintió con entusiasmo. "¡Sí, por favor! Si eso es lo que quieres, Allen". Al parecer, realmente había estado deseando ir a las aguas termales.

La sirena le sonrió cálidamente. "Bien, permítame acompañarla a la zona de baño principal. Sígame, por favor".

"Gracias", dijo Allen.

"Muchas gracias", dijo Charlotte.

"Es un placer, se lo aseguro". La sirena se llevó una mano a la mejilla y suspiró sonrojada. Por alguna razón, miró con adoración a Allen y Charlotte, y dijo: "¡Es un honor que hayáis elegido nuestro hotel para su luna de miel!".

"¿Luna—?"

"¿—de miel?"

La pareja se congeló ante la inesperada palabra.

"¿Oh?" La sirena ladeó la cabeza. "¿Podría ser que ustedes no están casados?"

"Desgraciadamente... no", graznó Allen.

"¡Ah, son una nueva pareja entonces!"

Aunque tenía la lengua entumecida, consiguió responder: "Eh... eso tampoco". Charlotte estaba clavada en el sitio, con la cara completamente roja. Le tocó a él hacer frente a la situación. "¿Podrías aclararme qué te hizo pensar eso?"

"Bueno, es que..." Desconcertada, la sirena levantó el billete y se lo mostró. "Este es un billete para un paquete especial de vacaciones sólo para parejas, ya ves".

"Esa taimada Miach... Era un complot", refunfuñó Allen para sus adentros. La recordó diciendo que había elegido un plan perfecto para ellos dos. Ahora que lo pensaba, parecía extrañamente animada cuando dijo eso.

La sirena los miró extrañada y les explicó: "Si quieren, es posible cambiarlo a otro plan... pero éste es el más lujoso, así que les recomendamos que se queden con él".

"Bien..." Allen tragó saliva sonoramente y anunció su decisión. "Seguiremos adelante con el... plan sólo para parejas".

"¡Tomo nota, señor! ¡Por aquí, por favor!"

Charlotte seguía atónita y murmuraba: *P-Pareja... Casados...huh* Allen la cogió de la mano y siguió a la ansiosa sirena.

Su habitación era una cómoda esquina que daba al océano. Después de dejar las maletas, la sirena les guio hasta la zona de aguas termales. Mientras caminaban, Charlotte y Allen no hablaban mucho y se sentían algo incómodos.

Incluso Allen no podía actuar como siempre en estas circunstancias. Una pareja... o un matrimonio... eh. Él no sabía qué pensar acerca de tales vuelos de la fantasía.

Todavía se sentían desconcertados cuando la sirena anunció: "¡Aquí estamos!". La zona de aguas termales estaba situada en la parte trasera del hotel, y por la gran entrada entraban y salían huéspedes de todo tipo. La sirena se volvió hacia ellos con una alegre sonrisa. "¡Aquí es donde pueden disfrutar del orgullo de nuestro hotel! Todos los baños extraen agua de fuentes termales naturales, y el baño al aire libre es el más popular. Se puede contemplar toda una vista del océano mientras se relaja en el baño".

"Hm, eso suena bien." Parecía que no aparecían en una guía por nada. Cuanto antes pudiera sumergirse en la bañera y contemplar el mar, antes podría calmar esa sensación de inquietud y hormigueo en su interior. Al menos, eso esperaba, pero sus aspiraciones se vieron rápidamente frustradas por la siguiente pregunta de la sirena.

"Si me permiten, ¿tienen listos sus trajes de baño?"

"¿Traje de baño? ¿Para qué iba a necesitarlo?" respondió Allen.

"Naturalmente...", sonrió la sirena y señaló la entrada de las termas. "Toda esta zona de baño es unisex, ¡así que todo el mundo lleva bañador!".

"¡¿Qué?!" "¡¿En serio?!" La pareja gritó perfectamente al unísono.



Media hora más tarde, Allen estaba en bañador, mirando distraídamente las piscinas. "No puedo creerlo..."

La zona termal del hotel era realmente muy espaciosa. Bajo el enorme techo abovedado, se alineaban diversas piscinas. Además de las piscinas principales, también había saunas, salas de masaje, puestos de zumos, una piscina con tobogán e incluso un baño de magma sólo para la Gente de las Rocas. Era como un gran parque de atracciones.

Aunque la sirena conserje les había dicho que era un momento tranquilo del día para bañarse, seguía habiendo bastante bullicio. Todo tipo de huéspedes disfrutaban de las termas en bañador, independientemente de su especie, edad o sexo.

Es cierto que era lógico que la gente pudiera disfrutar más libremente de la amplia sala de esta forma integrada, en lugar de separar los baños en masculinos y femeninos. Además, las familias podían bañarse juntas.

Aun así, Allen sólo pudo sujetarse la cabeza con las manos y suspirar: "Pero, en serio... un bañador... ¿en serio?". Dicen que cuando estés en Roma, haz como los romanos, pero él seguía preocupado.

Cuando descubrió que no habían traído bañador, la sirena les dijo: "Bien, llevaré a la señorita a nuestro puesto de alquiler: tenemos muchos bañadores bonitos para elegir, así que tómense su tiempo".

"¿En serio?" gritó Charlotte mientras la guiaban al vestuario.

Allen sólo pudo mirar, aturdido. "Ah, claro. Sí, tómate tu tiempo".

Desde entonces, las palabras "bañador" rondaban su cabeza. Había muchos invitados en bañador justo delante de él, incluidas mujeres jóvenes, que acariciaban su propia piel fresca en la bañera. Pero la visión no le afectó en absoluto. La mera idea de Charlotte en bañador le aceleraba el corazón mucho más que las mujeres que ya podía ver.

¿Qué le pasaría si la viera de verdad? Sinceramente, no sabía la respuesta. *Sí, claro. Si lo necesito, detendré mi corazón. Lo detendré una y otra vez.* Eligiendo alegremente suicidarse, Allen intentó mantener la calma. Entonces oyó su tímida voz detrás de él.

"Umm... siento haberte hecho esperar."

Allen estuvo a punto de saltar, pero con una voluntad de hierro, se quedó quieto. Después de respirar hondo, se dio la vuelta lentamente—lo bastante rápido para no parecer antinatural—recordándose a sí mismo que debía esbozar una sonrisa fría y despreocupada en su propio rostro. Se preparó para el golpe de todas las maneras posibles.

"No te preocupes, acabo de llegar... aquí... también..." Allen perdió la capacidad de hablar.

"¿A-Allen?" Charlotte ladeó la cabeza con ansiedad, pero él estaba paralizado.

Llevaba un bikini con estampado de flores, tipo halter con tirantes atados detrás del cuello. Sin embargo, era relativamente modesto: la parte de arriba estaba cubierta de volantes y llevaba un largo pareu alrededor de las caderas.



Pero eso no bastó para tranquilizar a Allen. Era el tipo de atuendo que acentuaba claramente la forma natural de su figura. Con un bikini, se le veía la barriga, por supuesto, y el trozo de piernas desnudas que asomaba por la abertura del pareo era igual de radiante.

No era sólo la luz que se reflejaba en el agua; Charlotte en bañador estaba realmente deslumbrante. No hubo necesidad de que Allen detuviera su propio corazón. ¿Por qué? Porque se paró solo.

Sin saber qué pensar del silencio de Allen, Charlotte bajó la mirada con tristeza. "Lo sabía. Este tipo de atuendo... realmente no es para mí... ¿verdad?".

"Eh... eso no es cierto", Allen consiguió sacudir la cabeza de algún modo y exprimió las palabras que debería haber dicho. "Te queda... muy bien".

"¿Tú crees?" Charlotte se animó. Pero se dio cuenta de algo y apartó la mirada inmediatamente. Allen se extrañó de su extraña reacción, pero se dio cuenta de que se estaba sonrojando. Con voz suave y diminuta, murmuró: "Tú también estás guapo... Allen".

"Ah. Cierto, ya veo. Estamos en el mismo barco".

"¿Qué es eso?"

"No, no importa. De todos modos, vamos". Aunque Charlotte seguía siendo tímida, Allen la cogió de la mano y se encaminó hacia los baños. Tendría que acostumbrarse al bañador con el tiempo. Por ahora, lo crucial era dejar que Charlotte se divirtiera. Por supuesto, él ya tenía un plan para eso. "Vamos, hagamos las travesuras que sólo podemos disfrutar en las aguas termales", le dijo.

Primero, se dirigieron al baño al aire libre que la sirena les había recomendado como lugar más popular. Cuando abrieron la puerta y salieron, fueron recibidos por una luz brillante.

"¡Wow!" gritó Charlotte.

Al otro lado de la puerta, estaban rodeados por una caverna con una superficie rocosa como la piedra caliza. Al parecer, habían ahuecado parte del acantilado justo debajo del hotel, y justo delante de ellos se extendía una amplia extensión de océano. Y justo en el borde de la cueva abierta, justo antes del océano, había un gran baño al aire libre. El agua caliente desprendía un vapor lechoso y el aire desprendía un ligero aroma a azufre.

Gracias a la forma de la cueva, podían sentarse en la bañera y disfrutar de las vistas sin quemarse con la luz directa del sol. Además, el entorno único aumentaba la sensación de que se encontraban en una aventura alejada de las escenas de la vida cotidiana.

"¡Esto es increíble!"

"Ciertamente. No me extraña que sea tan popular", asintió Allen con sinceridad.

Tras una ducha rápida, ambos se meten juntos en la piscina. La temperatura era perfecta: ni demasiado caliente ni tibia. El agua suave y sedosa les envolvía todo el cuerpo.

"Woww ... se siente tan encantador", suspiró Charlotte.

"De verdad..."

Durante un rato, se limitaron a contemplar el océano y a disfrutar de la sensación del agua caliente. Los demás huéspedes hacían lo mismo: voces suaves iban y venían, aquí y allá, pero en su mayor parte, sólo el murmullo de las olas resonaba suavemente en la cueva. A veces también llegaban hasta ellos los gritos de las aves marinas, mientras el tiempo transcurría apaciblemente.

"Ojalá pudiéramos quedarnos aquí así... siempre", murmuró Charlotte feliz, con la cara sonrojada.

"Yo también".

"Pero... si nos remojamos demasiado, nos marearemos. Eso sería demasiado malo".

"Hmph, todavía tienes mucho que aprender. Esta no es la única manera de disfrutar de las aguas termales, ya sabes", sonrió Allen.

"¿Oh?"

Justo en ese momento, la sirena conserje apareció alegremente, sosteniendo en alto una bandeja. "¡Aquí tiene; le he traído su pedido!".

"Justo a tiempo. Muchas gracias", respondió Allen, cogiendo dos copas de helado de ella. Era un blanco nacarado de vainilla con una cereza roja encima.

Charlotte se animó cuando él le tendió una taza. "¡Helado en una fuente termal! ¡Q-Qué lujo...!"

"Eso no es todo. Hielo Inmortal". Allen chasqueó los dedos y la copa de cristal empezó a brillar con una luz blanca azulada. Incluso en contacto con el vapor, el helado no se derritió en absoluto, manteniendo el nivel perfecto de crujiente helado en la superficie. "Ahora no se derretirá por el baño caliente. Puedes tomarte tu tiempo para saborearlo".

"¡Muchas gracias!" Charlotte cogió un trocito de helado y se lo metió en la boca. Su rostro se suavizó al instante en una sonrisa de felicidad.

Allen la observó, impresionado por cómo se las arreglaba para que pareciera tan deliciosa. Los ojos de los demás invitados se fijaron en ella. Al parecer, pensaban lo mismo. Intercambiaron miradas y tragaron saliva.

"¡Papi, papi! ¡Yo también quiero ese helado!", dijo un niño.

"Oh, está bien. No se lo digas a mamá cuando vuelva de su tratamiento en el spa, ¿okay?"

La sirena se vio rápidamente desbordada por todas las peticiones. "Ooh, por favor, pónganse en fila, todos... ¡Tomaré sus pedidos uno por uno!".

Un huésped anciano se acercó a Allen y le preguntó: "Hey, joven. ¿Le importaría poner ese hechizo también en nuestro helado?".

"¡Por supuesto, eso es fácil!" Allen aceptó de buen grado. Después de todo, estaba de buen humor.

Y así, una enorme locura por los helados se apoderó de los baños al aire libre.



Esa noche, Charlotte y Allen cenaban en el restaurante del complejo. La sirena conserje se acercó expresamente para darles las gracias. "¡Estamos muy agradecidos! No sabemos cómo agradeceréselo".

"En absoluto, ni lo menciones", respondió Allen.

Evidentemente formaba parte del personal directivo del hotel. Juntó las manos como si rezara y les miró con ojos brillantes. "¡Gracias a usted, señor, hemos vendido tres veces más helado de lo habitual! E incluso

enseñó a nuestro personal a hacer ese hechizo para que no se derritiera... No tengo palabras para agradecersele".

"Realmente no es gran cosa... No he hecho nada digno de mención". Allen sacudió la cabeza con una sonrisa tímida.

Charlotte se tragó su bocado de filete y su rostro esbozó una dulce sonrisa. "Todo el mundo estaba muy contento. Eres un mago maravilloso, Allen".

"Tú también no... Todo lo que hice fue evitar que el helado se derritiera". Pero aun así, ella tenía razón-todos en el baño habían sido todo sonrisas después de eso. A pesar de ser un hechizo tan simple, su efecto fue excelente. Sólo había pretendido hacer feliz a Charlotte, pero recibió muchas palabras de agradecimiento de todos a su alrededor, igual que con el incidente en la ciudad. *Hmm... pasan cosas raras...* En cualquier caso, su misión de hacer feliz a Charlotte había resultado ser un éxito, por lo que estaba muy contento por ello.

La sirena conserje, sin embargo, estaba decidida a hacer algo para agradecersele. Miró a Allen con las manos entrelazadas y le suplicó: "Por favor, demostremos nuestra gratitud de alguna manera. ¿Ya tienes planes para hacer turismo mañana? Si quieres, estaremos encantados de ofrecerte nuestros servicios".

"Gracias por la oferta... pero no tengo ningún plan en particular en mente".

"Yo tampoco... sólo pensaba en disfrutar de las aguas termales..." intervino Charlotte.

Mientras Allen y Charlotte se miraban, la sirena se frotaba las manos con entusiasmo. "Hay innumerables lugares de interés turístico populares por aquí, así que son muy bienvenidos si nos cuentan sus intereses y les prepararemos el itinerario perfecto".

"Hm. ¿Puede decirnos qué tipo de atracciones hay?" preguntó Allen.

"A ver, hay lugares para bucear, playas relajantes... También algunas colinas donde a veces se pueden ver Fenrirs".

Los dos primeros puntos de su lista eran típicos de las estaciones balnearias, así que no despertaron su curiosidad, pero el último era diferente. "¿En serio? ¿Se pueden encontrar Fenrirs por aquí?", dijo Allen, con los ojos ligeramente abiertos.

Los Fenrir eran lobos mágicos que se situaban en lo más alto de la jerarquía de las bestias mágicas. Eran criaturas orgullosas que evitaban la batalla. Como rara vez se presentaban ante los humanos, se decía que una mirada a un Fenrir traería fortuna. Allen sólo había visto a la bestia una o dos veces en su vida.

Pero la sirena sonrió disculpándose. "Por desgracia, probablemente sería una pérdida de tiempo intentar verlos ahora. En esta época del año están ocupados criando a sus pequeños, así que casi nunca bajan de las montañas".

"Ya veo... mal momento".

"Pero si te interesan las bestias mágicas, hay un lugar que te recomendaríamos aún más", añadió con un brillo esperanzador en los ojos. "¡Nada menos que el Zoológico de Bestias Mágicas de Yunoha!".

"!!!"

"Hmm."

Allen no pasó por alto el brillo que relampagueó en los ojos de Charlotte al oír el lugar.

Al día siguiente, el tiempo acompañaba para hacer turismo. Los agradables rayos de sol se abatían sobre la tierra, haciéndola perfecta para pasar el día.

"Bien, entonces vendremos a recogerles al atardecer", dijo la sirena conserje con un gesto de la mano, mientras maniobraba el coche de caballos para regresar al hotel después de dejarles. Aunque la mitad inferior de su cuerpo era la de un pez, era capaz de todo: una auténtica profesional.

"Gracias", respondió Allen. Al verla marchar, se acarició la barbilla y sonrió. "Ya veo. Así que aquí es donde querías ir".

"Uh, umm..." Charlotte bajó la mirada, poniéndose roja. Aun así, no dejaba de mirar la entrada que tenían delante y parecía medio emocionada, medio avergonzada. También le brillaban los ojos.

Ante ellos se alzaba la gran y colorida puerta del Zoológico de Bestias Mágicas de Yunoha. Como su nombre indicaba, era un parque temático que albergaba todo tipo de bestias mágicas. Entre las diversas

instituciones similares de todo el mundo, éste era un establecimiento a gran escala. En su funcionamiento real, se parecía más a un centro de investigación, pero gran parte estaba abierta al público, por lo que era un lugar popular que atraía a mucha gente de dentro y fuera del país. Entre las criaturas que cuidaban había especies raras, como el Dragón Antiguo, que tenía la longevidad más impresionante entre las especies de dragones, y el Fénix. Allen había oído hablar del lugar hacía años.

Allen abrió el folleto del zoo, repleto de información, y examinó el mapa. "Parece que el día entero será suficiente para verlo todo", observó. "Bueno, de todas formas, podemos ir despacio".

"Pero... ¿de verdad está bien?" preguntó Charlotte disculpándose. "Me da pena hacerte complacer mis caprichos".

"No te preocupes, no hay nada que quiera ver en particular. Este tipo de viaje es un cambio agradable para mí", Allen rio cálidamente. "Pero tengo curiosidad: ¿te gustan tanto las bestias mágicas? No lo sabía".

"N-No bestias mágicas en general... Sólo estaba intrigado por el 'zoológico de mascotas' que vi en la guía..."

Encontró el zoo de mascotas en el mapa. "Ah, ya veo. Está aquí mismo". Era un espacio donde se mantenían sueltas bestias mágicas domesticadas, y los visitantes eran libres de alimentarlas, acariciarlas y jugar con ellas. Allen pensó que era lógico que ella se sintiera atraída, pero Charlotte se sentía cada vez más avergonzada.

"Um... siento ser tan infantil..."

"¿Qué quieres decir? Mira allí", le dijo, dándole una palmada en el hombro y señalando la entrada del zoo.

"¿Eh?" Se quedó boquiabierta al ver entrar a todo tipo de visitantes: familias con niños pequeños, jóvenes, grupos turísticos de ancianos, etcétera. "¿No es sólo para niños?"

"Como puedes ver, la edad no importa en un zoo. Así que no hay por qué avergonzarse de nada".

Atónita, Charlotte se quedó mirando las filas de gente que entraba por la puerta. "No tenía ni idea..."

Allen la observó. "¿Es la primera vez que vienes a un sitio así?", le preguntó.

"Sí... Sólo lo he leído en un libro ilustrado". Cuando aún vivía con su madre, una familia vecina le regaló un libro ilustrado. Lo leyó una y otra vez hasta que se le pegó a las orejas. Le encantaba ver a los personajes del libro: muchos niños con sombreros de animales y jugando con ellos. "Siempre quise ir al zoo... algún día". Mientras le contaba sus recuerdos, miraba soñadoramente la puerta de entrada. Parecía una niña pequeña que se hubiera quedado sola. Allen sintió un nudo en la garganta.

Sin mostrar ninguna de sus emociones melancólicas, se rio triunfalmente. "Muy bien entonces, hoy tenemos que disfrutarlo todo al máximo. Imagina que somos niños otra vez".

"S-Sí", contestó ella alegremente.

Allen la condujo a través de la puerta. Ahora que he oído la historia que hay detrás... debo hacer todo lo posible para que se divierta. Se juró a sí mismo mimar a Charlotte todo lo que pudiera y hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudarla a recuperar su infancia perdida.

"¡Oh!" En cuanto entraron en el zoo, Charlotte se paró en seco.

Cuando Allen siguió su mirada, vio un puesto de venta de diademas con diferentes tipos de orejas de animales. Por supuesto, un lugar turístico tenía que tener algo así. Niños y parejas acudían en masa al puesto, y se respiraba un aire jovial especial.

Allen se rio entre dientes. "¿Quieres uno?"

"Oh, um, pero..."

"No te contengas hoy. Vamos, elige el color que quieras". La condujo hasta el puesto y la animó a elegir uno. Al principio, se mostró indecisa, pero pronto estuvo ojeando los diferentes estilos con ojos brillantes. La expresión melancólica que había aparecido en su rostro antes de entrar en el zoo había desaparecido sin dejar rastro, lo que satisfizo a Allen al máximo.

Finalmente, se decidió. "Uh, um... ¡Me gustaría esto, por favor!"

"Claro—espera. ¿Por qué tienes dos?"

Charlotte sostenía una diadema con orejas de gato marrón claro y otra con orejas de gato blancas moteadas de negro. Tímidamente, levantó la vista hacia él y murmuró: "¿Te... te gustaría ponértela conmigo?".

Silencio. Allen no encontraba palabras para responder.

"Ah, supongo que no te gustaría algo tan infantil, Allen", soltó ella, abatida. "Lo siento..."

"¿Por qué no me iba a gustar?". Se volvió hacia el vendedor y le entregó imprudentemente dos monedas de plata. "¡Nos llevamos estas dos!" Ahora que había llegado tan lejos, ya no le importaba lo que pasara.

Así, la pareja comenzó su día en el zoo con unas tontas orejas de gato en la cabeza. Por supuesto, la blanca con manchas negras era de Allen, y la marrón claro, de Charlotte.

Charlotte se quedó mirando la cabeza de Allen con ojos brillantes. "Aww... ¡Te queda precioso! ¡Qué lindo, Allen!"

"Eh, de verdad..." Pensó que le quedaba mucho mejor a Charlotte, pero no le salían las palabras. Y si su sonrisa estaba tensa y crispada, no podía evitarlo. *Si alguien que conozco me ve... borrar es la única respuesta.* Borrar su memoria o su vida era una pregunta que tendría que responder en el acto.

Con orejas de gato, se dirigieron al zoo. Era un prado llano rodeado por una valla, y por allí brincaban diversas bestias, como conejos vórpalos, del tamaño de un humano adulto, que habían sido cruzados para convertirlos en criaturas mansas; la raza canina de dos cabezas llamada Orthrus, conocida por su carácter cortés y propiedad de algunas personas adineradas como perros guardianes; y el Capybara Infernal, que podía arrasar una montaña entera si tenía demasiada hambre, pero que era manso siempre que tuviera comida que ingerir. Por todo el césped había bestias mágicas mordisqueando la comida que les tendían los visitantes, tumbadas panza arriba en el suelo y retozando. Aunque varios miembros del personal vigilaban de cerca para evitar accidentes, era una escena bastante despreocupada.

"Parece como si no les importara nada", se rio Allen. "Entonces, ¿qué piensas, Charlotte? ¿Charlotte?"

Charlotte no respondió. Miró a su alrededor y se quedó atónito al verla clavada en el sitio, temblando por todo el cuerpo y mirando al zoo de mascotas con ojos rebosantes de lágrimas de exaltación.

"H-Hey, ¿qué pasa? ¿Estás bien?"

"¡Mira! Son tan... tan esponjosos, peludos y regordetes", balbuceó. Evidentemente, su vocabulario había sufrido un duro golpe. Estalló en sollozos y se volvió para exaltar a Allen. "¡Estoy tan contenta de estar viva! Muchas, muchas gracias, Allen... No puedo creer que tenga la suerte de ver semejante paraíso... ¡Ahora no me arrepiento de nada!"

Allen estaba confuso, pero le tendió un pañuelo. "Uh, ni siquiera hemos entrado todavía..." Él la había visto llorar unas cuantas veces antes, pero esta vez parecía un poco peculiar. *¿Es esto realmente tan increíble? Quiero decir... son sólo unas bestias peludas...* Para Allen, no eran más que bestias en el césped. Pero a los ojos de Charlotte, la escena parecía transformarse en una especie de cielo en la tierra. Con cuidado de no provocarla, la guio suavemente hasta la entrada. "Bueno, de todos modos, entremos".

"¡Sí! Me dedicaré a disfrutar de su esponjosidad...". Tragó saliva y, con mirada decidida, se acercó a la bestia más cercana. Sus pasos eran decididos, como si fuera una valiente guerrera que va a la batalla.

Allen reprimió una carcajada. *Si está tan enamorada de ellos... le echaré una mano.* Se alejó sigilosamente de ella y susurró a un Conejo Vorpal cercano: "Oye, ¿tienes un momento?"

"Whoa, me asustaste. ¿Puedes hablar como nosotros?"

"Sólo un poco". Allen tenía un conocimiento pasajero del lenguaje de las bestias mágicas. No sería capaz de comunicarse con las bestias superiores, como el Fenrir, pero era fácil hablar con bestias de nivel inferior como los Conejitos Vorpal. Curiosos de ver a un visitante humano que podía hablar su idioma, más Conejitos Vorpal se reunieron a su alrededor.

"¿Qué quieres de nosotros?", preguntaron.

"A decir verdad, le has caído muy bien a mi amiga. ¿Te importaría ir a jugar con ella? A cambio, te compraré todas las existencias de tu comida favorita".

"¡Yupi!", chillaron encantados los conejitos. "¡Trato hecho, lo haremos!"

Tras sobornar a las bestias, Allen se dio la vuelta y gritó: "Hey, Charlotte, ven aquí...", pero se congeló al ver la extraña escena que se desarrollaba ante sus ojos.

"Tee hee hee... son todos tan suaves y esponjosos...". Charlotte estaba sentada con una expresión melosa y eufórica en la cara, rodeada de una bandada de animales. Una docena de bestias o más la atendían; no sólo las más mansas, sino que incluso el cauteloso Orthrus se dejaba frotar la barriga como un cachorro feliz.

"¡Capy!", chilló un Capybara Infernal, ofreciendo solemnemente una manzana a Charlotte, a pesar de su fama de ser ferozmente protectores con su comida. Los Capybaras Infernales eran conocidos por luchar a muerte entre ellos por un solo pez, ya fuera el oponente un padre o un hermano, pero ahora uno de ellos estaba compartiendo voluntariamente su comida con Charlotte. Era como un ritual en honor del monarca de todas las bestias.

"¡Ooh! ¡No sé por qué, pero parece dulce!"

"¡Yo sigo! ¡El siguiente soy yo! ¡Yo también quiero que me acaricien!"

Incluso los Conejitos Vorpal que deberían haber estado bajo la influencia de Allen saltaron hacia Charlotte con verdadero interés.

Los demás visitantes también se dieron cuenta de lo que ocurría. Allen les oyó murmurar asombrados.

"¡Wow, mira! Es tan popular".

"Debe ser una famosa domadora de bestias..."

"Ooh, debería haber traído mi cámara."

Allen sólo pudo mirar atónito. Se acarició la barbilla pensativo, contemplando la escena. "Seguro que no. ¿Podría ser que ella...?"



Una hora más tarde, Charlotte y Allen estaban sentados en un banco cerca del zoo.

"¡Fue realmente... maravilloso!"

"Me alegra oírlo".

Charlotte tenía la cara radiante, tal vez por todos los mimos de los que había disfrutado. Su sonrisa era aún más radiante que de costumbre y parecía muy contenta. Las bestias mágicas chillaban y ladraban desde el otro lado de la valla.

"Hee-hee, nos hemos hecho muy buenas amigas", se rio Charlotte, saludando a las criaturas.

"Uh, s-sí. Eso parece..."

A primera vista, era una visión conmovedora, pero Allen, que entendía su idioma, sólo podía mirar con expresión pétrea. Una traducción aproximada de sus gritos incluía:

"¡Te echamos de menos! ¡Ven a jugar con nosotros! Danos más palmaditas, por favor".

"¡Hey, tú! ¡Humano junto a ella! ¡Si le pones un dedo encima a nuestra dama, te destrozaremos con nuestros colmillos!"

"Bajo nuestro Código del Capybara Infernal, juramos servirte, nuestra querida Señora..."

Se habían convertido en una manada de fanáticos, expresando su adoración por Charlotte. Aunque estas bestias estaban acostumbradas a tener humanos cerca, esto era realmente un poco extraño. Observando a las criaturas, Allen le dijo a Charlotte: "Hay algo que quiero preguntarte".

"¿Sí? ¿Qué pasa?"

"¿Alguna vez le has gustado a alguna bestia mágica?"

"¿Oh?" Charlotte se sorprendió. "Nunca he estado cerca de uno en mi vida".

"Ya veo. No tuviste oportunidad antes... O tal vez porque vivías bajo la opresión, no podías ejercer tus poderes plenamente".

"¿De qué se trata?"

"Bueno, es hora de una conferencia rápida". Allen cambió a su viejo modo de enseñanza con un encogimiento de hombros. "Hay muchos tipos de magia y habilidades especiales en este mundo. Algunas requieren un talento innato". Por ejemplo, estaba el don de la espada para cortar todo tipo de cosas; el don de la alquimia para generar materiales desconocidos

a partir de los universales; y el propio Allen tenía el don de la magia, que le permitía utilizar la técnica avanzada de lanzar hechizos no verbales sin esfuerzo. En cuanto a Charlotte... "Puede que tenga el don del domador de bestias mágicas".

"¿Domador de bestias?"

Un domador de bestias tiene el poder de comunicarse y crear vínculos emocionales con las bestias mágicas, así como de dominarlas. Dado que Charlotte había hechizado a todas aquellas bestias mágicas sin ningún tipo de entrenamiento, no cabía duda de que tenía un talento natural.

Charlotte se miró las palmas de las manos, aturdida. "¿Podría realmente... tener un don como ese?"

"Sí. Y parece que tú también tienes un talento considerable". Mientras que Allen sólo podía comunicarse con bestias mágicas de bajo nivel, los domadores dotados podían tomar el control total de bestias de alto nivel como Fenrirs, e incluso convertirlas en devotos sirvientes. *¿Me pregunto si este mismo poder hace que esos matones de la ciudad también la adoren?* Apenas había precedentes de que este poder funcionara con otros humanos, además de con bestias. Si tan sólo su impresionante poder hubiera sido efectivo cuando vivía en la casa del duque, su vida podría haber sido más amable con ella. Miró a Charlotte con sentimientos encontrados.

"¡Disculpen!" Dos cuidadores del zoo corrían hacia ellos. Llevaban la ropa sucia y estaban pálidos. Estaba claro que algo iba mal. Uno de ellos habló sin aliento: "¿Son ustedes los visitantes que parecían un imán de bestias en el zoo de mascotas? ¿Por casualidad son domadores de bestias famosos?"

"Bueno, sé un poco de magia, pero... ¿pasa algo?". Allen frunció el ceño.

"¡Por favor, ayúdenos!", gritó, agarrando la mano de Allen. "¡No podemos salvarla!"

"¿Hm?"



Los dos fueron conducidos a uno de los edificios de investigación del zoo. Los cuidadores los condujeron cada vez más adentro, ignorando los

carteles de "sólo para el personal". Finalmente, llegaron a una sala espaciosa.

"¡Hemos traído a los magos!", anunciaron los cuidadores del zoo.

"¡Ah, bien hecho!" Gritos de alivio se elevaron alrededor de la habitación.

Al parecer, se encontraban en una especie de laboratorio, equipado con hileras de hierbas secas y herramientas para preparar mezclas medicinales. Muchos cuidadores del zoo estaban allí reunidos, vestidos con uniformes similares a los que habían traído a Charlotte y Allen.

Un hombre de unos sesenta años que llevaba una bata blanca de laboratorio se acercó a Allen vacilante. "Parece bastante joven. ¿De verdad?" Arrugó las cejas y miró fijamente a Allen. "¿Es usted... hijo de la familia Crawford, por casualidad?"

"En efecto... ¿Nos conocemos?"

"Asistí a una de sus conferencias públicas en la Escuela de Magia Atenea. Ahora lo veo. Estamos en buenas manos con un Crawford entre nosotros". Su rostro cansado, con profundas ojeras, esbozó una sonrisa y le tendió la mano. "Soy el director de este zoo. ¿Podría prestarnos su ayuda?"

"No me importaría... ¿pero qué demonios ha pasado?"

"Es... probablemente más rápido si te lo mostramos".

Con expresión grave, el director condujo a Allen y Charlotte a la parte trasera del laboratorio. Más allá de la multitud de personas y el desorden de equipos, había una jaula gigantesca.

"¡¿Qué...?!" Allen jadeó.

Dentro de la jaula había un lobo enorme. Tenía un brillante pelaje plateado y sus ojos carmesí brillaban con una feroz voluntad. Era una de las especies más raras de bestias mágicas: el Fenrir. Un Fenrir adulto podía ser tan grande como una casa, pero éste tenía la altura de un humano adulto. Su pelaje estaba manchado de rojo negruzco, y su gruñido grave no tenía mucha fuerza detrás.

Preguntó Charlotte con voz temblorosa: "¿Te duele?"

"Sí..." El director sacudió la cabeza con tristeza. "Parece que se ha alejado de sus padres y un cazador furtivo ha llegado hasta ella".

El Fenrir era una especie en peligro de extinción, y su caza rara vez estaba permitida, a menos que hubiera una muy buena razón para hacerlo. Incluso herirlos sin causa justificada podía llevar al cazador a la cárcel. Pero como su piel y sus huesos eran excelentes materiales para objetos encantados, era difícil erradicar a los cazadores furtivos. En el Zoológico de Bestias Mágicas, a menudo rescataban estas especies raras e intentaban criarlas y devolverlas a la naturaleza.

"Es la primera vez que rescatamos a un Fenrir, y nuestro personal tiene problemas para comunicarse con ella... Ni siquiera podemos tratar sus heridas".

"Eso sí que es un problema...". Allen frunció el ceño y se acercó lentamente a la jaula. Intentó hablar en el idioma de las bestias mágicas como hizo con los Conejitos Vorpal. *"Oye, ¿puedes entenderme? No somos tus enemigos—"*

"¡Grawr!", enfureció el Fenrir, ignorándolo por completo. Miró a Allen con feroz animosidad.

Las bestias mágicas de alto nivel rara vez escuchaban a los humanos. Para ellas, los humanos eran tan triviales como manchas de baba. Para comunicarse correctamente con ellas, había que ser un experto domador de bestias o intentar establecer una relación de confianza con el tiempo. A este paso, el Fenrir no dejaría que nadie se le acercara lo suficiente como para lanzarle un hechizo curativo. Además, si se acercaban demasiado y la provocaban, las heridas podrían abrirse y profundizarse aún más.

Allen chasqueó la lengua ante su propia impotencia y retrocedió lentamente. "Tch... No puedo llegar a ella en absoluto".

"Lleva así desde que la rescatamos, y ni siquiera quiere comer", suspiró el director. "Si esperamos a que esté más a gusto con nosotros, me temo que no lo conseguirá...".

"Hm. ¿No hay domadores de bestias entre su personal?"

"Cuando se trata de un Fenrir, nuestro personal no tiene el nivel suficiente... Intentamos contactar con otros zoos también, pero no hemos tenido mucha suerte".

Mientras el director y Allen discutían, Charlotte contemplaba la jaula desde la distancia, con los dedos entrelazados frente al pecho. "Pobre Fenrir..."

Verla así hizo que Allen quisiera ayudar aún más. De alguna manera, el destino les había metido en este aprieto. Se volvió de nuevo hacia el director. "Bueno, haré lo que pueda para ayudar..."

"¡Hay una emergencia!" Unos pasos atronadores resonaron en el pasillo, y un personal sin aliento irrumpió en la sala. "¡Un Fenrir se acerca al zoológico! Probablemente sea la madre del cachorro".

"¿¿Qué?!" Hubo una conmoción repentina en la multitud.

"¡Eso es imposible!" El director apretó el bastón, el color se le iba de la cara. "¡Borramos nuestro rastro después de rescatar a esta, y usamos un hechizo antidetección! ¿Cómo nos ha rastreado?"

"Sólo podemos suponer que sus poderes mágicos superan con creces los nuestros...", respondió uno de los miembros del personal.

"Es cierto, ella ha habitado en esta tierra durante más de un siglo, pero aun así... Parece que la subestimamos". El director y el personal bajaron la mirada avergonzados.

Lo que hacía a los Fenrir tan legendarios no era sólo su rareza, sino la pura enormidad de su fuerza. Para un Fenrir de más de un siglo de edad, no se necesitaría mucho esfuerzo para demoler una ciudad entera por sí mismo. Y ahora, un Fenrir de ese calibre se acercaba al Zoo mientras hablaban. Era innegable que estaban en crisis.

Incluso Allen sintió sudor frío mientras gemía: "Para ella, debe parecer que has secuestrado a su hijo... ¿Es posible devolverle al niño en paz?"

"Aún no hemos podido curarla, y es peligroso dejarla fuera. Además, ¿qué pensaría la madre si viera a su hijo herido?"

"Supongo que sólo echaría más leña al fuego..." Allen dejó escapar un pesado suspiro. Sólo quedaba una opción. Flexionó un poco el brazo y declaró: "Bien. Iré a alejar a la madre".

"Pero... ¡incluso para un mago de Crawford, eso es demasiado imprudente!", advirtió el director.

"Oh, estoy acostumbrado a ser imprudente. Déjame a mí. Pero deberías evacuar a todos los visitantes, sólo para estar seguros".

"Si... si estás seguro... ¡Estamos en deuda contigo!"

"Muy bien, Charlotte, tú también ve a refugiarte con los demás..."

"¡Pero Allen!" Charlotte le cortó, mirándole directamente a los ojos. En sus ojos azules ardía una fuerza de voluntad más fuerte que nunca. "Dijiste que podría tener el don de domar bestias".

"Bueno, sí, he dicho que...". El ceño de Allen se frunció cuando se dio cuenta de lo que ella quería decir. Sacudió la cabeza deliberadamente. "No lo intentes. Es demasiado arriesgado".

Ella no se movió. "Pero no puedo quedarme sin hacer nada... No puedo soportarlo". Se inclinó profundamente y le suplicó con voz temblorosa. "Por favor. Huiré si percibo algún peligro. ¡Déjame intentar hablar con el joven Fenrir!"

"Charlotte..."

"¿Quién... es ella?", preguntó el director, perplejo.

Antes de que Allen pudiera responder, el personal que los había recuperado primero exclamó con entusiasmo: "¡Puede que lo consiga! ¡Estaba domando a todas las bestias del zoo de mascotas sin usar magia!".

"Pero esas bestias son mansas por naturaleza, ¿no?" El resto del personal no estaba tan seguro. "Un Fenrir es una historia completamente diferente..."

Allen, sin embargo, curvó un poco los labios. Hmph... realmente está empezando a cambiar. Anteriormente, Charlotte habría escuchado a Allen obedientemente tan pronto como se negó, pero ahora, ella todavía parecía decidido, no dispuesto a dar marcha atrás. Cuando la conoció, le había parecido una muñequita delicada, pero ahora estaba intentando luchar por el bien de los demás. Este cambio en ella avivó aún más su espíritu de lucha.

Sonrió y le dio una palmada en el hombro. "Muy bien entonces, te lo dejo a ti. Puedes persuadir a ese cachorro y hacer que la curen".

"¡Sí!" Charlotte levantó la vista y apretó los puños.

Allen se volvió hacia el director. "¿Podría dejarla intentar hablar con el joven Fenrir? Creo que tiene un talento considerable para convertirse en domadora de bestias".

"Si me la recomiendas, confiaré en tu criterio. No es que tengamos muchas opciones..."

"Está decidido entonces". No era la primera vez que Allen y Charlotte trabajaban juntos. Pero esta vez, estaban formando un frente unido en una batalla compartida. "Empecemos. ¡Hora de ir a ver a los lobos!"

"¡Sí!"



Allen dejó a Charlotte y rodeó la parte trasera del zoo. Una vasta llanura se extendía en la distancia, igual que los campos que habían visto de camino a la región. Aún faltaba mucho para el atardecer y no había ni una sola nube en el cielo.

Justo en la frontera entre el cielo y el horizonte, pudo ver una tenue nube de polvo que se levantaba. Podía oír vagos sonidos de pies golpeando y los gruñidos de muchas criaturas. La manada se precipitaba por el campo directamente hacia él.

"Supongo que los Fenrir viven en manadas. Dicen que ver a un Fenrir trae suerte. Con toda una manada de ellos viniendo hacia él, Allen supuso que su suerte se dispararía a los cielos. Necesitaba un poco de escapismo para hacer frente a la crisis. "Bueno, ya no hay vuelta atrás. Pondré una barrera alrededor del zoo mientras tenga tiempo".

Entretejiendo sus hechizos mágicos, construyó una cúpula protectora sobre todo el zoo. Al menos la gente de dentro estaría a salvo por el momento.

"Bien. Siguiendo—"

Una ráfaga de viento se precipitó detrás de Allen. Al girarse, vio una hilera de colmillos afilados justo delante de él.

"¡¡¡Gawrrrrr!!!"

Una boca tan abierta como las puertas del infierno se abalanzó sobre Allen. La bestia apretó sus mandíbulas sobre la parte superior de su cuerpo y lo hizo girar. Un humano normal habría muerto al instante, pero Allen movió su mano izquierda dentro del hocico del lobo. "¡Paralizar!"

¡ZAP!

Un destello de luz púrpura salió disparado, y el Fenrir escupió a Allen sorprendido. Allen rodó por la hierba y se limpió la saliva de la cara con una risa irónica. Una tenue luz envolvió su cuerpo. "Hah, parece que puse mi hechizo protector justo a tiempo. Así que tú diriges el ataque, ¿eh?".

"Grrrrrr..."

El Fenrir se alzaba sobre Allen. Su colosal cuerpo medía unos diez metros de altura y se alzaba sobre él. Tenía una profunda cicatriz en el ojo derecho y su pelaje era de un dorado cegador. Miró a Allen con una mirada sedienta de sangre. Probablemente se trataba de la madre, que tenía más de un siglo.

Allen intentó razonar con él en lenguaje de bestia. "*¡Por favor, escúchame! No somos...*"

"¡¡¡Gawrrrr!!!"

"Tch... Nada..." Era lo mismo que con el joven Fenrir. Intentar comunicarse parecía inútil. "Entonces supongo que... ¡sólo puedo usar la fuerza!"

Detrás de Allen estallaron luces azules y se oyeron aullidos. Algo había activado la trampa que había tendido. Cuando las luces se desvanecieron, había unos diez Fenrir atados con hielo. Todos tenían un tamaño similar al de la cría rescatada por el zoo, por lo que supuso que eran sus hermanos.

"¡Diez menos, falta uno!"

"¡Gawrrrrr!"

Comenzó la batalla. Su plan era hacer todo lo posible para ganar tiempo hasta que Charlotte pudiera persuadir al joven Fenrir, y pudieran completar el tratamiento. Esta misión, sin embargo, estaba resultando mucho más difícil de lo que había esperado.

"Expío— quiero decir, ¡Bola de Fuego!" Casi hizo una bola de fuego lo suficientemente grande como para tragarse a la madre Fenrir, pero la redujo al tamaño de una pelota de baloncesto antes de lanzarla contra el lobo. Pero este ataque ni siquiera chamuscó su pelaje.

"¡Gawr!"

Tuvo que contenerse para no herir a la Fenrir, pero, por supuesto, ésta no tuvo ninguna reserva. Se lanzó sobre él, le lanzó tajos con sus garras e

intentó arrancarle los miembros a mordiscos, pero él consiguió esquivar sus ataques por los pelos cada vez.

¡Mierda! No puedo usar ningún hechizo más fuerte... "¡Atadura de Hielo!"

Pero ninguno de sus hechizos para paralizar tuvo efecto sobre el Fenrir. Era tan poderosa que se extrajo del hielo antes de que éste pudiera congelarse a su alrededor. Se estaba quedando sin ideas.

"¡Gawrrrr!" El Fenrir soltó un gruñido feroz, y sus largos cabellos salieron disparados como agujas. Una espesa nube de polvo se levantó a su alrededor, mientras una tormenta de pelo afilado caía sobre él. El polvo se movió en un remolino de aire, y Allen se encontró cara a cara con sus colmillos de nuevo.

"Ugh, otra vez no...." Todavía tenía su hechizo protector, para no morir, pero se resignó a quedar empapado de saliva por segunda vez.

Pero antes de que pudieran babearlo, una sombra salió disparada delante de Allen, y el Fenrir se quedó helado.

"¡Squeak!"

"¡¿Gawr?!"

"¿Eh?" Allen miró con los ojos muy abiertos a la bola blanca de pelo que tenía delante. "¿Un Conejo Vorpal?"

"Squeaaaak".

De alguna manera, un conejo vorpal del zoo de mascotas se había colado en la batalla. El Fenrir también parecía confuso, mirando fijamente al conejo de tamaño humano.

Allen volvió en sí y gritó: "*¡¿Qué haces aquí?! ¡Corre!*"

"*¿Por qué iba a hacerlo?*" El Conejo Vorpal ladeó la cabeza. El gesto en sí parecía cómico y despreocupado, aunque la situación era muy tensa. Sin moverse, siguió chillando en tono desenfadado. "*Hemos venido todos juntos. Vamos a quedarnos un rato*".

"*¿Nosotros?*"

Justo cuando Allen se preguntaba qué significaba aquello, se oyó un enorme estruendo en el suelo y una horda de bestias descendió sobre el campo.

"¿Whoa?!"

Estaba el Dragón Antiguo, del que se decía que vivía desde hacía 10.000 años; el Fénix, que resplandecía en un magnífico fuego que todo lo consumía; y la Quimera, con cuerpo de león y alas de halcón. Y eso no era todo: la puerta trasera del zoo se abrió y salieron todo tipo de bestias terrestres. Sus movimientos parecían coordinados, por lo que parecía más un desfile que una huida en masa.

Allen estaba mirando en silencio atónito cuando alguien lo llamó. "¡Oh! ¡Allen!"

"¿Charlotte?!"

Charlotte se acercaba a lomos de un Capybara Infernal. Las demás bestias se apartaron tranquilamente para dejarles paso como fieles seguidores. Allen corrió a su encuentro.

"¿Q-Qué es todo esto?! ¿Qué pasó con el cachorro Fenrir?"

"¡Por supuesto, todo está bien!" Sonrió.

En ese momento, una gran sombra voló por encima de ellos. El joven Fenrir plateado aterrizó grácilmente junto a ellos. Aunque su pelaje aún estaba un poco desgredado, tenía mucho más vigor que antes. Se volvió hacia su madre y aulló seriamente. "¡Grr, roo!"

"¿Gawr?" La madre entrecerró los ojos y escuchó atentamente a su cachorro. El cachorro parecía estar explicando lo que le había sucedido. La ferocidad de la madre se desvaneció y su expresión se suavizó.

Charlotte respiró aliviada. "Hice todo lo posible por hablar con ella después de que te fueras. Me escuchó y pudimos darle el tratamiento adecuado".

"W-Wow, realmente lo hiciste..." Allen se quedó boquiabierto, aunque seguía desconcertado por la asamblea de bestias que les rodeaban. "¿Y? ¿Qué están haciendo aquí?"

"Um, cuando intenté ir a verte con el Fenrir... todos dijeron que querían venir porque estaban preocupados por mí... así que no pude decir que no".

"No me digas... ¿Entiendes realmente su idioma?!"

"S-Sí. Sólo vagamente... ¡pero puedo entenderlos!".

Lo dijo como si nada, pero a Allen le había llevado al menos medio año dominar el nivel más básico de su lengua. *Si recibe el entrenamiento adecuado... podría convertirse en una maga tan poderosa como yo.* Tenía la sensación de que formarían una pareja invencible: un formidable Señor Oscuro y una domadora de bestias suprema.

"Grr..." Allen se tensó al oír un gruñido bajo justo detrás de él. Se dio la vuelta para encontrar a la madre Fenrir mirándolo. Hizo un gesto con el hocico hacia sus hijos, que seguían atados por el hielo.

Charlotte le susurró al oído: "Creo que te pide que los liberes. No atacarán más".

"Ah, okay. Entendido."

Chasqueó los dedos y el hielo se derritió de golpe. Los hermanos se sacudieron la humedad del pelaje y la madre parecía contenta. Estaba a punto de irse cuando Charlotte la detuvo.

"¡Espere un momento, por favor, madre Fenrir!" La madre se dio la vuelta lentamente. Charlotte señaló al Fenrir plateado e hizo una reverencia. "¿Podría dejarla quedarse un día más? Sus heridas están casi curadas, pero aún necesita que le hagan algunas pruebas médicas... Por favor, deja que la traten".

La madre Fenrir miró fijamente a Charlotte con su único ojo. Allen se preparó para el tenso momento, pero no ocurrió nada alarmante.

"Gawrr..." En cambio, la madre Fenrir sobresaltó a Charlotte con un lametón en la cara de Charlotte. El cachorro herido también se acurrucó junto a Charlotte, frotando su pelaje contra ella. Allen casi no podía creer que fuera el mismo lobo que había estado gruñendo tan ferozmente en la jaula.

Había mucho más que decir, pero se conformó con: "Bueno... caso cerrado, supongo".

El Capybara Infernal que llevaba a Charlotte a cuestas chilló: *"Bien hecho, jovencita. Para ser un humano con un crecimiento peculiar en la cabeza, no estás mal"*.

"¿Eh? Qué demonios—¡ah!" Allen se palpó la cabeza con la mano y recordó. Al igual que Charlotte, todavía llevaba orejas de gato.



Cuando la luna llena se alzó en el cielo aquella noche, un grupo deambulaba por las montañas de la región de Yunoha, oculto en la oscuridad. Tenían un aspecto amenazador y estaban fuertemente armados.

Uno de ellos, especialmente corpulento y al parecer el líder, lanzó una mirada penetrante al bosque. "¿Juras que fue por aquí?"

"S-Sí. No hay duda. Lo vi volver a la manada".

"Pero es una pena que el zoo haya llegado primero a esa pequeña bestia", dijo otro.

"Y que lo digas. Costó mucho trabajo acorralar a ese", suspiró el líder, pero se burló. "Pero si encontramos más cachorros, todavía estamos de suerte. Podemos acorralarlos a todos".

"¡Si señor! Con todos los venenos que hemos traído, ¡ni la gran mama podrá detenernos!"

"Cien monedas de oro por un cachorro: ¡seremos ricos antes de que nos demos cuenta!".

"¡Cuando terminemos con esto, vamos a un burdel y nos vamos de fiesta!"

Unas risas repulsivas resonaron en el oscuro bosque. Se trataba claramente de un grupo de cazadores furtivos. Eso selló su castigo.

"Atadura de Hielo".

"¡¿Ack?!" Los hombres gritaron cuando el suelo a sus pies se congeló. Intentaron cortar el hielo que les cubría hasta las rodillas, pero ni siquiera sus espadas pudieron hacer mella.

Allen apareció despreocupadamente ante los hombres presa del pánico. "Hm, apareciste justo donde esperaba. Es tan sencillo leer la mente de los villanos, gracias por hacerlo fácil".

"¡¿Quién demonios eres?!"

"Nadie que valga la pena nombrar. De momento sólo soy acompañante".

Los hombres palidecieron de muerte. "¡¿Qué...?!". El suelo tembló, y la madre Fenrir emergió de las sombras con pisadas pesadas y retumbantes.

Por supuesto, sus hijos la siguieron. Miraron a los cazadores furtivos y cada uno soltó un gruñido bajo y siniestro.

Los hombres chillaron de miedo. Sólo el sonido de los lobos les había bastado para hacerse una idea del destino que les aguardaba. Temblaban sin control y empezaron a suplicar por sus vidas. "¡Perdónanos, por favor! Por favor, no nos mates".

"¿Qué estás diciendo?" Allen respondió. "Por supuesto, no te mataremos. Te entregaremos a las autoridades".

"¿Eh? ¡¿En serio?!" Los hombres parecían obviamente aliviados.

Allen decía la verdad. Después de mucha persuasión por parte de Charlotte, le había prometido que no mataría a los cazadores furtivos, aunque los encontrara. Pero, por supuesto, tenían que vengarse. "Bueno, antes de seguir adelante... Fortificar. "

"¿Eh?"

Con un chasquido de los dedos de Allen, los cuerpos de los hombres comenzaron a brillar débilmente. Era un hechizo para fortalecer su poder defensivo, aunque lo hizo un poco menos eficaz de lo habitual. Había logrado el equilibrio justo: no sentirían una bofetada en absoluto, pero si alguien les lanzaba un puñetazo fulminante, les dolería un poco.

Allen se volvió hacia la familia Fenrir con una sonrisa brillante. "Muy bien, ahora pueden hacer lo que quieran con ellos y no morirán. Siéntanse libres de dejar salir toda esa ira contenida".

"¡Gawwwrrrrrrr!"

"¡Aiiiiieeeeeeee!"

Los Fenrir mordisquearon a los hombres toda la noche, hasta que se sintieron como un montón de huesos de juguete.



A la mañana siguiente, cuando se disponían a abandonar el hotel Yunoha Resort, Allen y Charlotte se encontraron con que la sirena conserje les daba las gracias de nuevo. "¡Muchas gracias por todo!" Les hizo una profunda reverencia. "Me he enterado de lo que ha pasado en el zoo. Dicen que salvaste al Fenrir".

"Hmph. Supongo que sí", dijo Allen con una fina sonrisa y le dio a Charlotte una palmada en el hombro. "Todo gracias a ella".

"¡Oh, qué espléndido!"

"¿Qué?!" gritó Charlotte, con los ojos muy abiertos. Protestó tímidamente: "Pero fue el personal del zoo quien curó las heridas del pobre Fenrir, y vosotros capturasteis a los malos. Lo único que hice fue hablar, de verdad...".

"Pero si no fuera por ti, las cosas no se habrían resuelto tan pacíficamente". El joven Fenrir habría seguido negándose al tratamiento, y la furia de la madre habría sido imparable. Allen se habría visto obligado a herir a la familia Fenrir para proteger el zoo. "Así que este es tu logro, Charlotte. Siéntete orgullosa de ello".

"V-Vaya..." Atónita, se miró las manos.

La sirena se volvió hacia ella y volvió a inclinarse. "Muchísimas gracias. Estoy tan contenta de que hayas salvado a ese cachorro Fenrir".

"¡Sí!" respondió Charlotte con una sonrisa radiante.

Al final, su viaje a las aguas termales resultó ser no sólo divertido, sino también una experiencia de crecimiento para Charlotte. Allen hizo una nota mental para dar las gracias a Miach y a la gente del pueblo cuando regresaran. Él tenía su propia opinión sobre el "curso" específico que Miach había elegido para ellos, pero en general, estaba contento.

"Bien, ¿empezamos a regresar?"

"Su carruaje está listo. Aquí tiene".

"Gracias por todo..." Charlotte hizo una pausa y se dio la vuelta.

Allen siguió su mirada. "¿Hm? ¿Qué pasa?"

De repente, una enorme sombra cayó sobre el suelo. La madre Fenrir se posó con un fuerte estruendo. Sus cachorros la siguieron y se desató el caos entre la gente que los rodeaba.

"¡Dios mío! ¡Cuántos Fenrir! ¡Justo delante de nosotros!", deliró la sirena. "¡Nunca los había visto tan cerca en todos mis doscientos años!". Algunos de los invitados huían gritando, otros gritaban de emoción.

Allen miró a la madre de Fenrir y ladeó la cabeza. "Déjame adivinar... ¿Has venido a despedirte de nosotros?".

"¡Gawr!", ladró suavemente, aparentemente de buen humor.

Un cachorro se asomó por detrás de las patas delanteras de su madre. Era el que habían rescatado. Su pelaje plateado brillaba ahora, limpios todos los rastros de sangre, y sus pasos eran ligeros. Al parecer, acababan de ir al zoo a buscarla.

La cara de Charlotte se iluminó al ver al cachorro. "¡Oh! ¡Querido pequeño Fenrir!"

"¡Woof!"

"Tienes mejor aspecto. Me alegro mucho". Cuando acarició su pelaje, el cachorro entrecerró los ojos de placer. A diferencia de lo que era habitual en él, Allen se sintió más bien ablandado por la reconfortante y apacible escena. Cuando el joven Fenrir ladró un poco más, Charlotte jadeó: "¡Oh! ¿En serio? ¿Estás segura?"

"¿Qué está diciendo?"

"Creo", dijo tímidamente, aun acariciando la cabeza del cachorro, "que quiere venir con nosotros".

"¡¿Qué?!" Incluso Allen estaba desconcertado, pero al parecer, Charlotte había entendido bien al Fenrir. La madre y los hermanos del cachorro miraban sin ningún signo de sorpresa. Parecían estar preparados para despedir a un miembro de su familia. Allen le preguntó a la madre: "Espera, ¿estás segura de esto? Después de todo, es tu preciosa hija".

"¡Gawrr!"

Allen podía adivinar lo que la madre quería decir: si quieres a tus hijos, envíalos al mundo.

Charlotte arrugó la frente con ansiedad. "Pero... ¿no echarías de menos a tu familia?".

"Probablemente no haya de qué preocuparse", intervino la sirena conserje. "¿Era la región de Groll dónde vives? A un Fenrir sólo le llevaría una hora volver aquí. Así que será como una estancia casual en casa".

"Ya veo." En ese caso, Allen se sintió lo suficientemente seguro como para acogerla. Se agachó un poco y miró a los ojos del Fenrir. Donde ayer sólo había animosidad, ahora estaban llenos de un brillo cálido y suave. "Está bien, puedes quedarte en mi casa. Hazle compañía a Charlotte, ¿quieres?"

"¡Woof!"

"¿R-Realmente estás contenta con eso? Tendrás que cuidar de otro invitado, además de mí..." dijo Charlotte.

"¿Por qué iba a importarme?" Allen respondió. Su mansión era espaciosa y estaba lejos de la ciudad. A nadie le molestaría que tuviera un miembro más en la familia que fuera un poco grande. Había mucha naturaleza a su alrededor para pasear, y Allen tenía cierta experiencia con la cría de bestias mágicas. En resumen, no había ningún problema. Una vez explicado esto, sonrió. "Además, es agradable tener más familia, ¿no?"

Charlotte parecía sorprendida. "¿F-Familia? ¿Quieres decir... yo también?"

"Por supuesto. ¿No es obvio?" Allenladeó la cabeza. Aunque le había puesto nervioso que le llamaran pareja, casado o no, podía decir una cosa con orgullosa certeza. "Ya eres un preciado miembro de mi familia".

Charlotte se puso roja y se quedó sin palabras.

"¿Hm? ¿Qué ha pasado? Te has quedado callada de repente. ¿He dicho algo raro?"

"Oh, no es... nada..."

"Gawr..." Por razones que Allen desconocía, la madre de Fenrir lo miró con expresión de leve incredulidad. Sin embargo, los niños no lo entendieron yladeaban la cabeza, al igual que Allen.

"Pues bien..." La sirena pareció captar la indirecta y dijo con una sonrisa deslumbrante: "¡Cuando se vayan de luna de miel de verdad, estaremos encantados de volver a acogerlos!".

Epilogo: La Noche Ya No Me Asusta

Llegó la mañana. Charlotte se despertó sobresaltada por el débil trinar de los pájaros. "¿Mm?" Se sentó en la cama y miró a su alrededor.

Se encontraba en una habitación estrecha. Estaba bastante polvorienta y desordenada, con cajas de madera y otros objetos apilados desordenadamente. Sólo había una ventana con barrotes de hierro cerca del techo. Miró distraídamente hacia arriba. Un poco más allá, podía ver el cielo azul.

Sólo una fina manta, llena de agujeros, la cubría, y su pijama era igual de cutre. La habitación era un almacén independiente en el recinto de la residencia principal del duque Evans. Era todo lo que tenía en el mundo.

Era una mañana normal en un día normal. Pero tenía la ligera sensación de haber tenido un sueño extraño. "Algo sobre..." Ella había ido a otro lugar, y había estado haciendo algo con alguien. Eso era todo lo que recordaba. Pero una sensación desconocida, algo cálido, persistía en lo más profundo de su corazón.

Se llevó las manos al pecho e intentó recuperar el sueño. No consiguió nada; lo único que sintió fue una punzada de dolor en el corazón.

Un timbre sonó a lo lejos, sobresaltándola. "¡Oh no, llegaré tarde!"

Se levantó de la cama y empezó a prepararse. Hoy, como cualquier otro día, no podía perder ni un minuto, ni siquiera un segundo. Se puso una ropa hecha jirones que apenas se diferenciaba de su pijama y salió corriendo de la habitación.



La madre de Charlotte había sido una de las sirvientas de la finca Evans. Por aquel entonces, el señor de la casa tenía una esposa, pero era propensa a enfermar, casi siempre postrada en cama. No había esperanzas de que produjera un heredero, por lo que el señor puso entonces sus manos en una de las sirvientas. Una historia tan antigua como el tiempo, común en todos los rincones del mundo.

Sin embargo, en este caso se produjo un pequeño giro cuando la sirvienta, al darse cuenta de su embarazo, desapareció sin decir una palabra al amo.

En una pequeña aldea del campo, lejos de la capital del reino de Neils, dio a luz a Charlotte. Después crió a su hija ella sola. Nunca fueron acomodados, ni mucho menos, pero sus días eran tranquilos y apacibles. Así fue hasta que Charlotte cumplió siete años, cuando su madre murió de una plaga. Al día siguiente de la muerte de su madre, un criado de la casa del duque apareció en la puerta para reclamar a Charlotte.

Estos días, entraba en el edificio principal de la finca Evans por la puerta trasera de la cocina. Saludó a todos con una profunda reverencia. "Buenos días".

Se encontró con el silencio. En la cocina, numerosas cocineras y sirvientas se afanaban, pero nadie la miraba y mucho menos le respondía. Una niebla negra se cernía sobre sus rostros y ella no podía leer sus expresiones.

Aun así, Charlotte se sentó en una mesita en un rincón de la cocina, sin apartar los ojos del suelo. Su desayuno ya estaba allí, como de costumbre. Hoy era un trozo de pan con carne asada y sopa de consomé. Aunque sonaba lujoso, no eran más que las sobras del amo de la noche anterior. El pan estaba seco y duro, las verduras de acompañamiento estaban mustias e incluso la sopa estaba tibia.

"Gracias por el desayuno". Charlotte comió rápidamente. Podía sentir las miradas de burla dirigidas a ella, con risitas y burlas aquí y allá en la habitación. Naturalmente, ni siquiera podía saborear la comida. Se concentró en comer como una tarea mecánica, asegurándose de no levantar la cara y contando los granos en la mesa de madera.

Después del desayuno, llegó la hora de la limpieza. Una sirvienta, con el rostro envuelto en una niebla negra, tendió un cubo y un trapo. "Hoy quieren que limpie esta parte de la casa, señorita".

"S-Sí, señora". Charlotte cogió los objetos y empezó a limpiar las barandillas de la escalera, las ventanas, etc.

Esta era su rutina matutina. Como consecuencia, Charlotte tenía las manos ásperas y rojas todo el año. En invierno, sus manos se agrietaban tanto que sangraban, por lo que tenía que tener sumo cuidado para no manchar los muebles.

Cada día la obligaban a limpiar una parte distinta de la mansión, pero algunas cosas nunca cambiaban. Mientras estaba concentrada en limpiar un marco de fotos, una sirvienta chocó con ella por detrás.

"¡Eep!" Charlotte jadeó.

"Oh, lo siento, señorita, no la vi allí." La cara de esta sirvienta también estaba oculta tras la niebla negra. Se alejó con otra sirvienta, riéndose entre ellas.

"¿Escuchaste su pequeño chillido? Ugh, tan falso".

"En serio, es tan lenta. ¿Puedes creer que esté relacionada con el Maestro?"

Sabían que Charlotte podía oír cómo se burlaban de ella. De eso se trataba. Cuando desaparecieron al doblar la esquina del pasillo, Charlotte reanudó la limpieza. Aunque no había mucho polvo en los marcos, le habían ordenado limpiar. Así que limpió.

"Querida hermana..." la llamó una voz mansa.

"¡Oh!" Charlotte se giró y vio a una niña a su lado.

La chica tenía el pelo rubio resplandeciente y unos profundos ojos carmesí. Sus rasgos estaban finamente esculpidos, como los de una muñeca, y vestía ropas elegantes. No tenía nada de niebla en la cara y parecía bastante nerviosa.

Charlotte se detuvo en su limpieza y le hizo una profunda reverencia. "Buenos días, Lady Natalia".

"Buenos días..."

Natalia Evans era la segunda hija del duque y, para Charlotte, era una hermana pequeña nacida de una madre diferente. Había nacido cuando Charlotte tenía diez años, y Natalia tenía ahora siete. Como era la hija legítima del señor y su esposa, todos los criados la adoraban y la trataban como a un tesoro.

Charlotte también solía mimarla, años atrás, pero después de que su madrastra la amonestara por ser demasiado familiar, tuvo que ser más formal y educada con ella. Pero para Natalia, seguía siendo la misma Charlotte, su dulce hermana mayor. Natalia intentaba tratar a Charlotte como siempre lo había hecho.

Natalia juntó los dedos, como si rezara, y miró a Charlotte. "¿Tienes tiempo para jugar hoy, querida hermana? ¿Podríamos pasar un rato de cuento?"

"Bueno..." Charlotte se atragantó con sus palabras. Quería cumplir el deseo de Natalia, pero era imposible. Sólo pudo mover la cabeza con impotencia, aunque se le rompió el corazón. "Lo siento... Por favor, invítame en otra ocasión".

"Entiendo", asintió Natalia, abatida. Pero volvió a levantar la vista con entusiasmo y le tendió una botellita. "Esto es para ti. Es medicina, porque tu mano parecía muy lastimada. Por favor, úsalo".

"Muchas gracias". Charlotte cogió la botellita tímidamente.

De vez en cuando, Natalia le regalaba pequeñas cosas así en secreto. A veces era una fruta o algo de papelería, pero más que el objeto en sí, el sentimiento de su hermana conmovía a Charlotte, y cada vez casi le hacía llorar.

Las hermanas guardaron silencio durante un rato. "Oh, querida hermana," Natalia rompió el silencio mientras murmuraba, con la cara arrugada como si estuviera a punto de llorar. "Pronto seré más grande. Y cuando sea más grande, yo...".

"Natalia", dijo una voz severa.

Natalia se quedó helada. Alguien se había acercado sigilosamente por detrás de Charlotte. Charlotte supo quién había hablado sin darse la vuelta. Le temblaban las piernas. Un hormigueo doloroso le recorrió la cabeza. Sin embargo, tragó saliva, se giró lentamente e hizo una reverencia.

"Buenos días... Lady Cordelia", dijo Charlotte.

"Sí", la mujer, con un lujoso vestido negro azabache, asintió escuetamente.

Era la actual matriarca de la familia Evans, Cordelia Evans. Era la segunda esposa del Maestro, después de que una enfermedad se llevara a su primera mujer. Aunque era la madre biológica de Natalia y la madrastra de Charlotte, sólo tenía veinticinco años. Su cabello púrpura oscuro estaba rizado en elegantes rollos, y estaba muy adornada con joyas.

Una neblina negra envolvió todo su cuerpo. Sólo el rojo fuego de sus labios era visible desde un pequeño hueco en la niebla.

"M-Madre..." murmuró Natalia. Cordelia se limitó a asentir. Así era como Cordelia solía tratarla: sin una pizca de preocupación maternal.

"Ha llegado tu tutora", le dijo Cordelia a Charlotte en un tono carente de emoción. "Date prisa y ve a tus clases".

"S-Sí, señora". Charlotte se apresuró a guardar el cubo y el trapo.

Cada mañana, Charlotte limpiaba la mansión. Luego, cuando llegaban los tutores privados, comenzaban sus lecciones. Recibió la educación básica necesaria para la futura esposa de un príncipe, incluyendo literatura, música, bordado y equitación. Fue instruida a fondo en una gran variedad de temas.

A Charlotte le gustaba aprender. Podía olvidarse de otras cosas cuando estaba concentrada en sus estudios, y sentía una sensación de logro cuando conseguía hacer algo que antes no podía. Sin embargo, había un gran problema.

Los labios tras la niebla negra se curvaron en una sonrisa maliciosa. "Hoy vigilaré tus lecciones".

Charlotte dejó de respirar. Podía sentir cómo la sangre se le escurría de la cara. La cara de Natalia también se torció, mientras intentaba no llorar.

Pero Cordelia continuó, ignorando las reacciones de las hermanas. "Asegúrate de comportarte para tu tutora, Charlotte."

Charlotte apenas pudo expresar una respuesta. "S-Sí, señora..."



Finalmente, llegó la noche. La silenciosa oscuridad absorbió los débiles sonidos de los sollozos.

Charlotte lloraba en silencio en una habitación a oscuras. No era su propia habitación en el almacén. Era la despensa de debajo del edificio principal. No tenía ventanas y hacía mucho frío dentro. La oscuridad era tan densa que ni siquiera podía ver la punta de sus dedos.

A veces, Cordelia acompañaba a Charlotte a clase. A primera vista, parecía una madre cariñosa que se preocupaba por su hija. Pero en realidad, no era nada de eso. Cada vez que Charlotte cometía un error, o no podía responder a una pregunta, o fallaba en algo, Cordelia la castigaba.

Ella arremetía contra Charlotte con una tormenta de insultos como "¿Por qué ni siquiera puedes hacer una cosa tan simple como esto?!". "¡Avergüenzas a nuestra familia!" "¡Sucia—! ¡Si no existieras, yo—!"

Los tutores la miraban, palideciendo, pero nadie intentaba detenerla. Charlotte ahogaba sus gritos, intentando capear sus ataques lo mejor que podía.

En el pasado, Cordelia era más amable con Charlotte, al menos hasta cierto punto. Estaba claro que no le gustaba su hijastra, pero quería guardar las apariencias y trataba de actuar como una madre. Luego nació Natalia y, al cabo de unos años, su comportamiento cambió de repente. Charlotte se había convertido en su enemiga y descargaba su odio contra ella.

Charlotte no tenía ni idea de qué había provocado ese resentimiento en Cordelia. Mientras tanto, el Maestro, el verdadero padre de Charlotte, no mostraba ningún interés por ella. Para empezar, rara vez estaba en casa. Incluso cuando estaba, por muy cruelmente que Cordelia tratara a Charlotte, ni siquiera la miraba.

Esta noche, Charlotte recibió un castigo adicional porque, desafortunadamente, el pequeño frasco de medicina que Natalia le había dado se le había caído del bolsillo cuando la golpearon. Cordelia la acusó de robar en la casa, pero Charlotte no pudo decir nada. No podía meter a su hermana pequeña en problemas.

Cordelia era indiferente a su propia hija, y nunca fue violenta físicamente con Natalia. Pero si se revelaba que había ayudado a Charlotte, Natalia podría convertirse en el próximo blanco de su ira. Era fácil imaginar tal desenlace.

Y así, Charlotte aceptó su castigo y fue encerrada en la oscuridad. Odiaba estar allí. Pero sabía que aunque llorara y gritara pidiendo ayuda, nadie vendría a buscarla. Al contrario, eso podría provocar un castigo aún más duro, así que lo único que podía hacer era aguantar hasta que terminara.

Sollozaba en voz baja. Le daba miedo. No le gustaba la oscuridad. No le gustaba el dolor. Sobre todo, no le gustaba sentirse sola. Pero se dio cuenta:

Al menos... no tengo que sentir dolor cuando estoy aquí.

Aquí sólo había oscuridad. Nadie que se burlara de ella, nadie que le hiciera daño... nadie. Echaba de menos a su hermana pequeña, pero aun así, era más fácil respirar aquí dentro que cuando estaba fuera.

En cuanto pensó en ello, la oscuridad se retorció a su alrededor. Adoptó formas sólidas y empezó a enroscarse alrededor de Charlotte. Tenía manos huesudas y agrietadas, como las suyas, que daban pena. Un enjambre de manos surgió de la oscuridad y se aferró a su cuerpo. La frontera entre la oscuridad y su cuerpo empezó a difuminarse y Charlotte dejó que sus párpados se cerraran lentamente. Si la oscuridad pudiera engullirla por completo, ya no tendría que pensar en nada, no tendría que sentir ningún dolor y se quedaría tumbada en paz, durmiendo—

"¡Tan húmedo y sombrío, es malo para la salud!"

¡¡¡BOOOOOM!!!

"?!"

Un estruendo ridículo rompió la oscuridad. Charlotte se levantó de un salto, con los ojos muy abiertos.

La luz entraba a raudales. Había un enorme agujero en la pared, como si alguien lo hubiera atravesado de un puñetazo, y un mundo de luz blanca y brillante se extendía más allá de la abertura. Iluminado por la luz, había un joven vestido con una túnica.

Tenía el pelo mitad negro, mitad blanco. Tenía el ceño fruncido, como si fuera el fin del mundo. Ella nunca lo había visto antes.

"¿Quién... eres?"

"¿Eh? Ah, bueno... veamos..." Reflexionó un rato y luego dijo simplemente: "Soy el Señor Oscuro. He venido a secuestrarte".

"¿Eh...?"

"Vamos, no tenemos todo el día. Deberías salir de este lugar cuanto antes". Sin dudar, el joven le tendió la mano.

Su rostro estaba completamente limpio de la niebla negra. Se sentía luminoso y cálido donde él estaba, lo contrario de la oscuridad a la que ella había estado confinada.

Aun así, negó con la cabeza. "No puedo..."

"¿Por qué?"

"Afuera... da miedo. Al menos aquí, no hay... nada..." Charlotte agachó la cabeza. La oscuridad seguía aferrada a ella; no la dejaba marchar. Le

susurraba que pertenecía a la oscuridad, que sólo en la oscuridad podía sobrevivir.

Pero el joven se adentró en la oscuridad y se arrodilló frente a ella. "No te preocupes", le dijo con una suave sonrisa. "Nunca te soltaré la mano. Te protegeré de todo y de todos, te lo prometo. Así que... vamos". Luego volvió a ofrecerle la mano.



Charlotte contuvo la respiración. Tímidamente, levantó la mano y tocó la suya. En ese instante, la oscuridad estalló como un globo y el mundo quedó envuelto en luz.



Cuando Charlotte se despertó, estaba tumbada en una cama nueva. "Oh..." Se levantó lentamente, frotándose los pesados párpados y mirando a su alrededor.

Allí estaba su cama y un armario. Un escritorio, una silla y una estantería casi vacía. Era una habitación sencilla pero cómoda. A su lado en la cama dormía el cachorro Fenrir, Roo, del que se había hecho amiga por casualidad. No estaba en la finca de los Evans. Estaba en la mansión de Allen, en una habitación que en realidad era suya.

Aún estaba oscuro fuera de la ventana. Parecía que faltaban horas para el amanecer. El aire estaba en silencio y no se oía ni un susurro.

"Creo que he estado soñando", murmuró Charlotte. No recordaba casi nada del sueño, sólo el miedo, el miedo incesante, que permanecía en ella como un bulto desagradable. Debía de haber soñado con su vida con la familia Evans.

Era la primera pesadilla que tenía desde que llegó a la mansión de Allen. Al principio, había estado tan cansada que había dormido como una roca, sin sueños. Tal vez tener este sueño esta noche era una señal de que se estaba acostumbrando a su nueva vida. Si era así, deseó haber tenido un sueño más agradable. "Pero tal vez... parte de él fue agradable". Había algo más que miedo al final. Tuvo la sensación de haber tocado algo cálido. Podría haber visto a su hermana pequeña.

Charlotte cogió la cómoda que había junto a la cama. Abrió el cajón superior y miró el libro ilustrado que guardaba dentro. Era un sencillo libro ilustrado sobre unos niños que van a un zoo de bestias mágicas y se lo pasan en grande, el mismo libro que Charlotte había leído cuando era pequeña. Había encontrado este ejemplar el otro día cuando fue sola a la ciudad. Lo había comprado con la esperanza de poder leérselo a Natalia algún día, cuando se reencontrarán.

"Me pregunto si logré leerle en mi sueño..." Ella estaba un poco decepcionada de que ni siquiera podía recordar eso.

Aun así, no se atrevía a volver a dormirse, temerosa de caer de nuevo en el mismo sueño. Y esta vez, podría convertirse en una pesadilla horrible de principio a fin. Se estremeció. Luego, con cuidado de no hacer ruido, se arrastró fuera de la cama.

Decidió beber un poco de agua y quedarse despierta hasta la mañana siguiente. Se detuvo en el salón y se sorprendió al ver un rayo de luz que salía por la rendija de la puerta. Cuando abrió lentamente la puerta, encontró a Allen sentado en su sitio habitual en el sofá.

Se fijó en Charlotte y levantó una mano. "Hola. ¿Estás despierta?"

"S-Sí". Se acercó tímidamente. Había gruesos libros y montones de papeles esparcidos por la mesa baja. Al parecer, estaba escribiendo. "¿Estás trabajando, Allen?"

"Oh, solo haciéndole un pequeño favor a alguien", se encogió de hombros. "¿Recuerdas a Magus?"

"S-Sí. Del grupo de aventureros de la ciudad".

Hacía un par de semanas que se había aventurado a la ciudad con Allen y Eluka, y se había visto envuelta en un pequeño alboroto. Se habían encontrado con Magus de la Gente de las Rocas, que solía ser alumno de Allen.

"Me ha dicho que quiere volver a entrenarse desde cero. Así que estoy diseñando su plan de entrenamiento personal".

"Ya veo..." Para Charlotte, Magus era una figura imponente y aterradora. Pero aun así, Allen había conseguido reformarlo con facilidad e incluso estaba cuidando de él ahora. Sonrió. "Realmente eres muy amable".

"No, es sólo un pasatiempo mío para dar a la gente un régimen de entrenamiento que los empuja al borde de la muerte".

"Ah..."

"La Gente de las Rocas es muy resistente, ¿sabes? Será un verdadero placer", dijo Allen con entusiasmo, hojeando la gruesa pila de páginas. Le pareció vislumbrar palabras bastante ominosas, como "magma", "3.000 metros de altitud" y "100 horas de resistencia".

Cuando le conoció, Charlotte no sabía si los comentarios exagerados de Allen eran en broma o no. Pero últimamente, estaba mejorando en la

decodificación de ellos. Lo que decía ahora sobre el entrenamiento de Magus era probablemente cierto en un noventa por ciento. El diez por ciento restante era su amabilidad, de la que él mismo no era consciente.

Puedes ser extraño... pero ante todo, eres una persona amable, Allen. Sabía que Allen se desentendería de tal comentario si se lo decía, así que se limitó a soltar una risita. En lugar de eso, dijo: "No puedo dormir. ¿Puedo... quedarme aquí contigo?"

"Claro". Allen asintió levemente y se movió para hacerle espacio, pero tuvo una idea y la miró. "En realidad, esta noche podría ser buena para..."

"¿Qué, Allen?"

"Por supuesto..." Allen levantó un dedo y se rio con picardía. "Un placer travieso que sólo puedes tener por la noche".



Charlotte esperó diez minutos.

"Muy bien, ya puedes salir", llamó Allen.

"Sí", respondió. Abrió la puerta trasera de la mansión y salió al gran jardín, que tenía un pozo y algunas camas para cultivar hierbas. Un rincón estaba iluminado por innumerables faroles. "Wow..." exclamó Charlotte.

Allen había sacado el sofá del salón y había colgado luces a su alrededor. Una pequeña hoguera ardía cerca y algo se cocía a fuego lento en una olla encima. Era como si estuvieran de acampada.

Allen recogió un poco del líquido de la olla en una taza y se la dio. "Toma. Cuidado, está caliente".

"¿Esto es... chocolate caliente?" El vapor salía de la bebida marrón claro bajo el suave resplandor de las linternas. Incluso había algunos malvaviscos grandes flotando en la taza.

Le mostró una sonrisa de suficiencia. "Exacto. Podemos beberlo a sorbos mientras miramos las estrellas".

"¡Suenan encantador!" Se le iluminó la cara.

Era como un sueño. Allen la llevó al sofá y, cuando se sentó, pudo ver todo el cielo nocturno estrellado. Como estaban lejos de la ciudad, nada interfería con su luz. Miró hacia arriba, embelesada por el resplandor del

cielo. Allen se sentó a su lado y empezó a jugar con algo parecido a un quemador de incienso.

"¿Es incienso aromático?", preguntó.

"Sólo repelente de insectos. Y ponte esto también".

Una manta cayó sobre ella desde el espacio vacío. "¡Uf!" Se envolvió en ella, tal y como le habían dicho. Aunque era primavera, la brisa de la noche aún dejaba sentir el frío del invierno. Se sintió abrigada y cómoda en la manta. El dulce aroma del incienso los envolvió y pareció disipar el miedo y la angustia persistentes en su interior.

Todo el cielo brillaba con incontables estrellas. Y en el suelo, estaba sentada en un cálido capullo. La felicidad la invadía por todas partes.

"Entonces, ¿qué te parece?"

"¡M-Mucho! ¡Es emocionante!"

"Bien, me alegro de oírlo". Allen dio un sorbo al chocolate caliente y una sonrisa de autodesprecio se dibujó en su rostro. "Aunque confieso... que no sé mucho de estrellas".

"¿De verdad? Pero si lo sabes todo".

"Lo sé todo sobre cómo influye la posición de las estrellas en el maná. Pero cuando se trata de constelaciones o mitología, no tengo ni idea".

En cierto modo, esto era apropiado para la autodisciplinada y práctica Allen. Charlotte señaló al cielo y dijo: "Esa estrella amarilla de ahí es el ojo del Arácnido. Y debajo, a la derecha, está el Capybara Infernal".

"A mí sólo me parece un cúmulo de puntos...". Entrecerró los ojos con fuerza. Su rostro era siniestro incluso en momentos normales, así que cuando entrecerraba los ojos de esa manera, había un aura en él que hacía honor a su apodo de "Señor Oscuro".

Charlotte soltó una risita. "En casa me daban muchas clases, así que así aprendí lo de las constelaciones".

Allen parecía ligeramente sombrío. "Ya veo".

Se preguntó por qué parecía hosco, pero él empezó a hacerle preguntas sobre constelaciones, así que ella lo olvidó rápidamente. Le señaló diferentes formas en el cielo y le habló de los mitos relacionados con ellas.

Mientras él la escuchaba atentamente, también le habló de la relación entre la magia y la astronomía. Mientras hablaban sin parar de esto y aquello, sus palabras parecían formar suaves capas en el velo de la noche que las envolvía. Al cabo de un largo rato, Charlotte bostezó.

"¿Tienes sueño?" Allen sonrió suavemente, dejando su taza. "¿Quieres volver a la cama? Te acompañaré a tu habitación".

Charlotte se quedó callada unos instantes y luego sacudió la cabeza lentamente. "No... no quiero dormir esta noche". En un murmullo bajo, le confesó su aterradora pesadilla y cómo temía volver a tener el mismo sueño. Allen la escuchó atentamente.

¿Y si piensa que estoy siendo infantil? pensó, agachando la cabeza. Sólo un niño pequeño tendría miedo de una pesadilla.

"No te preocupes", dijo Allen, cogiéndole la mano con suavidad.

Ella levantó la vista, sorprendida. Percibió una ligera tensión en la palma de su mano.

Allen la miró directamente a los ojos redondos y le aseguró: "Te lo dije. Nunca te soltaré la mano. Te protegeré de todo y de todos, te lo prometo". Luego sonrió. "Incluso cuando estés atrapada en una pesadilla, siempre vendré a rescatarte. Así que no te preocupes por nada".

"Allen..." Se sintió embriagada por sus ardientes palabras. Aun así, estaba desconcertada por una cosa. "¿Alguna vez... me habías dicho algo así?"

"Así es. Probablemente sólo lo olvidaste".

"Eso es... una lástima", rio suavemente.

Estaba segura de que él nunca mentiría. Así que confió en que le había hecho esa promesa en alguna parte y que realmente pensaba cumplirla. Una cálida sensación la abrazó. De repente se sintió intensamente somnolienta.

Se estaba frotando los ojos cuando Allen le preguntó: "Si te asustan tus propios sueños, ¿quieres venir a los míos?".

"¿Vienes a tu sueño?"

"Sí. Conozco un hechizo que te permite entrar en el sueño de otra persona. Puedo lanzártelo".

"¿Hay un hechizo para eso? Realmente puedes hacer cualquier cosa con magia".

"Bueno... el hechizo no existía antes, pero tuve que improvisarlo de prisa", murmuró, y luego cambió rápidamente de tema. "En fin. ¿Qué tipo de sueño te gusta tener? Cuéntame lo que quieras".

"Veamos..." Charlotte pensó, mientras Allen estuviera con ella, sería divertido cualquiera que fuera el sueño. Pero de todos modos hizo una petición concreta. "A mí también me gustaría mirar las estrellas contigo en un sueño".

"Muy bien, lo tienes."

Se rieron y se levantaron juntos del sofá.

No hacía mucho que la mayor parte del mundo la asustaba. Pero ahora... ni siquiera la oscuridad de la noche podía asustarla ya.

Capítulo Extra: Cómo Divertirse A Lo Grande Junto Al Mar

Ese día, Allen y Charlotte estaban desgastados en casa.

"Tan... caliente..." gimió.

"Me derrito...", aceptó.

Ambos llevaban toallas alrededor del cuello y estaban caídos sobre el sofá. No importaba cuántas veces se secarán el sudor, volvía al instante, y sus ropas estaban empapadas de transpiración.

Normalmente, el tiempo en esta región era suave en esta época del año, pero en los últimos días habían sufrido una ola de calor abrasador. La luz del sol que entraba por las ventanas era un acto de violencia en sí mismo. Incluso a Allen, que no habría tenido problemas para sobrevivir en un vertedero, le costaba soportar el calor.

Soltó un tremendo suspiro mientras volvía a secarse el sudor. "Uf, este calor es demencial... Es un poco pronto, pero quizá sea hora de sacar el aire acondicionado encantado...".

"¿Puedes usar magia para enfriar el aire? Es asombroso".

"Bueno, sería útil si puedo encontrarlo en la parte de atrás del almacén... Podría costar algún esfuerzo desenterrarlo".

"Lo buscaré contigo..." Aunque se ofreció a ayudar, Charlotte sonaba claramente débil. Tenía la blusa empapada en sudor, lo que hacía que se le notara un poco la piel. Sus mejillas estaban sonrojadas, y la forma en que estaba tumbada en el sofá era bastante sugerente.

Allen tuvo que apartar la mirada. Iba a tener problemas en más de un sentido si no conseguía pronto ese aire acondicionado. "Agradezco la oferta, pero hay un montón de cachivaches peligrosos ahí dentro. Puedo buscarlo por mi cuenta. Tú descansa aquí y asegúrate de mantenerte hidratado".

"Si estás seguro de que está bien... Gracias". Charlotte cogió el vaso que tenía sobre la mesa. Su delgada garganta tembló un poco cuando tragó el agua tibia. Los ojos de Allen se clavaron impotentes en una gota de sudor

que se deslizaba por la línea de su cuello. Luego volvió en sí y se puso en pie.

Es inútil... Mi cabeza no funciona con este calor... Decidió poner en marcha el aire acondicionado lo antes posible y estaba a punto de salir al sol sofocante cuando Roo entró desde el vestíbulo.

"¡Gawr!"

"Oh, mira quién está aquí. Bienvenido a casa, Roo."

Roo se había ido ayer a ver a su familia y ahora había vuelto. Charlotte la saludó con una sonrisa. "¿Qué tal el viaje, Roo? ¿Te lo has pasado bien con tu familia?"

"¡Woof, woof! ¡Gawr!" Roo respondió alegremente, encantada de que Charlotte la acariciara. Aunque había recorrido de un lado a otro una distancia que le habría llevado un día entero en un coche de caballos, no parecía cansada en absoluto. Tampoco parecía molestarle el calor.

Allen le miró la nuca, preguntándose cómo Roo estaba bien con su espesa capa de pelo. De repente, se dio cuenta de algo. "Hey, Roo. ¿Qué llevas encima?"

"Wooooof."

"¿Oh? Me pregunto", dijo Charlotte.

Una bolsa de tela estaba atada al cuello de Roo, casi completamente oculta en su largo pelaje. Cuando Charlotte la desenredó, encontró una carta y otro paquete en su interior. La carta estaba sellada con cera y en el sello figuraba la insignia del complejo turístico Yunoha.

"¿No es éste el hotel en el que nos alojamos?", preguntó.

"Efectivamente... Veamos qué dice". Allen cogió la carta y escaneó el mensaje.

La carta había sido escrita por la sirena conserje que amablemente les había atendido durante sus vacaciones. Con letra pulcra, les contaba cómo la familia Fenrir había vuelto a frecuentar su colina habitual después de aquel incidente, y ahora había incluso más visitantes en la zona; cómo algunos lugareños se habían unido para formar un grupo de vigilancia; y muchas más noticias y palabras de agradecimiento. Allen siguió leyendo, impresionado por lo concienzuda que era, cuando llegó a la última línea.

Decía así: "Nos gustaría enviaros un regalo para los dos. Esperamos que os ayude a pasar el calor".

"¿Un regalo?" Allen no tenía ni idea de lo que podía ser.

"¡Oh!" gritó Charlotte. Algo se escapó del otro paquete cuando intentó cogerlo.

Allen miró con los ojos muy abiertos el "regalo" esparcido por el suelo. "¿Esos son...?"

"¿Trajes de baño?" Charlotte terminó su pregunta.

"¿Gawr?"

Eran los mismos trajes de baño que habían llevado en el balneario.

Ahora que estaban equipados con trajes de baño, en estos días de calor abrasador, sólo les quedaba una cosa por hacer.



Al día siguiente, los dos estaban de vuelta en la región de Yunoha. El profundo océano azul se extendía hasta donde alcanzaba la vista desde la playa de arena blanca. No se veía ni una nube, y el cielo era tan azul que resultaba difícil distinguir dónde se unía con el mar.

"Wow..." Charlotte contempló la impresionante vista con grandes ojos. Llevaba puesto el bañador regalado que había elegido en el hotel, el conjunto de bikini y pareo. La brisa salada jugaba con su larga melena mientras contemplaba el mar durante un rato. De repente, se volvió hacia Allen y Roo. "¡Mira, Allen! ¡Es el mar! ¡¡¡El mar!!!"

"En efecto. Es el mar". Allen, en bañador, se limitó a asentir.

"Gawrrr". Roo tampoco pareció conseguir su reacción.

De vuelta a casa, Allen tenía el cerebro frito por el calor y ya no podía pensar con claridad. En cuanto llegó el regalo de los trajes de baño, decidieron que irían a la playa.

Acababan de pisar la arena, pero la excitación de Charlotte era máxima. *No esperaba que el mar la hiciera tan feliz...* pensó Allen. Se acercó a ella y le sonrió. "¿Es la primera vez que ves el mar?"

"S-Sí... Nunca había estado tan cerca". Ella asintió torpemente y sumergió los dedos de los pies en el borde del agua. El agua salpicó sus sandalias y chilló un poco. "Las olas van y vienen una y otra vez. Es fascinante".

Allen se rio. "Si quieres, alguna vez te cuento cómo funciona todo". Disfrutaría dándole una lección sobre las mareas y la astronomía.

Por hoy, sin embargo, la máxima prioridad era disfrutar al máximo del mar. Cuando miró a su alrededor, había un enjambre de gente que había salido para escapar del calor, y muchos puestos salpicaban la playa. En definitiva, había un montón de atracciones para disfrutar todo el día.

"Muy bien, hoy os enseñaré a divertirnos en la playa", declaró Allen.

Charlotte cerró las manos en puños con impaciencia. "¡Sí, por favor!"

Se alegró de verla poner todo lo que tenía en lo que intentaba. La cogió de la mano y se metió lentamente en el mar. Siguió avanzando hasta que el agua le llegó a la cintura, para empezar.

El agua era cristalina y podían ver fácilmente el fondo. Los peces nadaban y sus escamas brillaban a la luz del sol.

A Charlotte se le iluminó la cara y exclamó: "¡Mira, Allen! ¡Peces!"

"Bueno, sí, estamos en el mar, después de todo".

"¡Oh, veo algas creciendo por allí! Se mecen en el agua".

"En efecto". Allen asintió con una cálida sonrisa. Al parecer, todo era nuevo e interesante para ella. Le informó de todo lo que pudo ver con mucho ánimo.

Pero, de repente, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y retrocedió, avergonzada. "Ah, lo siento... Me estoy excitando demasiado..."

"¿Qué estás diciendo? Vinimos aquí por ti, así que disfruta todo lo que quieras".

"¿No crees que soy demasiado ruidoso?"

Allen respondió con sinceridad. "Al contrario, quiero escucharte siempre".

"¿En serio...?" Charlotte abrió un poco los ojos y luego sonrió. "¡Si tú lo dices, me divertiré mucho...!".

Gritaron cuando una gran ola se estrelló contra ellos. La fuente de la ola se había zambullido en el agua junto a ellos y luego sacó la cabeza del agua con un gran pez agitándose en la boca.

"¡Woof!"

"Oh, Roo..." Allen suspiró.

"Hee-hee", se rio Charlotte. "Parece que a ti también te gusta el mar, Roo".

El pelo húmedo de Charlotte se pegaba a su piel, haciendo más evidentes las curvas de su cuerpo. Allen sintió que sus ojos volvían a sentirse atraídos por ella y se apresuró a sofocar cualquier deseo de mirarla. "¡Muy bien! Mi lema es 'ojo por ojo'. ¡Toma eso, Roo!", dijo mientras salpicaba agua sobre Roo.

"¿Gawr?!" Sorprendida por el contraataque, Roo dejó caer su pescado. Sus ojos miraron siniestramente a Allen. Ahora lo veía como un enemigo.

"¡Gawrrr!"

"¡Mwa-ha-ha! ¿Crees que puedes vencerme?! ¡Vuelve dentro de cien años!"

"Uhh, no es bueno pelear—¿eek?!"

Tirando de Charlotte con ellos, Allen y Roo empezaron a salpicarse mutuamente, olvidándose de sí mismos mientras jugaban en el agua.



Después de media hora de retozar en el mar, Allen colocó una sombrilla en la playa y tendió una manta de picnic a la sombra. "Muy bien", dijo, dándose palmadas en las manos para sacudirse la arena. "Esto tiene buena pinta".

Charlotte estaba sentada en un rincón con una toalla sobre la cabeza. Tenía los labios ligeramente pálidos, quizá por haber estado demasiado tiempo en el mar.

"Quizá nos hemos pasado un poco. Puedes descansar aquí", dijo.

"S-Sí. Pero... ¡fue muy divertido!", respondió alegremente.

"Me alegro". No pudo evitar sonreír al verla feliz. Había sido una buena decisión venir aquí, después de todo. Hurra por el calor intenso. En este

momento, el calor que había sido tan enloquecedor parecía el mejor regalo, era curioso cómo funcionaba.

Todavía de buen humor, Allen señaló los puestos. Una variedad de aromas, apetitosos y dulces, llegaban desde aquel rincón de la playa. "Esperad aquí un rato. Iré a por unas bebidas o algo. Roo, tú vigila a Charlotte, ¿de acuerdo? Si alguien sospechoso se acerca a ella, te lo puedes comer".

"¡Woof, woof!" Roo asintió con confianza.

"¡No, no deberías comerte a nadie!" protestó Charlotte.

Había jóvenes coquetos por toda la playa, y muchos de ellos intentaban ligar con alguien, pero Allen tenía la seguridad de que nadie sería tan estúpido como para intentar ligar con una chica acompañada de un Fenrir.

Libre de preocupaciones, se dirigió a los puestos. Algunos ofrecían comida a la brasa, otros vendían dulces congelados, y había tantas cosas diferentes para tentar a los bañistas. Estaba curioseando por los puestos cuando alguien le llamó.

"¿Es usted, Sr. Crawford?"

"¿Hm?" Se dio la vuelta al oír la voz familiar y se encontró con alguien que le saludaba desde un puesto especialmente grande. Era una sirena con un adorno de coral en el pelo: la conserje del hotel. En lugar de su uniforme de traje, llevaba un delantal, apropiado para una vendedora de un puesto.

"¿Qué te trae por aquí?", preguntó.

"Nuestro hotel tiene un puesto satélite aquí, por supuesto." Sobre el puesto colgaba un cartel que decía "La Ventana Emergente del Yunoha Resort". Los ojos de la sirena brillaron mientras sonreía a Allen. "Veo que ya estás disfrutando de esos trajes de baño. ¿Estás aquí con la señorita Charlotte y el pequeño Fenrir también?"

"Sí. Gracias por el regalo sorpresa".

"Es a usted a quien queremos dar las gracias. Después de su estancia con nosotros, Sr. Crawford, el negocio de nuestro hotel se ha disparado", declaró con una brillante sonrisa. Incluso el puesto parecía estar floreciendo. Varios empleados se apresuraban a atender la avalancha de pedidos. "Hemos adaptado el hechizo que nos enseñaste y vendemos

bebidas especiales que se mantienen heladas incluso bajo este sol abrasador. También hemos compartido el hechizo con otros vendedores, ¡así que ahora atraemos a más clientes que nunca!".

"Eso suena genial". Allen estaba asombrado de su astuto sentido de los negocios. En cualquier caso, tenían una amplia oferta de bebidas, y podía oler algo apetitoso en el aire. Si era un puesto popular, la comida debía de ser buena. "Estaba buscando algo que comprar, en realidad. Compraré algo de aquí".

"Oh no, tu dinero no sirve aquí. Para ti, es un trato especial".

"Muy amable... ¿Qué es eso que vendes ahí?", preguntó, asomándose al puesto.

El personal estaba ocupado cocinando una tormenta, vertiendo un poco de masa en una plancha de hierro perforada, echando algunos ingredientes misteriosos y enrollándolos en bolas redondas y humeantes con palos de bambú. Le asombraron los hábiles movimientos de sus manos, pero nunca había visto un plato así.

"¡Por supuesto, es takoyaki!" Anunció orgullosa la sirena.

"¿Tako-qué?"

"Tako' significa pulpo. Pones trozos de pulpo picado en la masa, y lo enrollas en estas bolas perfectas".

Aunque la sirena lo explicó como si fuera lo más natural del mundo, Allen se quedó atónito. ¿Realmente se refería al pulpo? ¿Esa criatura extraña, viscosa y retorcida que se deslizaba por el mar? No pudo evitar fruncir el ceño ante la imagen que tenía en la cabeza. "¿Comes pulpo? ¿Has perdido la cabeza?"

"Hee-hee-hee, está usted atrasado, Sr. Crawford. Es un gran éxito por aquí. Es una comida callejera muy popular en un país del este". Tenía razón sobre su popularidad: la gente acudía en masa a comprar el takoyaki recién salido de la parrilla. "Estos días han aparecido muchos pulpos gigantes en esta zona del mar. Han hundido barcos y causado estragos entre la gente... pero pensamos, ¿por qué no convertirlo en una especialidad local?".

"Cuando la vida te da limones, haz limonada, ¿eh?", comentó. "Pero... ¿comer pulpo?". Por la forma en que se vendía, podía ver que debía ser

popular, pero de alguna manera, no podía apartar de su cabeza la imagen de los tentáculos deslizándose. "Hmm ... tal vez la próxima vez. Voy a tomar unas copas por ahora".

"Aww, no sabes lo que te pierdes. Entonces, a beber". La sirena preparó rápidamente unos vasos de zumo para Allen y Charlotte, y leche para Roo. El puesto parecía estar preparado con todo tipo de bebidas, anticipándose a las necesidades de los clientes como verdaderos profesionales de la hostelería. "Aquí tienen. ¿Van a disfrutar de la playa el resto del día?".

"Ése es el plan, aunque Charlotte parece un poco cansada". Explicó que, para empezar, Charlotte no tenía mucha fuerza física y podía ponerse enferma si se esforzaba demasiado.

"En ese caso...", dijo la sirena, sonriendo de oreja a oreja, "tengo justo lo que necesitas".

"¿Hm?"



Montados en "justo lo necesario", Allen, Charlotte y Roo remaron mar adentro.

Disfrutando del suave vaivén de las olas, Charlotte era todo sonrisas. "Wow... nunca había visto un barco tan pequeño".

"Es una marca sencilla, así que no podemos alejarnos mucho de la orilla", dijo.

"Gawrrr".

Los tres iban en un pequeño bote de goma. No era sólo comida lo que ofrecía el puesto del complejo Yunoha; también tenían juguetes y otros equipos para divertirse en la playa. Allen había comprado la barca al precio que pedían e invitado a Charlotte a una pequeña excursión.

Las olas se movían tranquilamente. Se sentían como en una cuna.

Charlotte se asomó al mar y exhaló un suspiro encantado. "Hay todo tipo de peces nadando. Es precioso".

"Ahora estamos más lejos, así que hay más especies aquí".

Los bancos de peces nadaban tranquilamente bajo ellos, con destellos rojos, azules, amarillos y de muchos otros colores. Roo también miró hacia

abajo con curiosidad, pero no intentó atraparlos. Mientras Charlotte y Roo estaban absortas con las vistas, Allen montó un sencillo techo sobre la barca y enseguida tuvieron una sombra fresca.

Sacó una manta fina y sonrió. "Una vez que hayas disfrutado de la vista hasta el hartazgo, echémonos una siesta perezosa aquí".

"¡Ah, un placer travieso que sólo podemos tener en el mar!" exclamó Charlotte.

"Precisamente. Estás empezando a dominar el arte".

Aunque ya habían dormido muchas siestas en la mansión, era la primera vez que lo hacían flotando en el mar. El trío se tumbó en la barca, con Charlotte en el centro. Como estaba un poco apretado, su brazo casi rozó el de ella, pero consiguió evitar la crisis colocando una manta entre los dos.

Charlotte soltó una risita, ajena a la lucha de Allen. "Siempre pensé que el mar era para nadar y pescar, y cosas así... Nunca supe que también podíamos disfrutarlo así".

"Hay muchas más cosas que puedes hacer, como observar criaturas que viven en las rocas o buscar conchas marinas en la playa".

"¡Eso suena encantador! ¿A ti también te gusta hacerlo?"

"Sí. Solía hacerlo todo el tiempo en mis tiempos". Cuando cerró los ojos, le vinieron recuerdos vívidos. Su familia adoptiva vivía en una zona costera parecida a ésta, y el mar estaba justo detrás de su casa. A menudo salía solo a explorar la orilla. Si tenía suerte, encontraba animales raros o conchas marinas, y el tío me los compraba. Era una fuente de ingresos inestimable para mí antes de empezar a dar clases en la escuela de magia".

"¡Eso... suena igual que tú!". Esa fue la respuesta más afirmativa que Charlotte pudo reunir.

Siguieron hablando perezosamente de esto y aquello: reflexionando sobre sus recientes aventuras, Allen preguntándole si tenía todo lo que necesitaba en la mansión, etcétera. Charlotte quería oír hablar de la infancia de Allen en particular. Aunque él no creía haber tenido una infancia especialmente divertida, respondió a todas sus preguntas.

"¿Y tú?", preguntó. "¿Cómo fue tu infancia?"

"Bueno... cuando vivía con mi madre, no había niños de mi edad a nuestro alrededor, así que jugaba solo la mayor parte del tiempo".

"Hm, ¿cómo leer libros?"

"Sí. Le pedía a mi madre que me leyera el mismo libro ilustrado una y otra vez". Lentamente relató sus días con su difunta madre. Aunque su voz tendía a ponerse tensa cada vez que hablaba de la familia del Duque, la vida con su madre parecía vivir en su interior como un recuerdo apacible.

Algún día la llevaré a la tumba de su madre. Él también quería presentar sus respetos a su madre. Aún no sabía cómo se presentaría, pero ya lo pensaría más tarde. Mientras fortalecía su resolución de hacer que esto sucediera en el futuro, Roo había caído en un profundo sueño, roncando ligeramente.

Charlotte acarició suavemente la cabeza de Roo y habló con voz soñadora. "Tengo buenos recuerdos de aquellos tiempos... pero yo también me divierto mucho contigo, Allen".

"Si tú lo dices, me alegro". Allen dejó que sus palabras calaran. Había pasado poco más de un mes desde que ella entró en su vida. Al principio, él había proclamado que la haría feliz de improviso, pero nunca había imaginado que ella sonreiría tan libremente, llena de alegría.

Charlotte se dio la vuelta y miró a Allen. Su rostro, con una tímida sonrisa, estaba tan cerca que a él le dio un vuelco el corazón. "Sabes tantas cosas, Allen. Cada día está lleno de sorpresas", dijo.

"B-Bueno, he vivido unos cuantos años más que tú..."

"Cuando tenga la misma edad que tú ahora, ¿crees que sabré tanto como tú?"

"Por supuesto. De hecho, puede que seas mucho más sabio que yo".

"Hee-hee... Eso espero". Su murmullo era suave y soñador, y parecía estar ya medio en el mundo de los sueños. Cuando Allen le tendió la manta, ella puso su mano sobre la de él. "Dime, Allen...", empezó.

"¿Hm? ¿Qué pasa?"

"Si... si no es mucha molestia..." murmuró tímidamente, con la mano aún en la suya, mirándole. "¿Podrías... seguir enseñándome muchos más placeres traviesos?"

Allen se quedó helado, sin palabras. Para los dos, se trataba de una conversación normal y corriente. Pero como ella estaba en bañador, las palabras adquirieron un significado perverso en su cabeza.

Charlotte parecía abatida. "Ah... lo siento. Me has estado cuidando tanto... No debería haberte hecho una petición tan impropia... Fue una tontería por mi parte".

"¡No, no, no, en absoluto!", soltó. Le apretó la mano y continuó: "Siempre te enseñaré todos los placeres de este mundo. Así que...". *¿Estarás conmigo para siempre?* Casi se le escapan las palabras, pero se las tragó. "Así que... puedes esperarlo".

Durante unos instantes se quedó con los ojos redondos por la sorpresa, pero su rostro se suavizó en una sonrisa. Luego soltó un pequeño bostezo.

Allen sonrió satisfecho mientras ella se frotaba los ojos y dijo: "Vamos, puedes dar—" Pero se calló de repente.

"¿Allen? ¿Pasa... algo malo?"

"No, no es nada". Allen sonrió, acariciándole el pelo. Probablemente ella estaba demasiado adormilada para notar cómo él se levantaba un poco y echaba un vistazo a su barco. "Buenas noches, Charlotte. Dulces sueños".

"Buenas noches... Allen", murmuró, cerrando los ojos.

En ese instante, un escalofriante rugido retumbó en el aire y una enorme ola se levantó a su alrededor. Parecía que iba a chocar contra el barco, pero éste no se hundió ni pareció inmutarse por las turbulencias.

Allen se limitó a encogerse de hombros. "¿Una emboscada? Qué descarado". Una barrera esférica rodeaba el barco. No sólo era hermética, sino también perfectamente insonorizada, y el balanceo de las olas era mínimo. Charlotte dormía plácidamente.

"Grrrr..." Roo se había despertado.

"Hey, Roo. ¿Listo para luchar?" Allen acarició la cabeza de Roo y miró a su alrededor.

De repente, el cielo se había cubierto de densas nubes, como si estuviera a punto de desatarse una violenta tempestad. Y del océano, oscuro como la medianoche, emergió un pulpo monstruoso. Sus tentáculos negros y

rojizos se retorcían y miraba fijamente al barco. No menos de diez pulpos se acercaban a ellos, generando olas turbulentas.

Allen recordó la anécdota de la sirena sobre los pulpos gigantes. Al parecer, su barco había derivado hacia su nido.

"Hah... Para ser un simple molusco, ¡tienes agallas para atacarnos!". Aunque estaban en una situación de vida o muerte, Allen se rio sin piedad. No tenía intención de contenerse, pues tenía una buena razón para hacerles papilla. "¡Cómo se atreven a intentar arruinar la siesta de Charlotte! Es imperdonable. Los haré añicos".

"¡Gawr!"

Allen y Roo se lanzaron a una feroz batalla contra la manada de pulpos gigantes.

Dos horas más tarde, Charlotte se removía en el barco con un bostezo.

"Buenos días. Parece que has dormido bien", dijo Allen con una cálida sonrisa.

"Sí, fue tan agradable..." Dejó escapar un grito cuando miró a su alrededor. El barco estaba en la playa, y justo delante de ella, amontonados en los bajíos, había montones de pulpos enormes. "¿Qué demonios les ha pasado?"

"Oh nada, sólo hubo un poco de conmoción después de que te quedaste dormida. Roo y yo hicimos un barrido limpio de ellos".

"Ya veo... No me di cuenta de nada de eso".

"¡Woof!" Roo se acurrucó junto a ella, ansioso por sus elogios.

"Hee-hee, tú también has estado ocupada, Roo. Buena chica". Ella frotó la cabeza de Roo y miró a su alrededor. "Pero me pregunto... ¿qué está comiendo todo el mundo?"

"Ah... bueno..."

En la playa había una gran multitud de gente, charlando y disfrutando de algo recién cocinado: el humeante takoyaki redondo del que le había hablado la sirena.

"¡Sr. Crawford!" La sirena se acercó a ellos con una gran sonrisa y agarró la mano de Allen en un entusiasta apretón de manos.

"Hola", dijo.

"¡Muchas gracias por todo! No sé cómo darte las gracias por ocuparte de todos los pulpos a la vez".

"Ni lo menciones, simplemente resultó así".

"Pero debo hacer algo para agradecértelo. ¿Qué tal si... te doy esto?"
Extendió una caja de takoyaki.

"Lo sabía..." Allen suspiró.

Desde que Allen había cazado a los pulpos, estaban preparando takoyaki a toda velocidad y ofreciéndolo gratis a todos los bañistas.

"¿Qué es?", preguntó Charlotte. "Huele delicioso..."

"¡Es takoyaki, por supuesto! Con pulpo dentro", explicó la sirena.

"¡¿P-Pulpo?!" Charlotte miró con los ojos muy abiertos.

Allen supuso que, al igual que él, Charlotte nunca había pensado en comerse un pulpo, así que empezó a declinar cortésmente. "Creo que pasaremos..."

"¡Gracias, lo probaré!" Charlotte dijo antes de que pudiera terminar.

"¡¿Eh?!"

Sin dudarlo, se metió uno en la boca, lo masticó con cuidado durante un rato y luego sonrió de oreja a oreja. "Está caliente, pero... ¡qué rico!".

"¡Muchas gracias! Me alegro mucho de que te guste". La sirena asintió satisfecha.

Allen sólo pudo mirar asombrado. "Eres valiente... ¿Un pulpo? ¿En serio?"

"Bueno, me sorprendió un poco..." Charlotte mordisqueó el takoyaki y luego sonrió tímidamente. "Pero pensé que debería tener menos miedo y probar cosas nuevas, si quiero ser como tú, Allen. Así que intenté armarme de valor".

"Ya veo...", dijo.

"Oh, ¿quieres un poco también, pequeño Roo? Aquí tienes".

"Woof, gruffle, gruffle." Roo también tomó uno, resoplando con la comida caliente.

Allen se sintió profundamente conmovido. Se sintió como un padre que ve a su pequeño abandonar el nido. *Se ha hecho tan fuerte... ¿Y si se me acaban las cosas que enseñarle?* Ese pensamiento le nubló el corazón. Pero pronto se disipó cuando Charlotte cogió un takoyaki de una caja nueva y se lo tendió.

"¿Te gustaría probar uno también, Allen? Es un placer travieso".

"Bueno... tienes razón". Se rio ligeramente. Para descubrir más cosas que enseñar a Charlotte, lo único que tenía que hacer era retarse a sí mismo a probar cosas nuevas también. Así de sencillo.

"Ah, por favor, ten cuidado", se apresuró a decir la sirena. "Son de la última hornada, así que están muy calientes—"

Sin prestar atención a su advertencia, Allen mordió la pelota y gritó: "¡¡¡Aggh!!! ¡Caliente!" y, a continuación, tuvo un ataque de tos.

"¡¿Allen?! ¡¿Estás bien?!"

"¿Woof?"

Y así, éste se convirtió en su recuerdo de un día de verano que no pudo concluir con estilo.

Palabras De Cierre

Encantado de conocerle. Me llamo Fukada Sametarou. Soy un tiburón, o "igual" en japonés; de hecho, un hábil pez que aprendió a respirar por branquias, llegó a la orilla y ahora está tecleando con aletas pectorales mientras hablamos. Me alegro mucho de que hayas escogido este volumen, Le doy un curso acelerado de picardía a la noble dama deshonrada que rescaté (título abreviado).

Esta novela es la primera obra que publiqué en el sitio web de autopublicación Shosetsuka ni Naro. A pesar del título, se trata de una historia perfectamente sana y relajada, así que si alguno de ustedes empezó a leerla esperando algo más subido de tono, le pido sinceras disculpas. Aunque quizá sea por el subtítulo.

Cuando se me ocurrió esta historia, trataba de una dama noble que es expulsada de casa y pasa a disfrutar de placeres traviesos, y Charlotte era la protagonista. Allen ocupaba un lugar secundario como mago malvado bien informado sobre cosas traviesas. Empecé a escribir la historia en este marco, pero no me parecía bien. Entonces decidí intercambiar los personajes principales y secundarios, y la historia se convirtió en lo que es ahora.

La respuesta fue sorprendentemente entusiasta y acabó convirtiéndose en un libro.

Me gustaría dar las gracias a todos mis lectores que me han apoyado a lo largo del camino. Gracias también a mis lectores que encontraron esta historia por primera vez en este libro. Un libro sólo cobra vida cuando hay alguien que lo lee. Les agradezco que algo les haya acercado a esta historia.

Quiero dar las gracias a la maravillosa artista Sakura Miwabe. La portada rebosa vida y es simplemente exquisita (¡hasta el más mínimo detalle!), por no hablar de las ilustraciones del interior del libro, que son tan emocionantes de ver con todos los personajes tan expresivos. ¡Muchas gracias por contribuir con tu arte en tu apretada agenda!

Y, por último, estoy en deuda con mi querido editor, K. Gracias por venir hasta Kansai para nuestras reuniones. Espero seguir trabajando contigo en el futuro.

¡Al mismo tiempo que se publica este libro, la versión manga comenzará a transmitirse en el sitio web de Comic PASH! Ichiho Katsura lo ha convertido en un cómic simpático y animado, así que no dejéis de echarle un vistazo. Ya estoy disfrutando de la serie como lector en lugar de como autor.

Espero volver a verle en el segundo volumen.

Saludos de Fukada Sametarou.

Fukada Sametarou

Extra Historia Corta

Una Tienda Traviesa

Un día, cuando el sol se ponía, Allen estaba de pie en un extenso campo en un rincón de la ciudad, apoyando una espada de imitación en su hombro y mirando al cielo.

"Ya es el atardecer. Vamos a terminar". Se secó despreocupadamente el sudor de la frente y lanzó una mirada escalofriante al grupo de hombres tendidos en el suelo a su alrededor. "Hey, ¿estás escuchando? El entrenamiento ha terminado por hoy. ¿Dónde está tu respuesta?"

"Por favor... espera... un segundo..."

"Yo... simplemente... no puedo... me estoy muriendo..."

Jadean y gimen. Aunque claramente fatigados, no estaban heridos, al menos no sangraban. La mayoría sólo tenían magulladuras y golpes, pero todos yacían inertes como cadáveres. Magus y Groh yacían uno al lado del otro, lanzando una mirada rencorosa a Allen.

"Quiero decir, te pedimos que nos entrenaras, pero aun así..." Magus refunfuñó.

"Todo tiene un límite..." murmuró Groh.

"Esto sólo demuestra cuánto más entrenamiento necesitas", declaró Allen. "¿Ya están agotados a este nivel? Debería darles vergüenza". Sin una pizca de remordimiento, les dirigió una mirada absolutamente gélida.

Esta mañana, se había transformado en un sargento instructor infernal. Allen había intimidado a una treintena de hombres—los grupos de aventureros de Groh y Magus juntos—con la excusa del entrenamiento. Pero incluso después de todo eso, parecía tranquilo y sereno, como si todo hubiera sido coser y cantar.

"De verdad, ninguno de vosotros pudo golpearme ni una sola vez, ni siquiera cuando vinisteis todos juntos a por mí... es vergonzoso". Se encogió de hombros, decepcionado. "Comparadas con ustedes, diría que las amebas son mejores aprendiendo..."

"¡Hola Allen!" Una voz alegre cortó su mordaz sermón.

La cara de Allen se iluminó al instante. "¡Charlotte!" Corrió directamente hacia Charlotte, que le saludaba con una sonrisa. No quedaba ni rastro del salvaje sargento instructor; era más bien como un perro leal que meneaba el rabo a su dueño.

Groh y Magus, que seguían tendidos en el suelo, intercambiaron miradas.

"¿Nos aplastó eso?"

"Ni se te ocurra..." Groh refunfuñó.

Parecían completamente agotados. Lentamente, Groh se levantó y miró la espalda de Allen con un suspiro. "Maldita sea... No puedo dejar que me golpee sin devolverle el golpe. Tenemos que hacerle pagar de alguna manera".

"Olvidalo. No somos rival para él, incluso si nos unimos. Es obvio."

"Ugh... claro, puede que tengas razón. Pero no importa lo fuerte que sea: me pone de los nervios que un crío como él tenga la desfachatez de decir lo que le da la gana."

Como Magus recordaba las lecciones de Allen de su época en la Escuela de Magia Atenea, estaba acostumbrado a las maneras de Allen. Pero Groh había conocido a Allen hacía poco, y su espíritu de rebeldía aún no se había extinguido.

"Mierda, Magus. Lo conociste hace mucho tiempo, ¿verdad? ¿No conoces su punto débil o algo así?"

"Bueno, por aquel entonces, intenté alejarme de él todo lo que pude..."

"¡Maldita sea, eres un inútil!" Groh gruñó. "Aunque entiendo por qué querrías evitarlo".

Groh seguía refunfuñando sobre Allen, con Magus asintiendo, cuando Allen les llamó. "Hey, ustedes dos."

La pareja dio un respingo. "¡¿Sí?!". Cuando se giraron cautelosamente, Allen los observaba con expresión contrariada. Les entró un sudor frío, preguntándose si él había oído sus murmuraciones, pero habló en tono tranquilo.

"¿Conocen algún buen restaurante por aquí?"

"Oh. ¿restaurante?", dijo Magus.

"¿No te vas a casa con la querida diosa?" preguntó Groh, notando su ausencia.

"Está comiendo fuera con Miach y Eluca. Una 'noche de chicas', aparentemente".

Así que Charlotte sólo se había dejado caer por allí antes de dirigirse al restaurante. Rascándose la cabeza, Magus dijo: "Veamos. Bueno, hay un antro en la calle principal..."

"¡Alto ahí!" Groh intervino con gusto. Se levantó de un salto y se acercó a Allen. "¡Conozco el lugar perfecto para ti! ¡Te llevaré allí!"

"¿De verdad? Entonces puedes ser mi guía". Allen se volvió hacia los otros que estaban desplomados en el suelo y empezó a sacudirlos. "¡Vamos, levántense! Es hora de que se vayan a casa".

Algunos de ellos gritaron aterrorizados, pero Magus no tuvo tiempo de preocuparse por sus secuaces. "Oye, Groh... estás tramando algo, ¿verdad?".

"¡Duh! Pensé en un plan para que se arrepintiera de lo que nos hizo..."

"¿Un plan?"

"¡Oh, sí! Se me ocurrió cuando vi a la querida diosa hace un momento. ¿Sabes cómo ese sucio Señor Oscuro se convierte en un tipo completamente diferente delante de ella?"

"Ése es su punto débil—¡las mujeres!". declaró Groh, rebosante de confianza.

Magus ladeó la cabeza dubitativo. "¿Qué?"



Más tarde esa noche, Allen, Magus y Groh llegaron a un gran bar en un rincón de la ciudad. Del interior salían luces deslumbrantes que disipaban la oscuridad de la noche. El lugar estaba muy animado. Y no era para menos: era uno de los bares más infames de la ciudad.

El resplandeciente interior estaba repleto de amplios sofás, y el personal femenino, con poca ropa, entretenía a los clientes. "¡Pasen! ♡", gritaban las chicas. "Oh no, puede que seas mi tipo. ♡" "Aww, ¿ya te vas? Quédate

un poco más, ¡sigamos charlando! ♡" En resumen, era un bar del tipo "entretenimiento nocturno".

Allen hizo una mueca mientras lo llevaban a un rincón de la habitación. "¿Sólo quería algo de comida...?"

"Oh, espera a ver su comida, está preparada por un chef de primera que se formó en un restaurante de primera. Te garantizo que tendrá un sabor increíble". Groh balbuceó.

"Hm... muy bien". Allen hojeó el menú, mirando a su alrededor. Aunque su rostro era por lo general bastante hosco, su ceño estaba especialmente fruncido ahora. "No me gustan mucho los bares así...".

"Ah, ¿sí?" respondió Groh con una risita reprimida, y luego se levantó bruscamente. "¡Bueno, entonces iremos a saludar a algunas de las chicas de aquí! Siéntete libre de pedir sin nosotros".

"¿Eh? Oye, espera—"

Groh cortó a Allen, agarrando a Magus por el brazo. "¡Vamos, Magus!"

Groh tiró de Magus hacia el fondo del bar. Una vez que llegaron a un rincón sombrío, Groh sonrió e hizo un gesto con el puño. "¡Te lo dije! Justo lo que pensaba. Los tíos que se dan aires como él siempre se derriten delante de las chicas, ¡así son las cosas!".

"Parece que tienes razón..." Magus se frotó la barbilla pensativo y luego sonrió satisfecho. "Ahora que lo pienso, es famoso por ser antisocial. Y nunca oí rumores sobre él y las chicas por aquel entonces... Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?"

"Obviamente, sólo queda una cosa por hacer. Ya he pedido en el bar que le envíen un par de chicas".

"¡Te pillé! ¡Así que vemos cómo se pone nervioso desde la distancia!"

Todo el plan era de mal gusto. Pero para ellos dos, a quienes Allen había machacado durante todo el día, era el tipo de escenario que les permitiría desahogarse.

"Y escucha esto", se ríe Groh. "¡La mayoría de las chicas de aquí descienden de súcubos, y utilizan encantos para embrujar a los clientes! Pueden dejar boquiabierto al cínico más retraído".

"Heh-heh-heh... ¡No puedo esperar a ver cómo le arrancan su serena máscara!".

Mientras compartían una risa maliciosa, oyeron exclamaciones agudas procedentes de la dirección de su mesa. Evidentemente, su plan de venganza estaba en marcha. Se miraron el uno al otro y se asomaron a la mesa desde las sombras, donde esperaban ver a hermosas mujeres insinuándose a Allen y confundiéndole, pero no fue eso lo que encontraron.

Una docena de hermosas mujeres—con seductores atuendos por los que asomaban alas de murciélago o colas negras—se arremolinaban en torno a Allen.

"¡Ooh! ¡Eres muy divertido! ♡"

"¡Hey, yo primero!"

"No importa, ponte en fila", suspiró Allen. Había positivamente un harén que le rodeaba, pero estaba tratando con ellos con indiferencia mientras sorbía su bebida.

"¿Qué demonios es eso?!" Groh susurró furioso. "¿Desde cuándo está teniendo un banquete extravagante?!"

"¡No me preguntes!" Ambos se quedaron atónitos ante la escena que se desarrollaba ante ellos.

Una de las mujeres se sentó junto a Allen y se volvió hacia él con una mirada seductora y sensual. "Oooh. ♡ Creo que estoy un poco achispada. ♡" Ella se apoyó en su hombro, haciendo que su vestido se deslizara y dejando al descubierto su escote. Fue un ataque mortal que sin duda habría noqueado a cualquier hombre en un instante.

"Hey, tú", dijo Allen, entrecerrando los ojos bruscamente hacia ella.

"¿Hmm?"

La señaló directamente y declaró: "¡Reprobarás! ¿Fortalecer tu hechizo con el contacto piel con piel? ¡Despreciable! Si eres un súcubo de verdad, ¡intenta hechizarme con una simple mirada!".

"Ack... ¡Suenas igual que nuestro instructor!"

"Sólo digo la verdad. No creas que puedes arreglártelas con un hechizo tan mediocre".

Allen estaba sermoneando a las mujeres.

Las otras chicas saltan a la conversación entusiasmadas. "Pero aun así, ¿no merece la pena si podemos hechizar a nuestros clientes con un poco de toqueteo? Además, nos reportará más beneficios".

"No seas estúpida. Si puedes lanzar el encanto con sólo una mirada, imagina cuánto más puedes vender. Debes maximizar tu eficiencia para atrapar más presas".

"¡Eso tiene mucho sentido! Cuéntanos más". Todas las bellas mujeres escucharon con ojos brillantes y tomaron notas.

"En serio..." Allen dejó escapar un pesado suspiro. "Por eso no me gusta venir a bares como éste. No puedo evitar entrometerme cuando veo los encantos medio hechizantes de todo el mundo".

"¿Por eso no te gusta?!" Groh y Magus tuvieron que saltar y gritarle.

"¿Hm?" Allen ladeó la cabeza, pero comprendió sus intenciones en un instante y se mofó. "Ya veo. Queríais convertirme en el hazmerreír, ¿es eso?".

"Ugh... N-No sé de qué estás hablando..." Murmuró Groh.

Allen se rio entre dientes. "Hmph. No hace falta que finjas. Puedo ver a través de ti".

No parecía haberse ofendido, por lo que Magus y Groh volvieron a sentarse a la mesa tentativamente, incómodamente decepcionados. "Bueno... a decir verdad, pensábamos que eras débil con las mujeres, Señor Oscuro", dijo Magus.

"Pensé que debías ser de los que se asustan delante de las mujeres", añadió Groh.

"Será mejor que cuides lo que dices". Allen apuró su bebida mientras los miraba. "No cambio mi forma de ser sólo por hablar con una mujer. Lástima que tu plan fracasara".

"En absoluto. Soy perfectamente normal. Nada inusual", dijo Allen con frialdad.

"¿Eso es normal?" Groh y Magus hicieron un gesto de dolor.

Las mujeres reunidas a su alrededor empezaron a quejarse para recuperar su atención. "Oye, ¿vas a enseñarnos más sobre encantos embrujadores?"

"Claro, no me importaría. Y ya que estoy, puedo preparar una poción de amor que no tenga efectos secundarios. ¿Quieres que la venda a tu bar al por mayor?"

"¿En serio?! Espera, voy a preguntarle al jefe", exclamó una.

"¿Te interesa ser nuestro asesor? Se paga bastante bien", dijo otra.

"No estoy especialmente necesitado de dinero..." Allen se encogió de hombros. "Pero puede ser una buena forma de matar el tiempo. Acerquémonos lo más posible a la frontera legal y exprimámosles el dinero a esos idiotas".

"¡Oooh! ¡Me encanta cómo hablas! ♡" Las mujeres enloquecían. Por muy glamurosas y guapas que parecieran, tenían los ojos brillantes de las fieras carnívoras a la caza.

Groh y Magus intercambiaron miradas sombrías. "No deberíamos haberlo traído aquí..." "Tengo que alejarme de este bar ahora..."

Justo entonces, oyeron una voz ansiosa. "¿Eres tú... Allen?"

Allen se quedó inmóvil al oírlo. "¿Eh?!"

Cuando se dieron la vuelta, Charlotte, Eluka y Miach estaban allí de pie. Charlotte miraba el bar con curiosidad, pero las otras dos miraban a Allen como si fuera un insecto aplastado.

"Estábamos cenando cerca. Oímos una voz familiar, así que miramos... y aquí estamos", dijo Eluka.

"Vaya, vaya. Parece que el Señor Oscuro se está divirtiendo mucho", añadió Miach. Las dos chicas se miraron y comenzaron una discusión en voz baja.

Mientras tanto, Charlotte ladeó la cabeza y preguntó: "Um, Allen, ¿qué clase de lugar es este?"

"Uh, b-bueno... es... um..."

"En pocas palabras", corta Miach, "es algo así como... un club social para hombres donde pueden beber y divertirse con las señoritas que trabajan aquí".

"Oh, um... Ya veo..." Charlotte se sonrojó y apartó la mirada de Allen. Mirando a las hermosas mujeres a su alrededor, murmuró con voz delgada, "Um, no quiero interrumpirte, así que volveré a la mansión primero—"

"¡No! ¡No es lo que piensas, Charlotte! Sólo estoy aquí porque estos dos me han traído". Se puso en pie y agarró la mano de Charlotte, hablando rápidamente. "¡Muy bien, vamos a casa! Ahora mismo. Espera, ¿quieres comer algo de tarta por el camino? Vamos a por tu favorita, una tarta de fresa. ¿Por qué no lo hacemos? ¿Quieres? ¡Dímelo!"

"Umm, yo... ya estoy llena..."

"¡Entonces podemos tomar un poco para la merienda de mañana! De repente me han entrado ganas de comer tarta en vez de alcohol. ¿Qué te parece?"

Charlotte se quedó callada unos instantes, pero sonrió débilmente y asintió con la cabeza. "Okay..."

Allen suspiró aliviado, pero las mujeres del bar lo abuchearon. "¡¿Qué, ya te vas?! ¡Aún no nos has enseñado el poderoso hechizo hechizante!"

"¡Ugh, volveré otro día! ¡Sigue entrenándote hasta entonces!"

"Qué pena... está pillado, ¿eh?", refunfuñó una de las chicas.

"Pensaba ir a por él, aunque no fuera por trabajo", murmuró otra.

Aunque las bellas mujeres manifestaron su decepción, Allen no les prestó atención. Salió del bar con Charlotte a cuestas. Eluca y Miach les siguieron con cara de exasperación.

Las mujeres se dispersaron, dejando a Magus y Groh solos en la mesa.

"Así que su punto débil no son las mujeres en general..."

"Sólo su favorita".

Se sirvieron mutuamente el poco alcohol que aún quedaba en las botellas y soltaron un pesado suspiro.

小説①巻収録挿絵
特別カラー版





Puede encontrarnos en nuestras páginas de Facebook y Twitter que aparecen a continuación, además de nuestra página web donde hallar una variedad de novelas ligeras a su gusto.

Facebook:

1: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100088203667186>

2: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100082889064950>

Twitter:

<https://twitter.com/WorldProject4>

Página Web:

<https://worldproject1901.wixsite.com/website>

Si desean pueden donar para ayudar a los traductores.